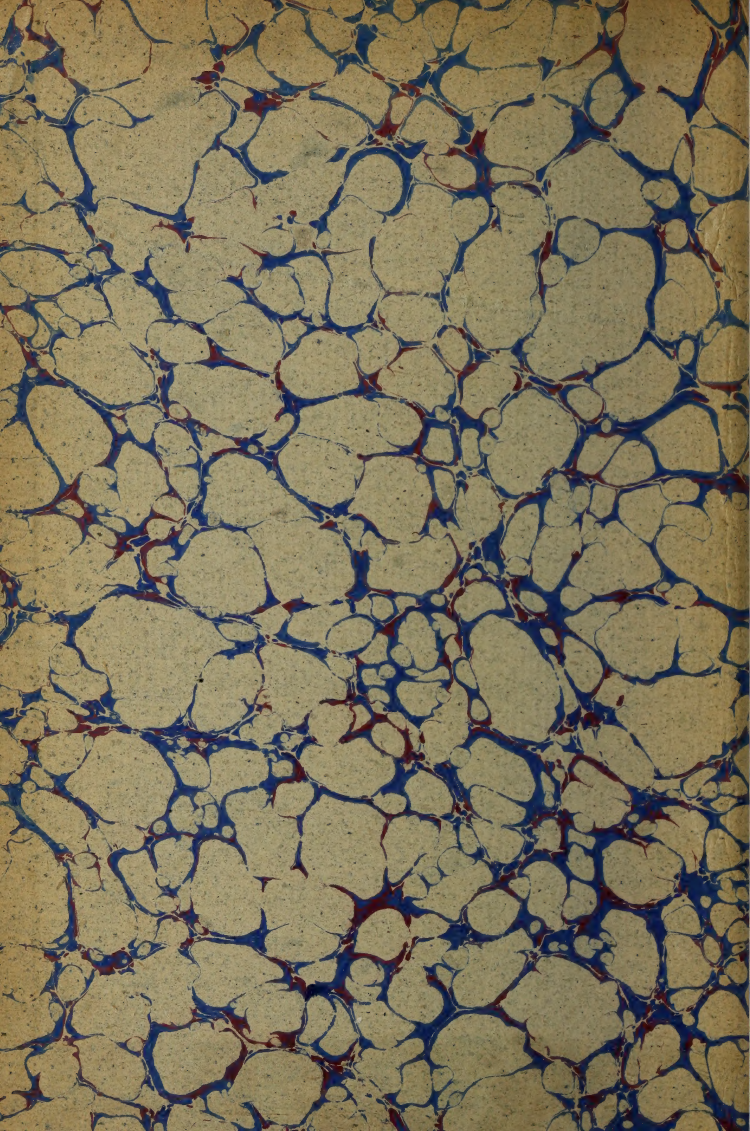
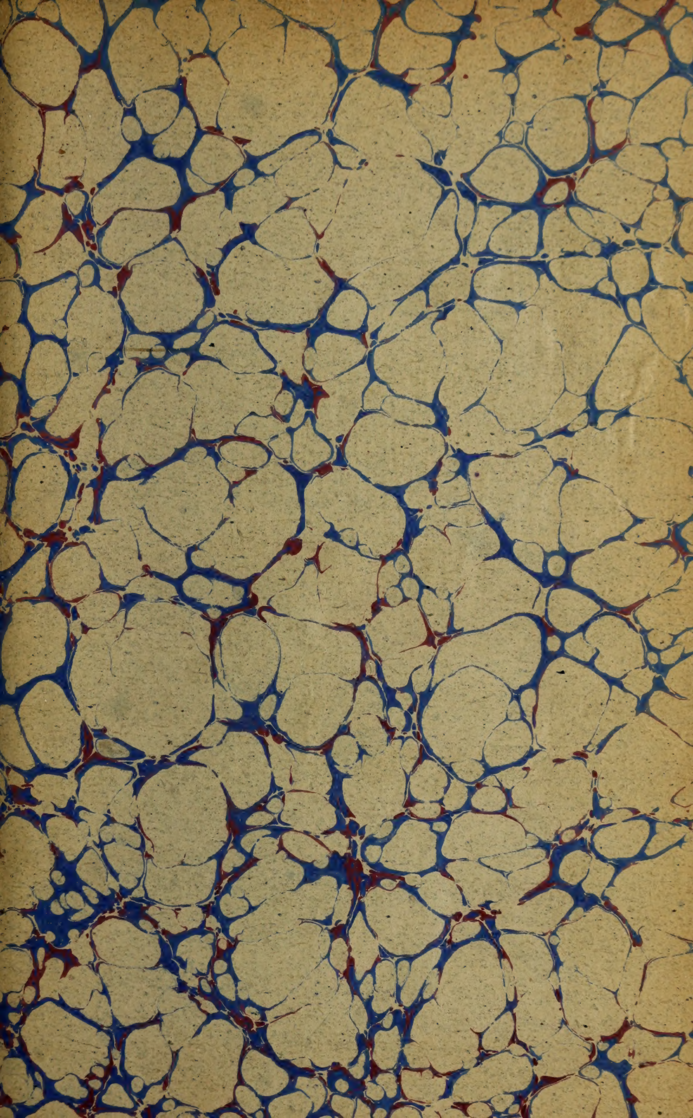
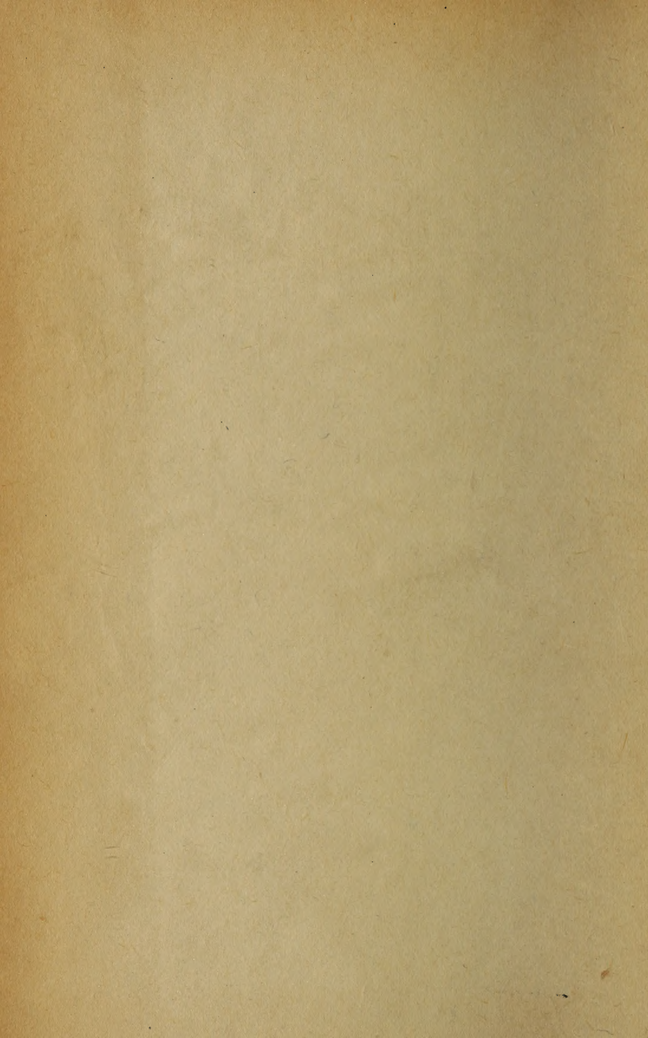

3 1761 09373095 0







JUAN VALERA

TEATRO

La venganza de Atahualpa.
Asclepigenia.—Lo mejor del tesoro.—Gopa.
Los telefonemas de Manolita.—Estragos
de amor y celos.—Amor puesto á prueba.





OBRAS COMPLETAS

TOMO XVI



Á LA EXCMA. SEÑORA

MARQUESA DE HEREDIA

Hace años, cuando yo no había compuesto más que poesía lírica, me aseguraba cierto ilustre amigo mío, que ya murió, que mis versos eran de tal calidad, que jamás gustarían á las mujeres, ni habría una siquiera que se aprendiese de memoria media docena de ellos. Esto me afligió de suerte, que dejé de escribir versos y me dediqué á la vil prosa.

Por desgracia, según opinión de algunos críticos discretos, con la prosa me sucede exactamente lo mismo. Los mencionados críticos declaran que han dado á leer mis novelas á sus novias respectivas, y que todas las han devuelto sin leerlas, á pesar de la buena voluntad y de los esfuerzos que por leerlas han hecho.

Esto me ha desconsolado más aún. Si las mujeres no leen ni mis versos ni mi prosa, ¿quién los leerá? Yo disto mucho de ser un sabio. Yo no aspiro á enseñar nada. Yo no he descubierto ninguna útil ó encumbrada verdad. Yo no trato de abrir nuevos senderos al errante género humano. ¿Para qué escribo entonces? Por este pícaro prurito de escribir, de que no puedo libertarme.

Así cavilaba yo, y seguía escribiendo sin poder remediarlo; porque, si yo hubiera podido remediarlo, no hubiera escrito. Yo seguía escribiendo sin fe y sin esperanza.

Imagine usted, pues, señora, qué consolación tan inesperada y grande fué la mía cuando averigüé que usted y su hermana se sabían de memoria no pocos versos míos. Vamos, estuve para perder el juicio de gusto y de satisfacción. Aquello fué como ver el cielo abierto.

Verdad es que la memoria de usted es un tesoro de poesía castellana, y que, si se perdiesen todos los libros en que dicha poesía se conserva, usted podría dictar una colección selecta de lo mejor; pero esto, en vez de atenuar mi alegría y mi vanidad, las acrecentaba. El buen gusto de usted era evidente. No era extravagancia gustar también de lo que yo había escrito.

A fin de no ensoberbecerme demasiado, atribuí entonces la rara estimación de usted por mis obras á algo como efecto hereditario. Yo viví tres años en Nápoles en compañía del Duque, su padre de usted. El Duque me quería, y miraba mis obrillas con singular benevolencia. Usted, sin duda, hace lo mismo, por imitar al Duque; impulsada y engañada quizá por el favorable concepto que la generosidad y el cariño como de padre, que el Duque me tuvo, le habían hecho formar de mí.

Sea como sea, yo estoy á usted agradecido con toda el alma. Mientras más viejo me voy poniendo, más ganas de escribir me van entrando. Yo no bailo. Yo apenas juego, porque casi siempre pierdo. Otras diversiones cuestan caras. Como soy corto de vista y algo torpe,

no pesco ni cazo. ¿En qué me he de entretener como no sea en escribir? Al fin, aunque lo escrito valga poco y produzca menos, es entretenimiento barato, porque el papel de costeras de que saco mis cuartillas vale poquísimo, y no es cara aquella substancia que encomió el poeta cordobés, mi paisano, diciendo que la eternidad tenía ilustre asiento en ella y más firme que los mármoles y los bronces.

Así, animado en gran parte por usted, y persuadido ya de que hay alguna mujer que me lee, he trabajado en estos últimos tiempos, y he logrado más de lo que en mis sueños de gloria pude imaginar nunca. No me atrevo á creer que tengo un público, pero creo tener ya cierto número de lectores y aun de lectoras, si bien entre todos acaso no pasen de tres mil, esparcidos por la extensa superficie del globo que habitamos.

La facilidad de comunicaciones, de que se goza en el día, hace que hasta la producción más baladí recorra los países, atraviese las fronteras y traspase los mares, por donde yo, sin acertar en la vida á hacerme popular, me lisonjeo de haber acumulado dicho número de lectores.

Esto me basta para seguir escribiendo, sin aspirar á más. Ya creo contar con alguien que me lea y que pague, á la larga al menos, el coste de la impresión de mis librillos.

La codicia, no obstante, rompe el saco, como dice muy bien el refrán.

Alentado yo por mi buen éxito relativo, me propuse, no hace mucho, convertirme en escritor popular y buscar aplauso y ganancia en el teatro. Escribí, pues, una

zarzuela, tomando asunto de un cuento de las *Mil y una noches*; adornándole y bordándole con todos aquellos perfiles que más á propósito me parecieron, é imitando, á mi manera, los dramas fantásticos de Carlos Gozzi, que él llamó *fiabe*, como *La dama serpiente*, *El Rey de los espíritus* y *Turandot, princesa de la China*, que obtuvo la honra de que Schiller la tradujese en lengua alemana.

Hablando con franqueza, cuando mi zarzuela estuvo terminada, yo me las prometí felices. ¡Qué ironía jocosa se me antojaba notar en toda ella! ¡Qué bien concertados disparates! ¡Qué versos tan lindos! ¡Qué novedad en todo! ¡Cuánto chiste ático y claro sin chocarrería! Lleno, pues, de confianza se la leí á varios peritos y á dos ó tres empresarios de los más famosos, atinados y previsores. Ninguno vió los chistes ni las lindezas que yo había creído ver. Poner en escena mi obra costaba, además, unos cuantos miles de duros. Era casi evidente que las gracias que los empresarios no veían ni descubrían, estaban muy hondas, dado que existieran, y el público no había de ser bastante zahorí para desentrañarlas. Cruel golpe hubiera sido, pues, para mí el que por mi culpa se arruinase un empresario, gastando su dinero en decoraciones y trajes, y el que, en la noche del estreno, se anegase la máquina de mis ilusiones en un diluvio de silbidos.

Me llené de terror. Al maestro que me había prometido poner en música mi obra, le relevé de la promesa, y yo desistí para siempre de mi fugitiva pretensión de ser poeta dramático.

No resolví esto ni por excesiva soberbia, ni por mo-

destia y humildad tampoco. No lo resolví por modestia, porque mi zarzuela no me parece mala. Si me pareciese mala, no la publicaría. Y no lo resolví tampoco por desdén y orgullo, aplicándome el precepto evangélico que dice: *no eches tus margaritas á los cerdos*, porque sé muy bien que el público tiene un instinto infalible para adivinar lo bueno, y nada, por elevado que sea, deja de estar á su alcance. Noble testimonio de ello dan, por ejemplo, *Los Amantes de Teruel*, de Hartzenbusch, y el inmortal y glorioso hermano de usted, *Don Álvaro*.

Mi resolución nació del pleno convencimiento de que, con toda independencia del valor literario de un drama, se requiere para ser aplaudido una condición de que yo carezco sin duda; se requiere cierta virtud magnética, por la cual el poeta comprende el sentir y el pensar del público, en un momento dado, y se pone en consonancia simpática con dicho pensar y dicho sentir. Repito que carezco de esta virtud como de otras muchas, y esta virtud es el más esencial requisito para ser autor dramático.

Harto siento yo no serlo, porque siempre he creído que la flor más bella de toda literatura, el último y más espléndido brote del árbol del arte, es el teatro. En él la poesía vuelve á ser objetiva por reflexión, como en la epopeya lo fué por instinto. En él caben todos los géneros, el lírico, el didáctico, el satírico y el narrativo, concurriendo á hacerle cifra de la poesía. La acción prevalece y da ser á todo. El poeta oculta su personalidad y hace hablar á sus héroes. El pueblo escucha y aplaude. Y no sólo aparece en el teatro la poesía en to-

dos sus géneros y formas, produciendo una hechicera, ideal y fantástica representación de la vida humana, sino que, á fin de rodear y formar séquito pomposo á la poesía, acuden solícitas las demás artes, como siervas ágiles que se esmeran en engalanarla. La pintura, la escultura y la arquitectura levantan para ella palacios aéreos, erigen estatuas ó monumentos ó fingen jardines amenos y bosques frondosos; la arqueología y la indumentaria le prodigan trajes, alhajas y muebles antiguos ó peregrinos; la música le da ricas melodías, y la danza le presta sus rítmicos movimientos, y aquella singular belleza, por quien la docta antigüedad la tuvo en tanta estimación, haciéndola como centro entre los ejercicios del cuerpo y las tareas y disciplinas del alma; poniéndola como mediadora y participante de cuanto crea la mente, que es la *música,* en su acepción más lata, y de cuanto el cuerpo bien educado y robusto es capaz de hacer para mostrar su enérgica gallardía, que es la *gimnástica.* Y como todo esto se somete á la poesía, resulta que en el teatro es donde da y debe dar un pueblo adulto, fecundo y brioso, amplia muestra de su ingenio, y donde hace y debe hacer alarde brillantísimo de toda su cultura.

Siempre me ha repugnado la idea de que el teatro sea una escuela de moral. Y no por tenerle en menos, sino porque me parece poco. ¿Cómo subordinar la poesía, que en ella misma tiene su fin, á un fin extraño, por sublime que sea? Además que, mirado el teatro como la más cumplida manifestación de toda la cultura de un pueblo, la moral entra, como lo restante, en la manifestación; y ésta no es sólo á manera de espejo clarísi-

mo, donde dicha cultura se refleja, sino espejo de aumento y de mágico poder, en el cual no se refleja ella tal como es, aunque magnificada, sino limpia asimismo de manchas é impurezas, y hermoseada y radiante de luz divina, en donde ya se columbra algo de los futuros ideales, si es que los hay.

Siendo tal mi concepto del teatro, imagine usted lo que me pesará de no poder escribir para el teatro; pero, ¿qué le hemos de hacer? Dios no me llama por ese camino.

Esto no obsta para que yo, sin pensar ya en el teatro, haya querido escribir y haya escrito, además de la zarzuela, otros dos como cuentos dialogados, que doy, juntos á la zarzuela, en un tomito, bajo el título común, y no me negará usted que modesto, de *Tentativas dramáticas*.

Una de estas *tentativas* se titula *La venganza de Atahualpa;* la otra, *Asclepigenia*. Ninguna de las dos, cada una por su estilo, es representable; pero ambas, y principalmente la segunda, son de lo menos malo que he escrito yo en mi vida. La necesidad de encerrarlo todo en breve cuadro, y de callarme y dejar hablar á los personajes, me ha obligado á ser sobrio, á no digavar y á ir al grano siempre, como vulgarmente se dice.

A no pocos comentarios se prestan ambas composiciones; algunas notas también debieran ponerse al fin para la mejor inteligencia del texto; pero la desidia se ha apoderado de mí, y todo va sin comentarios y sin notas. Que cada cual lo entienda como se le antoje. Sólo me atreveré á indicar aquí que en *Asclepigenia* hay mucho de alusivo que le da un interés de actualidad. El

panteismo místico de los alemanes, como Schelling, Hegel y Krause, se asemeja no poco al de los alejandrinos, cuyo último representante de valía fué Proclo; y la caída entonces de la filosofía también se puede comparar algo á la caída de la filosofía en estos últimos tiempos, en que los adelantamientos de las ciencias físicas y experimentales y la afición y el entusiasmo por el bienestar material han convertido la ciencia en positivismo. Sólo falta ahora una religión nueva que se levante sobre tanta ruina y traiga en germen en su seno una nueva y más poderosa civilización. El pesimismo ateo de Hartmann y de Schopenhauer, y las melancolías de Renán, y los temores de Strauss, no prometen darnos la religión del porvenir ni nada que se le parezca. Estos señores son unos Budhas cómicos y sin caridad, que por único consuelo á nuestros males nos ofrecen la muerte, y por único freno de crímenes y pecados el progreso futuro, que ya entrevén, el cual ha de llegar á tanta perfección, que habilite á los sabios para destruir el universo y acabar así con nuestras maldades y miserias. Dios quiera que tarden en conseguirlo, pues lo que es á mí no me parece todo tan pésimo.

Ya que estoy con la pluma en la mano, diré también, por si alguien no lo sabe, que en *Asclepigenia* todos los personajes son históricos, salvo Eumorfo y Crematurgo, y que á todos he procurado conservarles el carácter que en la historia tienen. Si á *Asclepigenia* la hago un si es no es desaforada, sin que conste, como ya no queda nadie de su familia, no perjudico á nadie. Y si á Atenais la llevo á vivir con Asclepigenia, no la ofendo, pues eran paisanas é hijas ambas de filósofos,

por lo cual es natural que viviesen juntas en Constantinopla, habiéndose antes conocido en Atenas.

Sólo me queda un escrúpulo; pero el escrúpulo ha acudido tarde, estando ya impresa la obra, y no se puede corregir el pasaje que le suscita: la desvergüenza con que Asclepigenia y Atenais murmuran de la santa emperatriz Pulqueria. Yo creo, sin embargo, que bien entenderá quien me leyere que Asclepigenia era una bribona, que el ladrón piensa que todos son de su condición, y que no es extraño que ella se hiciese eco de las hablillas calumniosas de los nestorianos y de otros herejes, á quienes la santa Emperatriz había perseguido.

Ningún autor es responsable de cuanta tunantería diga ó haga cada uno de los personajes que saca á la escena, y yo no debo responder de las murmuraciones de aquellas mozas insolentes. No es menester acudir á la vida que el Padre jesuíta Contucci escribió de la Emperatriz para respetar su limpia fama. Gibbon, con ser impío, la respeta, y en este punto no he de ser yo menos que Gibbon.

En cuanto á la bella Atenais, todos convienen en que fué algo ligera de cascos: hasta el P. Contucci, á pesar de su circunspección. Lo que le hago decir del bello Paulino está, pues, en su lugar, tanto más que por culpa de la manzana, que ella le regaló, vino á sospecharlo todo el emperador Teodosio II, y al bello Paulino le costó la vida, según refieren las historias.

En suma, lo que importa más es que estas tres, que he puesto yo en diálogo, diviertan á quien las lea, ya que para el teatro no sirven.

Yo se las dedico á usted por mil razones, largas de poner aquí. Se las dedico á usted, por ejemplo, porque usted tiene mucho entendimiento, y como le tiene, trata con indulgencia mis obras, y porque deseo dar una prueba de mi gratitud al favor que usted me hizo, dejando por falso profeta á mi ilustre amigo difunto; aprendiéndose de memoria bastante más de media docena de versos míos, y desautorizando también á los críticos discretos, cuyas novias no pueden sufrir mis novelas.

Acepte usted mi presente, estimándole y tasándole, no por el valor que tiene en sí, el cual es mezquino, sino por la respetuosa y sana intención con que lo hago, y con la cual estoy y estaré siempre deseoso de servir y complacer á usted como su amigo constante y agradecido Q. B. S. P.

JUAN VALERA.

Madrid 1879.



LA VENGANZA DE ATAHUALPA





LA VENGANZA DE ATAHUALPA

> No hay que reprender á los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron después, ca todos ellos acabaron mal.
>
> (GOMARA, *Historia de las Indias.*)

La escena pasa en un lugar de Extremadura, por los años de 1542.

JORNADA PRIMERA

Sala en casa de Doña Brianda.

ESCENA I.

LAURA, JUANILLA.

JUANILLA.—Ya que tan poco cuidas del adorno de tu persona, deja que te coloque bien el manto. (Procura arreglársele bien.) ¡Qué flojera! ¡Si se te cae! ¿Por qué quieres ir tan desgarbada? Es un contra Dios que, siendo tan linda, no hagas valer la belleza que Dios te ha dado. ¡En toda Extremadura no hay más gallarda moza que tú! ¡Pertinaz me-

lancolía es la tuya! Pues no... ahora no tienes motivo. Nos faltaba dinero. Hoy nadamos en oro. Tu hermano ha traído de Indias el rescate de Atahualpa y el botín de Caxamalca, Jauja y el Cuzco. ¿Qué más quieres?

LAURA.—Si yo no quiero nada.

JUANILLA.—Y luego, para que la ventura sea cumplida, no contento tu hermano con traerte tantas riquezas, te trae la fama de su nombre, el brillo de sus hazañas, y te trae, por último, lo que más anhelan las niñas de nuestra edad... un marido que ni mandado hacer de encargo... con treinta años apenas, recio, brioso, bello como Adonis, y con mucha hacienda, ganada también en ese imperio que acaba de conquistar Pizarro. No comprendo tus penas; debieras estar alegre como unas sonajas.

LAURA.—Y lo estoy. ¿Por qué supones que no estoy alegre?

JUANILLA.—No lo supongo; lo veo. Tu hermano lo ve también. Y lo ve y lo lamenta el Sr. Francisco de Cuéllar, á cuyo amor no correspondes.

LAURA.—¡Ay, Juana! Yo no puedo mandar en mi corazón. Cuéllar es digno, por mil razones, de ser amado. Su gentil apostura, su valor, la misma vehemencia del afecto que me muestra, y sobre todo, el imperio y la osadía con que su ánimo se impone y señorea á los otros, son prendas que de-

ben avasallar y rendir el corazón de una mujer; pero el mío está muerto para los amores del mundo. Apenas ha latido y ya está fatigado. Sólo ansío el reposo. La inesperada vuelta de mi hermano, y este repentino cambio de nuestra fortuna, de adversa en próspera, no bastan á hacerme variar de resolución. Sigo en mi propósito de cuando estaba pobre y desvalida. Quiero retirarme á un convento.

JUANILLA.—¿Qué motivos hay para tomar esa resolución, cuando todo debiera sonreirte? Tú me ocultas algo. Secreto dolor contrista tu espíritu. ¿Por qué no amas á Cuéllar? ¿Amas quizá á otro hombre?

LAURA.—No es menester acudir á la suposición de otro amor, ni es menester imaginar pena muy honda y misteriosa para explicar mi inclinación al claustro y mi despego de las cosas mundanales. Aunque sea yo indigna, ¿no puedo sentir la vocación?

JUANILLA.—Puedes... pero ya te apartará de ella tu hermano. Tu hermano ama á Cuéllar y le debe mucho; Cuéllar te idolatra; su dicha pende de que le des un sí; y tu hermano, que anhela hacer la dicha de su amigo, te persuadirá al fin á que no le dejes desairado.

LAURA.—No me hables más en eso, Juana. Me aflige y cansa el oirte. ¿Lo ves? Hasta es mate-

rial mi cansancio. Casi no puedo tenerme en pie.

(Laura se deja caer como desfallecida en un sillón de brazos.)

JUANILLA.—Descansa un momento, y prepárate á recibir al Sr. Francisco de Cuéllar. (Mirando por un balcón que hay en el fondo.) Asómate con disimulo. Ahora aparece por el extremo de la calle. Aunque no sea más que por curiosidad, asómate. Verás qué galán viene á visitarte. Fulgura sobre su frente, cual penacho de fuego, la esmeralda que trae en la gorra, y que, según dice el indio Cipriano, adornaba la cabeza de la principal ó superiora de las vírgenes consagradas á ese mismo sol que en este instante ilumina la joya con sus rayos. La cadena de oro que pende de su cuello, debe de pesar unas cuantas libras. Y el vestido ¡qué pulcro y qué lujoso! de raso, y velludo todo él... ¡Si parece tu novio un emperador! El jubón y los gregüescos son morados, con pespuntes de oro; los puños y la gorguera de primorosas randas; las calzas ceñidas, de punto, dejan lucir la bien formada pierna; y el lindo gabán, con mangas perdidas, está aforrado de marta. Vamos, señora, no seas de cal y canto. Mírale... qué airoso viene! ¡Qué barba negra tan bien peinada y lustrosa! ¡Qué bonitos rizos! Pero... ya entra en el zaguán... Ya entró. Voy á abrirle.

(Sale Juanilla. Laura, al verse sola, exhala un hondo suspiro y exclama):

LAURA.—¡Madre Santísima de los Dolores! ¡Jesús mío de mi alma! ¡Tened piedad de mí!

ESCENA II.

Entra JUANILLA acompañando á FRANCISCO DE CUÉLLAR. JUANILLA se va, y deja al hidalgo con su señora.

CUÉLLAR. – Vengo, hermosa Laura, á despedirme de vos para una ausencia, que espero sea corta. Vuestro hermano y yo tenemos negocios en Sevilla, y hemos convenido en que yo sea quien vaya á ponerlos en orden. Mucho me cuesta separarme de vuestro lado: os amo más cada día; pero conozco que esta separación es conveniente. Libre así del asiduo ahinco con que os visito, sirvo y pretendo, podréis meditar mejor en lo que os está bien hacer; y luego no seréis acaso tan dura conmigo.

LAURA. – Creedme, Sr. Francisco de Cuéllar, yo no puedo ser dura con vos, porque no soy ingrata. Grande es la honra que me hacéis en ofrecerme vuestra mano: yo os la agradezco...

CUÉLLAR. – Pero no lo aceptáis. ¿Amáis á otro, Laura?

LAURA. – No, Cuéllar. Si mi alma fuese capaz de amar, os amaría.

CUÉLLAR. – Las mujeres tenéis mil melindres y os forjáis mil dificultades fantásticas que los hombres no entendemos. ¿Por qué no ha de ser capaz de amar vuestra alma? Yo he oído decir que el án-

gel de las tinieblas es el único ser incapaz de amar. Vos, que sois lo contrario, vos, que sois un ángel de luz, antes que al desamor, debéis sentiros propensa á enamoraros. Y la gratitud, Laura, que confesáis deberme, es excelente preparación de amor. Poco os falta ya para amarme, si es que me estáis agradecida. Poned buen talante y me amaréis al cabo. ¿Calláis? ¿Nada me respondéis?

LAURA.—¿Qué he de responderos que os plazca? Sois discreto y valiente, estáis rico, volvéis de Indias cubierto de laureles; mi hermano quiere que yo sea vuestra; si yo me sintiera inclinada á amar, á nadie amaría mejor que á vos; pero ¿qué queréis? Me duele decíroslo. Os pediré perdón de rodillas si os agravio diciéndooslo. No os amo.

CUÉLLAR.—Repito que amáis á otro hombre. Tenéis miedo por él, y por eso no me lo confesáis. Yo sabré quién es mi rival. Yo me vengaré de quien me roba vuestro afecto.

LAURA.—Sosegaos, Cuéllar. No dudéis de mi sinceridad. No amo á criatura alguna con ese amor exclusivo. No tenéis rival de quien vengaros.

CUÉLLAR.—¿Cómo, por qué destruir entonces todas mis esperanzas, por tantos años y en medio de tantos peligros alimentadas y acariciadas? Érais muy niña, apenas érais mujer, cuando os ví por vez primera y os amé ciegamente. ¿No me recordáis de entonces? ¿Ni siquiera me recordáis?

LAURA.—Sí, Cuéllar; recuerdo cuando vinísteis con mi hermano desde Salamanca. Estuvísteis aquí cuatro días y os fuísteis á Sanlúcar á embarcaros para las Indias. ¿Cómo no recordar aquellos tan amargos instantes en que mi hermano me abandonaba, quizá para siempre, yendo á través de los mares á tierras desconocidas y remotas, entre gentiles, á buscar fortuna y á hallar acaso la muerte.

CUÉLLAR.—Pues bien, Laura: ya que recordáis aquellos instantes, sabed que desde entonces os amo. Mi vida había sido hasta allí, como la de vuestro hermano, un delirio sin tregua, una bacanal espantosa. Estudiantes ambos en Salamanca, nos hicimos amigos, no para estudiar juntos, sino para ser juntos más que traviesos y bulliciosos. Fuímos el escándalo de la ciudad. La poca hacienda que ambos teníamos se consumió en deportes. No tuvieron número nuestras pendencias. La suerte siempre nos fué propicia en las armas, pero en el juego nos fué contraria. Perseguidos entonces por usureros, sin recursos y sin ganas de estudiar, nos llenamos de codicia y de férvido deseo de gloria al oir contar los descubrimientos y conquistas que andaban haciendo los españoles en las Indias de Occidente, y determinamos irnos por allá en busca de los bienes que por acá nos negaba el destino. Yo no quise despedirme de nadie. Estaba

mal con mi padre, que vivía aún, y no fuí á verle por mil motivos: entre ellos, á fin de que no estorbase mi atrevida determinación. Vuestro hermano, huérfano de padre y madre, quiso venir por aquí y veros antes de partir, á despedirse de su tía, Doña Brianda, á quien os dejó confiada, y á allegar algunos mezquinos recursos. Tal fué la ocasión de que nos viéramos. Vuestra vista fué una revelación para mí. El amor brotó de repente en mi alma y echó en ella profundas raíces. Yo no había tratado sino con aventureras infames, y en vos ví á la mujer que imaginan, si no logran verla, los corazones enamorados: inocente, pura, hermosa, discreta aunque tan niña...

LAURA.—¡Ah! ¡Callad por piedad, y no me atormentéis! No merezco tanta estimación de vuestra parte...

CUÉLLAR.—Desde entonces, sin declarároslo, porque no me atreví ni era aquella ocasión de declarároslo, me consideré como vuestro Amadís y fuísteis mi Oriana. Para vos ambicionaba la nombradía; para vos codiciaba las riquezas. En las tempestades de la mar os veía cual estrella solitaria que me guiaba desde la bóveda celeste entre las rotas nubes. En la isla infernal me alimentaba vuestro recuerdo, y me daba fuerza para resistir la sed, el hambre y la inclemencia de los elementos. Por los desfiladeros horribles de la sierra, por las

sendas escabrosas donde sólo la hendida pezuña del llama y el pie desnudo del indio se diría que podían sostenerse sin resbalar, iba yo tranquilo, á caballo, abrumado con el peso de mis armas, porque vos érais el ángel que me sostenía para no hundirme en el hondo precipicio. En las crestas nevadas, donde hace su nido el condor, donde no había árboles con que encender una hoguera, donde muchos infelices compañeros y hasta los indios que nos guiaban morían de frío, la sangre se agitaba en mis venas, porque el fuego de vuestro amor ardía en mi corazón, y por ellas se difundía. En los trances de mayor peligro, en las fatigas más rudas, después de encomendarme á Dios, á vos me encomendaba, como si fuéseis mi ángel custodio ó el santo de mi devoción, abogado mío en el cielo.

LAURA. (Aparte.) — ¡Dios mío! ¿Por qué no arrancáis este amor del corazón de Cuéllar? Harto sabéis que no debo pagar este amor.

CUÉLLAR. — Ya véis, Laura, cuanto os he amado. Pues ahora os amo más aún. Vuestro desvío irrita, enciende mi pasión. No hay obstáculo que me arredre. Ó he de conquistar vuestro corazón ó he de morir en la demanda.

LAURA. — No sé qué contestaros, señor. Vuestras palabras me lisonjean y me asustan.

CUÉLLAR. — Aquí viene vuestro hermano.

ESCENA III.

Dichos, RIVERA

RIVERA.—Veo que siguen los melindres de Laura. Merecería que la olvidases y despreciases.

CUÉLLAR.—No ofendas á tu hermana, Rivera. El amor no se impone. Me basta con la certidumbre que ya tengo de que ella no ama á otro. Sin más rival que Dios, el mismo Dios me ayudará, con el tiempo, á conseguir su amor. Aguardaré con resignación y firmeza. Adiós, Laura. Dentro de media hora saldré para Sevilla. Pensad en mi amor, y, si por mí no me amáis, amadme por el amor que os tengo.

LAURA.—Estimo tanto, noble Cuéllar, vuestra persona como vuestro amor. Mi mayor infortunio es no poder deciros, con el corazón, que os amo y que soy vuestra.

CUÉLLAR.—Adiós, Laura. Adiós, Bartolomé. (Cuéllar va á salir.)

RIVERA.—Voy á despedirte.

CUÉLLAR.—No te molestes. Todo está preparado y parto en seguida. No tengo más que ponerme en traje de camino. Adiós. Te ruego que no vengas.

RIVERA.—Adiós, pues. (Vase Cuéllar.)

ESCENA IV.

LAURA, RIVERA.

RIVERA.—Tu desdén, hermana, me tiene más disgustado cada día. Hay en la causa de que nace un misterio que quiero y temo descubrir. Pero no hablemos de esto ahora; tienes puesto el manto para salir con Juanilla. Tus ropas están en casa de Doña Irene: vete al punto allí. Como ya te dije, no quiero que permanezcas más en esta casa. Doña Irene, que es persona de toda mi confianza y de mucha autoridad, te dará albergue y te hará compañía hasta que te cases, si es que te casas. ¡Hola! ¡Juanilla! (Aparece Juanilla.)

JUANILLA.—¡Señor! ¿Qué mandas?

RIVERA.—Vete con Laura. Doña Irene os espera. (Á Laura.) ¿Y tu tía?

LAURA.—Fué á sus devociones. En casa de Doña Irene me aguardará ya también.

RIVERA.—Pues anda con Dios.

LAURA.—Adiós, hermano.

V nse Laura y Juanilla.)

ESCENA V.

RIVERA, SOLO.

RIVERA.—Me devoraba la impaciencia de quedar solo para recibir y hablar al Padre Antonio,

que debe llegar al punto. (Pasea agitado por la estancia.) Cipriano está á la mira; le abrirá y le hará entrar. El Padre Antonio, si quiere, puede revelármelo todo. Si no quiere, le obligaré á ello. Ni el Padre ni nadie se ha de burlar de mí. Un compañero del marqués Pizarro debe inspirar respeto, debe infundir terror. Me sobra derecho: tengo motivo justo... Ya llega el fraile... Siento sus pasos en el corredor. Calma. Serenémonos.

ESCENA VI.

RIVERA, EL PADRE ANTONIO.

El Padre.—¡Ave María Purísima! La santa paz de Dios sea en esta casa. ¿Qué me quieres, hijo?

Rivera.—Antes de todo, besar la mano de vuestra reverencia, por quien es y por la merced y la honra que me hace en venir á verme, cediendo á mi súplica.

(Rivera besa la mano al fraile y ambos se sientan en sendos sillones.)

El Padre.—Dí lo que gustes.

Rivera.—Sé que mi hermana es vuestra hija de confesión.

El Padre.—Desde hace tres años.

Rivera.—¿Queréisla bien?

EL PADRE.—¿Cómo no quererla? Sus excelentes prendas le granjean estimación y cariño.

RIVERA.—Conoceréis sus pensamientos y su vida.

EL PADRE.—Su alma es un libro abierto para mí. Los ojos de mi espíritu penetran en el fondo de su corazón, como si fuera su pecho de cristal limpio y claro.

RIVERA.—Ya que tan bien la conocéis, ¿podréis declararme por qué repugna casarse con el hombre que he elegido para ella?

EL PADRE.—¿Qué necesidad tienes de que yo lo declare? Sabido es que tu hermana desea tomar el velo.

RIVERA.—Y vos ¿cómo no le aconsejáis que me obedezca?

EL PADRE.—Porque no debo contrariar su vocación; porque no puedo apartarla del camino por donde Dios la lleva.

RIVERA.—Bien está, Padre. Pero yo tengo una duda. ¿La vocación es espontánea ó motivada por algún suceso infausto? Sacadme de esta duda.

EL PADRE.—No puedo.

RIVERA.—Voto á una legión de demonios. ¿Pretendéis probar mi paciencia? Sacadme de esta duda.

EL PADRE.—Bartolomé de Rivera, tú no estás en tu juicio.

RIVERA.—¿Qué pretendéis significar?

EL PADRE.—Nada pretendo significar; afirmo que te olvidas de quien soy, y que me faltas al respeto. Si hubiese alguna razón oculta, algo de misterioso en el motivo de la vocación de tu hermana, y si yo conociese esa razón y ese motivo, sería bajo el sigilo del Santo Sacramento. ¿Cómo había yo de romper el sigilo para satisfacer tu sacrílega curiosidad? ¿Por quién me tomas?

RIVERA.—¿Y por quién me tomáis vos á mí? No me conocéis. No lo extraño. Me fuí de aquí muy mozo. Si me conociérais, sabríais que soy tenaz. Estábamos en una peña estéril, rodeada de mar desconocido, sin esperanza ápenas de que llegasen gentes de refresco con barcos, víveres y armas para proseguir una empresa que parecía locura; estábamos ya postrados de fatiga, sed y hambre, cuando vino Tafur el cordobés á llevarnos á Panamá por orden del gobernador. Los más cedían y se iban con Tafur. Pizarro, entonces, con notable aliento, desenvainó su puñal é hizo con él en la arena una raya que iba de Poniente á Levante: „Quien quiera volver á Panamá á ser pobre, dijo, que no pase esta raya; y quien quiera ir al Perú á ser rico, que la pase y me siga. Escoja el que fuere buen castellano lo que mejor le estuviere.„ Así habló y pasó la raya. Le seguimos trece, y yo fuí uno de ellos. Desde entonces nos apellidan los

trece de la fama. ¿Y sabéis por qué? Porque viéndonos cercados de los mayores trabajos que pudo el mundo ofrecer á hombres, y más para esperar la muerte que las riquezas que se nos prometían, todo lo pospusimos á la honra. Considerad, pues, si yo cejaré en casos de honra, cuando hice allí lo que hice. Siete meses aguardamos en aquel infierno con la vaga esperanza de que viniese un barco que nos llevara á descubrir un imperio tal vez soñado. ¡Qué no haré yo ahora por descubrir algo que me importa no menos que el imperio!

EL PADRE.—No veo, hijo, los trabajos que ahora tienes que pasar, ni mucho menos los peligros que tienes que arrostrar. Permite que no vea tampoco ni amenazas ni desacato impío en tu razonamiento.

RIVERA.—Dejémonos de rodeos y de equívocos, Padre. No es mi intención ofenderos; pero hay una causa oculta de la resistencia de mi hermana á casarse con Cuéllar. Tengo indicios de que la hay. Decídmela, pues. El ser yo cabeza de familia me da derecho á ello.

EL PADRE.—Me asombra tu ignorancia. Ni el Rey puede obligar al sacerdote á que revele un secreto de confesión, aunque de él penda la salud de la República. Cabeza de familia y Emperador era Wenceslao, y el santo mártir Juan Nepomuceno sufrió la muerte antes que declarar lo que le había confiado la Emperatriz. Su lengua, que su-

po callarse, se conserva aún en Praga, incorrupta y esparciendo suave fragancia.

RIVERA.—No temáis...

EL PADRE.—Nada temo.

RIVERA.—No temáis, digo, que imite yo al Emperador, y haga experimento cruel de la no corrupción de vuestra lengua. No cedáis por miedo ruín; pero ceded á la prudente consideración de evitar males mayores. Sin acudir á vos, tengo medios de averiguarlo todo, exponiéndome á ser tremendo y hasta feroz con alguna persona. Evitad que lo sea.

EL PADRE.—Dios lo evitará, si conviene. Yo no debo faltar á mi obligación para evitar que tú faltes á la tuya: yo no debo pecar, para que tú no peques. Deber mío, no obstante, es darte sanos consejos y apartarte de toda airada determinación, y más aún si no tienes fundamento para tomarla. Tu hermana quiere retirarse del siglo. ¿Qué mal hay en esto? ¿Por qué no ha de ser espontánea su vocación? Y cuando no lo sea, cuando haya algún oculto motivo, ¿ha de ser malo el motivo que á tan buen fin conduce?

RIVERA.—Padre Antonio, inútil es ya el disimulo. Yo sospecho algo de la condición infame de ese motivo, y tengo que poner en claro mi sospecha. Juanilla, que se ha criado con mi hermana, es tan picotera como simple. En los cinco días que hace

que llegué á este lugar, he hablado con ella varias veces y he procurado averiguar la vida que Laura y mi tía Doña Brianda han hecho durante mi larga ausencia.

El Padre. — ¿Y qué has averiguado por Juanilla?

Rivera. — Poco para lo que me importa; demasiado para que mis recelos se confirmen. En estos tres últimos años sé que esta casa ha sido como un monasterio. Mi tía y mi hermana no han salido sino para ir á la iglesia. Aquí sólo vos habéis entrado.

El Padre. — ¿Y antes de los tres últimos años?

Rivera. — Antes ha pasado siempre ó casi siempre lo mismo. Oid, no obstante, cómo mis sospechas han ido confirmándose. Mi hermana acaba de cumplir diez y nueve años. Tenía catorce cuando yo la dejé y me fuí á las Indias. Hace tres, poco antes de que empezase á confesarse con vos, estaba mi hermana entre los quince y los diez y seis. Hasta entonces gozó de buena salud y de excelente y muy alegre humor. Sus mejillas parecían rosas; sus labios claveles. Laura brincaba como un cervatillo y cantaba como un jilguero. Hoy ni brinca, ni canta, ni da señal de regocijo. Hoy gime, suspira y desfallece. Está hermosa, pero la encendida color de sus mejillas ha desaparecido. Su palidez, sus ojeras y su melancolía la hacen acaso más interesante: ponen algo de extraño y misterioso en

su hermosura; pero me dan mucho en qué pensar. De los mil pormenores que inocentemente me ha descubierto Juanilla, resulta que esta mudanza de Laura empezó poco antes de que ella fuese vuestra hija de confesión. ¿Qué sucedió, pues, poco antes? Claro está que yo, como quien une pedacillos de papel para leer un escrito que se ha roto, he ido enlazando y uniendo lo que me ha dicho Juanilla en varias ocasiones. Por ella sé también que, hace más de tres años, entró varias veces en esta casa un hombre que no érais vos. Entró con tanto recato, que nadie de fuera logró verle. Juanilla misma no le vió jamás la cara. ¿Quién era este hombre? ¿Á qué venía? ¿Por qué no ha vuelto? Doña Brianda no es vieja ni fea. Ahora apenas tiene cuarenta años. El hombre pudo venir por ella; pero tengo mis razones para dudar de que por ella viniese.

El Padre.—¿Por quién crees que vino?

Rivera.—Por mi hermana. Doña Brianda habrá de confesármelo todo.

El Padre.—No bastan esas apariencias engañosas. No te precipites á algún acto violento.

Rivera.—No me precipito. Voy con pies de plomo. He continuado en mis pesquisas, y algo más he descubierto. He forzado la cerradura del arca de mi tía; he registrado toda el arca, y en el fondo, en otra arquilla pequeña que he abierto asimismo

con violencia, si bien no he hallado escrito alguno, he hallado una bolsa llena de monedas de oro y varios dijes de valor. ¿De dónde proviene esto? Mi tía estaba en la mayor pobreza. ¿Cómo lo ha ganado? Vos lo sabéis todo. Decídmelo y evitaréis acaso una explicación penosísima. Á fin de quedarme solo y libre; á fin de que nadie más que yo se entere de lo que deseo enterarme, y sea testigo, quien sabe si de mi deshonra, he excitado á Cuéllar á que vaya á Sevilla á terminar nuestros negocios, y he enviado á Laura con Juanilla en casa de Doña Irene. Aquí sólo quedamos el indio Cipriano y yo. Mi tía volverá pronto, y entonces yo me entenderé con ella en esta soledad.

El Padre. — ¿Pretendes acaso atormentar á tu tía?

Rivera. — ¿Por qué no, si lo merece?

El Padre. — No lo consentiré jamás.

Rivera. — ¿Qué medio tenéis para oponeros? ¿Con qué razón os opondréis? En casos de honra no hay tribunal que valga. Es necesario que el mismo agraviado descubra el delito y le castigue. Vos, que sois tan sigiloso para lo que en confesión os dicen, no seréis mi delator, infamándome y descubriendo mi propósito. En esta confianza, aunque pudiera deteneros y aun encerraros, os dejaré ir libre. (Suenan dos aldabonazos á la puerta.) Ahí está ya Doña Brianda. (Prestando oído á los pasos, que se supone que

oye en el corredor.) Mi tía se va derecha á su cuarto. Padre, podéis iros. Cuenta con lo que hacéis. Si me delatáis, si enviáis á alguien en socorro de Doña Brianda, estoy determinado á todo; no temo ni á la horca; mato á Doña Brianda á puñaladas. ¡Cipriano! (Aparece el indio.)

CIPRIANO.—¡Señor!

RIVERA.—Acompaña al Padre Antonio hasta la puerta de la calle. Adiós, Padre Antonio. (Vase Rivera.)

ESCENA VII.

EL PADRE ANTONIO, CIPRIANO.

EL PADRE. (Aparte.)—No debo irme. Sólo quedándome puedo evitar una gran desgracia, aunque sea exponiéndome á morir á manos de este energúmeno. (Al indio con firmeza.) Me quedo aquí.

CIPRIANO.—El amo manda que se vaya vuestra reverencia. Fuerza es obedecerle.

EL PADRE.—¿Y por qué le obedeces?

CIPRIANO.—Por temor y por cariño.

EL PADRE.—Temor... no le tengas. Aquí no estamos en el Perú, donde era omnipotente tu amo. Cariño... la mayor prueba que de tu cariño puedes darle, es dejarme aquí y callar. Quedándome, salvaré á tu amo.

CIPRIANO.—Padre, yo no puedo entrar en estas honduras. Sólo me toca obedecer. Venid, salid de casa.

EL PADRE.—Te digo que no saldré. ¿Eres cristiano?

CIPRIANO.—Sí, Padre, á Dios gracias.

EL PADRE.—Respeta, pues, en mí á un ministro del Altísimo. Dios me manda que aquí me quede. Concurre á que se cumplan sus designios inescrutables. Cállate y déjame tranquilo. Si por obedecer á tu amo me desobedeces y desobedeces á Dios, caerá sobre tu cabeza la maldición del cielo.

CIPRIANO.—¿Qué decís? ¡Jesús mío!

EL PADRE.—Lo que oyes: la maldición del cielo.

CIPRIANO.—¡Qué horror!... (Volviendo de su asombro.) Vete, señor. Tiemblo por tí y por mí. Mi amo va á volver.

EL PADRE.—Sal tú. Yo me ocultaré en aquella estancia. Desde allí estaré á la mira. (Se oye dentro ruido.)

DOÑA BRIANDA. (Desde dentro y lejos aún). —¡Déjame en paz! ¿Te has vuelto loco? (El Padre se oculta.)

CIPRIANO.—¡Qué apuro! Si callo soy infiel á mi amo. Si delato al Padre, ¿qué hará de él este terrible amo mío? Además, Dios me castigaría. El Padre parece un santo. Sin duda se esconde por nuestro bien. (Vase Cipriano.)

ESCENA VIII.

RIVERA, DOÑA BRIANDA.

Aparece Doña Brianda huyendo de Rivera y como buscando medio de irse á la calle. Rivera le ataja el paso, cierra la puerta que da á lo exterior de la casa y guarda la llave. Cierra igualmente los vidrios del balcón.)

DOÑA BRIANDA.—Déjame en paz, Bartolomé. Tus sospechas son tan absurdas como ofensivas.

RIVERA.—Ya es inútil que corras. Ya no puedes irte. Cerré la puerta de tu cuarto que da al corredor. Ahora he cerrado esta otra. He cerrado el balcón para que no te oigan si gritas. Resígnate y dame cuenta de todo.

DOÑA BRIANDA.—Bartolomé, tú deliras. Me pones miedo. Gritaré y me oirán.

RIVERA.—De sobra me conoces. Ya sabes que no entiendo de burlas. Estoy determinado. Si gritas, te ahogo. Calma, pues. Vamos... siéntate.

(Agarra de un brazo á Doña Brianda y la hace sentarse.)

DOÑA BRIANDA.—Eres el mismo de siempre. Tan cruel, más cruel que hace años. Pero entonces eras infeliz. Tenían disculpa tu mal humor y tu violencia. Hoy no la tienen. Entonces... ¿te acuerdas?... acudías á mí en casos desesperados... perseguido por tus acreedores... yo te daba cuanto tenía. Por tí vendí las finquillas que me dejó mi difunto ma-

rido. Por tí y para tí desaparecieron las alhajas que autorizaban mi estrado: brasero de plata con tarima de ébano incrustado de marfil, alcatifas de Levante, tapices flamencos, escaparates y escritorcillos, sillones de vaqueta de Moscovia y almohadas de Damasco. Mis dijes fueron empeñados, y al cabo vendidos para acudir á tus compromisos. Pero, ¿qué mucho? ¿No te llevaste en ocasiones hasta lo que hilaba yo en la rueca y lo que afanaba en la almohadilla? Hoy estoy pobre y tú muy rico. Nada puedo darte ya. ¿Por qué me amenazas? ¿Por qué me intimidas?

RIVERA.—Porque no es verdad lo que dices; porque no estás pobre. He registrado tu arca. Mira lo que he encontrado... (Mostrándole los objetos.) Esta bolsa llena de oro; estas ricas joyas... ¿De dónde ha venido todo esto?

DOÑA BRIANDA.—¿Estás celoso, mi bien? Si estás celoso, mayor es la dulzura con que tus celos me lisonjean que el temor que me causa tu ira. Mi bien, yo no te he faltado.

RIVERA.—Fuego del cielo te confunda. Con razón lo sospechaba. ¿Qué oficio abominable hiciste entonces para satisfacer tu codicia? No seas necia. Yo no tengo celos. Yo no te amo. Yo me avergüenzo de haberte amado. Te pagaré con usura lo que gastaste por culpa mía. Otra causa me mueve á averiguar de dónde han venido estas rique-

zas. Confiesa tu maldad. ¿De dónde han venido?

Doña Brianda.—El furor te ciega. Bartolomé, escúchame con reposo.

Rivera.—Me presto á escucharte con paciencia que raye en lo inverosímil, aunque preveo que vas á mentir. Dí lo que quieras.

Doña Brianda.—No tengas de mí tan mala opinión: tú mismo te agravias teniéndola. Considera, Bartolomé, que esa opinión mala la debías tener ya cuando te fuiste á Indias. Y si la tenías, ¿por qué dejaste á tu hermana en mi poder? ¿Qué caso hacías entonces de tu honra cuando la dejabas á la merced de quien tan vil concepto te debe? No: yo no soy tan perversa como imaginas. He sido culpada, débil contigo; pero amarte fué mi pecado: tú, menos que nadie, debieras acusarme. Yo te perdono el mal que me has hecho con tus durísimas palabras. Perdóname tú el engaño que te hice, ocultándote, cuando te fuistes á Indias, que aún me quedaba ese pequeño tesoro. Por no vivir en la miseria te le oculté. Te dije que ya te había dado cuanto tenía, y aún guardaba eso que hoy has descubierto y bastante más con que hemos vivido. Dime tú, imprevisor, loco: ¿cómo hubiéramos vivido tu hermana y yo, si no tengo el tino y la precaución de engañarte?

Rivera.—¿Cómo hubiérais vivido? Como vive toda mujer honrada y pobre: con el trabajo de

vuestras manos. Debió, además, alentaros la esperanza de verme volver rico, ilustre, glorioso, como al fin he vuelto. Pero vosotras no tuvísteis ni esperanza ni fe.

DOÑA BRIANDA. – Considera que no pocas veces te lloramos por muerto; que no recibíamos cartas ni noticias tuyas. Ciego de ambición, luchando á brazo partido con la fortuna, sin duda te olvidaste de mí y de tu hermana, y no nos escribías; tal vez no tenías medios de escribirnos.

RIVERA. – No los he tenido casi nunca. Y, además, ¿para qué escribiros? ¿Hubieran sido mis cartas cual benéfico talismán, que te hubiera impedido ser mala? Tus embustes groseros no me deslumbran. Veo ya claro el abismo en que ha caído mi honra. No sufro más disculpas vanas. Dime el nombre del seductor. Pronto, ó mueres. (Amenaza darle muerte con la daga desnuda.)

DOÑA BRIANDA. – Mátame... Yo no puedo suponer lo que no es.

RIVERA. (Aparte.) – Es tan terca, que se dejará matar, y no descubriré nada. Apelaré á la astucia. (Á Doña Brianda.) En balde finges..., en balde te callas... Aunque no lo confieses..., tengo pleno convencimiento de tu delito. Laura me lo há confesado todo.

DOÑA BRIANDA. – Laura soñaba... Laura no ha podido mentir... Tú eres quien inventa todo eso

pensando que así confesaré. No..., no está mal ideado el ardid. Si yo fuese culpada, ya me hubieras hecho caer en el lazo. Gracias á Dios..., no lo soy.

RIVERA. — Lo que tú eres es la astucia..., la impudencia en persona; pero no te valdrá. No tendré compasión contigo. Te haré dar tormento para que confieses. (Se dirige á la puerta que da á lo exterior de la casa; la abre con la llave y llama.) ¡Cipriano! (Aparece el indio.)

CIPRIANO. — Señor, ¿qué ordenas?

RIVERA. (Aparte.) —¡Qué vergüenza! ¿Qué voy á hacer, Dios mío? (Á Cipriano.) Nada. Aguarda ahí mis órdenes. (Cierra la puerta otra vez, aunque no con llave. Luego, en voz baja, para que no le oiga el indio.) (Á Doña Brianda.) No seas terca. ¡Evita un escándalo! Mira que estoy decidido á todo. Sálvame y sálvate. Ese indio es más que un esclavo: es un mero instrumento mío. No me obligues á que le mande que haga contigo el oficio de verdugo. Ten piedad de tí y de mí. Confiesa.

DOÑA BRIANDA. — Mátame, descuartízame, atorméntame. Nunca me declararé culpada... No..., no lo soy.

RIVERA. — Lo eres, Brianda, lo eres; pero yo te perdonaré con tal de que confieses y me des el nombre del seductor, á fin de vengar el agravio. ¿Quieres que jure? Juraré... Juro por lo más sagrado que te perdono. Confiesa ahora.

DOÑA BRIANDA.—Te compadezco, pobre Bartolomé. ¿Qué pesadilla es la tuya? Si no hay delito, bien mío, ¿cómo quieres que le confiese?

RIVERA. (Meditando entre sí.) —¿Tendrá razón, cielos santos? ¿Será una pesadilla la mía? ¿Por qué no ha de ser posible que la vocación de Laura sea espontánea? Pero..., ¿y el hombre que entraba aquí de oculto? ¿Y este dinero? ¿Y estas joyas?

DOÑA BRIANDA. (Advirtiendo que Rivera duda y vacila.) —¿Lo ves? Los santos del cielo te inspiran ideas mejores. Lo recapacitas y te convences de que tu diabólico ensueño no tiene ser real.

RIVERA.—Escucha, Brianda. La agitación de mi espíritu no puede durar. Necesito salir hoy mismo de la duda en que estoy. Me repugnaba interrogar á mi hermana, y tú me obligas á ello. Si conviene la traeré á careo contigo. Mira que soy firme y no cejo. Aun no he agotado mis recursos de averiguarlo todo. Sólo una franca y humilde confesión puede salvarte. Medítalo bien. Te dejaré á solas con tu conciencia. Te doy dos horas de término. Hasta muy pronto.

(Rivera toma su sombrero y va á salir. Al abrir la puerta aparece Cipriano.)

RIVERA. (Al indio).—Ten cuidado con esa mujer, vigílala... y no consientas que salga de casa. Me respondes con tu vida. (Váse Rivera).

ESCENA IX.

DOÑA BRIANDA, EL PADRE ANTONIO

DOÑA BRIANDA. — ¡Gracias por esta tregua, Dios mío! (Viendo al Padre, que aparece). ¿Vos aquí?

EL PADRE. — Me había ocultado para ampararte, si hubiera sido indispensable. Todo lo he oído. Te conocía, pero no te juzgaba tan mala. En vez de ser tu defensor y tu escudo, he estado á punto de salir á acusarte. Duras entrañas tienes. Rivera te prometía con juramento su perdón con tal de que confesaras. ¿Por qué no has confesado?

DOÑA BRIANDA. — ¿Y qué había yo de confesar, Padre Antonio?

EL PADRE.—¿Intentas proseguir conmigo en tus embustes?

DOÑA BRIANDA. — Además, Padre, ¿quién fía en juramentos ni en promesas de éstos que vuelven de Indias? Avezados á tratar con gentiles, á prometer y no cumplir, tal vez se figuren que también somos indios y no cristianos, y no cumplan lo que prometen. Prometida tuvo la libertad el inca Atahualpa, comprándola con casi todo el oro que poseía: entregó el oro, y en vez de cumplirle la promesa, le guardaron cautivo y le dieron afrentosa muerte.

El Padre.—El inca fué juzgado y sentenciado. Los jueces darán cuenta á Dios de la sentencia. No te entrometas en censurar á los otros. Piensa en tí misma. Mira que todo se descubre. Confiesa tu culpa á Rivera en cuanto vuelva á interrogarte.

Doña Brianda.—Aunque sois duro y acerbo conmigo, quiero ser con vos franca y leal. Demos por supuesto que yo soy culpada. ¿Qué ventaja sacará Rivera de que yo le confiese mi culpa? Vos, que sois sacerdote de un Dios de paz, ¿queréis que Rivera lave con sangre su agravio?

El Padre.—No; pero quiero que tenga la debida reparación.

Doña Brianda.—Esa reparación es imposible. Si no fuera imposible, sería funesta.

El Padre.—¿Por qué es imposible?

Doña Brianda.—¿Sabéis vos quién fué el seductor?

El Padre.—No.

Doña Brianda.—Laura lo ignora. Si lo supiese, os lo hubiera revelado.

El Padre.—Laura no sabe su nombre; pero le reconocería al punto si le viese.

Doña Brianda.—Jamás le volverá á ver.

El Padre.—¿No dirás tú quién es?

Doña Brianda.—Nunca, Padre; no me preguntéis más: no puedo responderos.

El Padre.—Tú misma me has dado pié para hacerte otra pregunta.

Doña Brianda.—Hacedla, si es sobre otro punto.

El Padre.—¿Por qué sería funesta la reparación, dado que fuese posible?

Doña Brianda.—Por varias razones. Convendréis en que Laura tendría que dar mano de esposa á su seductor.

El Padre.—Es evidente.

Doña Brianda.—Sería, pues, la esposa de un hombre á quien aborrece.

El Padre.—Ya le amaría.

Doña Brianda.—Además, aun suponiendo que Bartolomé de Rivera fuese tan pacífico, tan manso y tan fácil de contentar que se aquietase con ese casamiento forzoso, y aun suponiendo que el seductor se aviniese al casamiento, ¿creéis vos que todo terminaría así dichosamente?

El Padre.—¿Y por qué no?

Doña Brianda.—No terminaría dichosamente porque Francisco de Cuéllar es un hombre de hierro; porque adora á Laura; porque no sufre rivales; porque aun ahora que imagina que Laura va á ser de Dios, quiere disputársela á Dios; porque Laura es el sueño de Cuéllar desde hace años, y Cuéllar no consentiría que su sueño se desvaneciese. Cuéllar es más feroz, más cruel, más violen-

to que Rivera. Cuéllar, al ver sus esperanzas frustradas, nos mataría á todos.

EL PADRE. — Más te valdría, desventurada mujer, que en vez de tener tando miello á Cuéllar, tuvieses ahora y hubieses tenido siempre el santo temor de Dios.

DOÑA BRIANDA. — No me insultéis vos también.

EL PADRE. — Yo no te insulto, pero necesito decir la verdad. Veo que la voz de la verdad no penetra en tu alma, y me retiro. Queda con Dios, y que Él te ilumine. (Váse).

ESCENA X.

DOÑA BRIANDA, sola.

DOÑA BRIANDA. — ¡Ay, Jesús mío! ¡Qué hombres! ¡Vaya si son difíciles y peligrosos! Bartolomé era mi cómplice. Se aprovechó de que soy débil y pecadora para arruinarme y perderme. Perdido él entonces, holgazán y lleno de vicios, no acordándose para nada de su honra, me dejó abandonada á su hermana. Hoy, que vuelve rico, merced á sus robos y atrocidades, quiere ser honrado también. Hoy me pide cuenta del tesoro que me confió. Si hubiera vuelto pobre, como yo me temía, hubiera vuelto, según su costumbre, á pedirme dinero con amenazas y malos tratos. Como

vuelve rico, á fin de que los malos tratos y las amenazas no acaben nunca, me pide honra... Y á pesar de todo... ¿seré necia? Le quiero todavía. Confieso, no obstante, que para sacudir este yugo, para librarme de este maldito amor... siento á veces tentaciones de dar jicarazo á Rivera. ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué desdichada soy! ¡Ay! ¡Ay!

(Llora y se arroja en un sillón, ocultando el rostro con las manos).

JORNADA SEGUNDA

Rico estrado en casa de Doña Irene.

ESCENA I.

DOÑA IRENE, LAURA.

Doña Irene, vestida de negro, con toca de lana blanca en la cabeza, aparece sentada en un sillón, junto á un bufete con recado de escribir. Doña Irene es una dama de más de sesenta años, muy venerable. Su traje, aunque sencillo, ha de ser señoril y severo. En vez de joyas, penden de su cuello devotas medallas, relicarios y cruces. Un rosario de gruesas cuentas debe ir ceñido á su brazo. Laura, destocada está de pie.

DOÑA IRENE.—Ven acá, hija mía. Ven á mi lado sin zozobra. Siéntate; tenemos que hablar.

LAURA.—Mandad, señora. (Se sienta.)

DOÑA IRENE.—Previo tu consentimiento, y con fines que no puedo explicarte, el Padre Antonio me confió, tiempo há, como sabes, la causa de tus penas. No te sonrojes, pues, si te hablo de esa cau-

sa. No me movió á saberla, ni ahora me mueve á consultar tu corazón, una curiosidad frívola. Me mueven intereses muy altos y tu propia ventura.

LAURA.—Así lo creo. Preguntad lo que gustéis. Me avergüenzo de mis culpas, no de que tengáis conocimiento de ellas.

DOÑA IRENE.—¿Sabes el nombre de la persona?...

LAURA.—Lo ignoro. Yo le llamaba con nombre que después supe que era fingido.

DOÑA IRENE.—Sin duda le amabas entonces.

LAURA.—¡Ah, señora! Mi alma iba extraviada en la obscura noche de su ignorancia. Él me deslumbró, me fascinó, me atrajo como dicen que atraen los abismos. ¿Por qué me preguntáis si le amaba? El atractivo diabólico no merece nombre de amor. ¿Ama el pajarillo á la serpiente? Caí sin comprender la gravedad de mi culpa. Sobrado tarde la conciencia se despertó en mí... terrible aunque confusa. Me pesaba mi maldad. Acudí al confesonario. El Padre Antonio, al descubrirme toda la belleza de la virtud, me dejó ver la fealdad del vicio; al pintarme la inmaculada inocencia, me hizo patente mi desconocimiento del bien. Con mano firme arrancó la venda que cubría mis ojos. Y yo, al oírle hablar del amor santo, advertí al punto con qué perverso simulacro de amor había sido contaminada.

DOÑA IRENE.—Conozco tu vida ejemplar, tu ruda penitencia desde entonces. Dios te ha perdonado.

LAURA.—Dios es infinitamente misericordioso; pero el mundo no puede perdonar. Yo, además, ni debo declararme culpada y pedirle perdón, porque la honra está de por medio, ni mucho menos debo engañar al mundo. Quiero, pues, huir de él; encerrarme en el claustro.

DOÑA IRENE.—Digna de quien tiene corazón generoso y rostro vergonzoso es la determinación que tomas. Pero dime, hija mía, fuesen los que fuesen los sentimientos que el hombre desconocido te inspiró, durante tu desvarío, ¿en qué se trocaron, luego que comprendistes la magnitud de tu culpa?

LAURA.—Confieso que empecé á odiarle; pero el Padre Antonio extirpó el odio de mis entrañas.

DOÑA IRENE.—Aquel bienaventurado siervo de Dios fué como labrador cuidadoso que arranca la mala hierba del campo que ha sembrado, á fin de que nazca y prospere la buena semilla... ¿Qué sientes ahora por el hombre que te hizo caer en el precipicio?

LAURA.—Terror... repugnancia... odio no... le compadecería, si mi propia desventura no agotase toda mi compasión.

DOÑA IRENE.—¿Jamás has vuelto á verle?

LAURA.—Jamás. Su vida era un misterio. No se recataba ni se ocultaba por mí, sino por todos. Desapareció como vino, sin dejar huella de sí.

DOÑA IRENE.—La desgraciada mujer á quien tan torpemente te dejó tu hermano encomendada, y de cuya condición no podía aguardarse otra cosa que lo que hizo, ¿crees tú que tenía más noticia de quién era ese hombre? ¿Sabía de dónde vino? ¿Sabía á dónde se fué?

LAURA.—Lo más duro de mi penitencia ha consistido en seguir viviendo con Doña Brianda á fin de evitar el escándalo. Con ella me dejó mi hermano, y con ella debió hallarme á su vuelta; pero ambas hemos evitado toda conversación sobre el desconocido. ¿Cómo he de saber yo las noticias que tendrá ella acerca de ese hombre?

DOÑA IRENE.—Y él, cuando se fué, ¿nada te dijo?

LAURA.—Me dijo que una imperiosa necesidad le obligaba á ausentarse; que se iba muy lejos, quizá para nunca volver.

ESCENA II.

DICHOS, EL PADRE ANTONIO.

EL PADRE.—No extrañéis, mi señora Doña Irene, que entre aquí sin anunciarme y tan precipita-

damente. Laura tiene entereza para oir y sufrir lo que me urge deciros. Nadie sabe nuestro secreto, salvo Doña Brianda y el seductor misterioso; pero Rivera, al ver la resistencia de su hermana á casarse con Cuéllar, por mil indicios que ha ido recogiendo, y tal vez por el grito de su misma conciencia, que le acusa de haber dejado á Laura en poder de Doña Brianda, lo sospecha todo; anhela averiguar el nombre del seductor, á fin de vengarse; está furioso; ha querido, hasta con amenazas, que yo le revele lo que esta infeliz me ha confiado en el tribunal de la Penitencia; y ha estado más violento aún con su pecadora tía. Nada, hasta el momento presente, ha podido averiguar. Dos horas de término ha dado á Doña Brianda para que confiese. Doña Brianda no confesará. Y Rivera, que repugna interrogar y amenazar á su hermana, al cabo vendrá á llevársela para interrogarla, amenazarla y quizá castigarla.

LAURA.—Hágase la voluntad de Dios.

DOÑA IRENE.—No, hija mía. Esa no será su voluntad soberana. Yo no te dejaré ir: yo me interpondré entre la cólera de tu hermano y tu desventura. Rivera respetará mis canas y no osará atropellarme. (Entra un escudero.)

ESCUDERO. (A Doña Irene.)—El Sr. Bartolomé de Rivera pide licencia para hablaros.

DOÑA IRENE. (Al Padre.)—Idos con Laura. (Á Lau-

ra.) Retírate, hija, y ten confianza en Dios y en mí. (Al escudero.) Decid á ese hidalgo que entre. Vánse Laura, el Padre y el escudero.)

ESCENA III.

DOÑA IRENE, RIVERA.

RIVERA.—Perdonad, señora; vengo por mi hermana.

DOÑA IRENE.—¿Qué mudanza es ésta? Apenas ha tomado Laura posesión de mi casa, y ya queréis lleváros la.

RIVERA.—Me importa hacerlo.

DOÑA IRENE.—Bien sé yo por qué.

RIVERA.—¿Cómo lo sabéis? ¿Qué es lo que sabéis?

DOÑA IRENE.—Ya no es tiempo de disimular. Lo sé todo por Laura misma.

RIVERA.—¡Así despedaza mi honra! ¡Así publica mi infamia!

DOÑA IRENE.—Reportaos, señor de Rivera. Sólo su confesor y yo sabemos el secreto de Laura.

RIVERA.—Reveladme el indigno secreto. ¿Es Laura culpada?

DOÑA IRENE.—Laura ha expiado su culpa. Dios la perdonó ya. Perdonadla vos también y dejadla que siga su vocación y que se retire á un convento.

RIVERA.—¡Ira de Dios, señora! Eso es imposible. Cuéllar ama á mi hermana. Yo, creyéndola digna de este amor, le he alimentado con esperanzas y promesas en el alma de mi amigo. ¿Cómo no cumplírselas hoy? ¿Qué pretexto le daré si no le confío mi afrenta? ¿Y cómo confiársela sin saber antes el nombre del seductor, y buscarle y matarle? Decidme quién es; decidme dónde está, para que yo le busque y le mate.

DOÑA IRENE.—El seductor se envuelve en misterio profundo. Ni vuestra hermana, ni el Padre Antonio, ni tal vez Doña Brianda, saben quién es.

RIVERA.—Aunque se esconda en el centro de la tierra, he de sacarle de allí para que me pague con su sangre.

DOÑA IRENE.—Y si os pagase con una reparación, ¿la aceptaríais?

RIVERA.—Toda reparación es ya tardía. Pues qué, ¿he de dar la mano de Laura, para remediar su honra, á quien tal vez ceda al miedo ó á la codicia al casarse con ella? Si ahora la toma por mujer, dará á sospechar que lo hace porque yo he vuelto rico, y sobre todo, porque yo he vuelto á pedirle cuenta de su villanía. Si se allana... si se resigna á ser esposo de Laura, no será porque la ama, sino porque prefiere mi oro á mi acero.

DOÑA IRENE.—¿Y si el desconocido os diese pruebas de que ni codicia vuestro oro ni teme

vuestro acero, y de que por amor recibe por mujer legítima á vuestra hermana?

RIVERA.—Aun así, no consentiría yo en el casamiento. ¿Y Cuéllar? ¿Y mi promesa? Cuéllar no se dejará arrebatar á Laura sino por Dios. No hay más sino que mi hermana entre en el convento y que yo mate á su amante. Hubiérala él honradamente enamorado y yo cedería, aunque me doliese el faltar á Cuéllar. Pero faltar á Cuéllar y consentir en que un malvado en premio de una traición, jactándose tal vez de que me favorece devolviéndome la honra, me llame su hermano y hiera á mi verdadero hermano de armas en el centro del corazón... eso nunca.

DOÑA IRENE.—Sentiré enojaros; pero no es esa mi intención. Disculpen mis canas la franqueza con que os hablo. Se aviene mal vuestra severidad de ahora con vuestro descuido y abandono de hace algunos años.

RIVERA.—No me enojo con vos. Si vuestras palabras son crueles, también son justas. No acierto á disculparme. Es verdad. Yo era un mozo sin freno, dechado de liviandades, entregado en cuerpo y alma á Satanás. No sabía de honra ni de virtud. Estaba ciego. Dejé á Laura, sin reflexionarlo, en poder de una mujer cuya viciosa condición no ignoraba. Pero ¿disculpa esto al hombre que la perdió? ¿Tiene perdón por esto el hombre que le ha

dado el tormento de verse abandonada, dehonrada y humillada, durante tres años? Pues qué, ¿pensáis que yo no amo á mi hermana? La amo; y porque la amo he querido casarla con Cuéllar, que hubiera sido un noble marido; y porque la amo quiero vengarla del que ha sido su verdugo y no desposarla con él. ¿Creéis que ese hombre, casándose ahora, transmutará en alegría juvenil y en risueñas é inocentes esperanzas, volviéndolas al puro manantial de que salieron, las lágrimas de vergüenza y de remordimiento que ha hecho verter durante tres años mortales á mi hermana? ¿Hará con su tardío y forzado amor que florezcan de nuevo las rosas sobre la palidez de sus marchitas mejillas? ¿Refrescará el ardor de sus ojos, fatigados por el insomnio? Además, es imposible que mi hermana vuelva á amar á ese hombre, si es que le amó; si es que no fué víctima de algún filtro, de algún bebedizo impuro, de alguna hechicería nefanda. Me hierve la sangre en pensar que pudiera yo bajarme á llamar hermano á quien ha atormentado á mi hermana... á quien nos ha despreciado y humillado. Y si es un vil... y si es un cobarde... (y ha de serlo sin duda... si el corazón me lo dice...) ¿por qué queréis que le premie? Para mi hermana será mayor deshonra casarse con él que no casarse. No puede ser de Cuéllar... pues bien... que entre en religión... pero repito que

antes es menester que yo conozca á quien me ha agraviado, y es menester que muera.

DOÑA IRENE. — Tenía yo cierta esperanza de poder deciros quién es el hombre que tanto enojo os da; mas, al ver que no refrenáis el enojo, pierdo la esperanza... y hasta el deseo. Le desecho como un mal pecado. ¿Procedería yo como católica cristiana en designar á un hombre para dar ocasión á un duelo, á un homicidio?

RIVERA. — ¡Ah, señora! Averiguad quién es: decídmelo.

DOÑA IRENE. — Hoy menos que nunca.

RIVERA. — Basta, pues. Llamad á mi hermana para que se venga conmigo.

DOÑA IRENE. — No la atormentéis; dejadla á mi lado.

RIVERA. — Decid á mi hermana que venga. (Gritando.) ¡Laura! ¡Laura!

DOÑA IRENE. — Dejadla en paz. La he cobrado amor. Concededme un breve plazo. Quédese aquí hasta mañana.

RIVERA. — ¿Y por qué aguardar hasta mañana?

DOÑA IRENE. — Porque mi esperanza de deciros el nombre del seductor puede realizarse en ese breve plazo. ¡Ah, Rivera! Vos sois bueno de condición... no seáis empedernido. Si os dijese yo quién es; si fuese digno, á pesar de su falta; si tuviese, además, razones que le justificasen ó le ex-

cusasen... espero de vuestra bondad que le perdonaréis.

RIVERA.—Os dejo á mi hermana sólo por un día. Veremos si algo me reveláis; pero no aguardéis mi perdón para el seductor. Adiós, señora.

DOÑA IRENE.—El cielo os guarde. (Váse Rivera.)

ESCENA IV.

DOÑA IRENE, EL PADRE ANTONIO.

DOÑA IRENE. (Dando rienda suelta á una emoción comprimida hasta entonces.)—¡Padre! ¡Padre Antonio!

EL PADRE.—Aquí me tenéis.

DOÑA IRENE.—¿Dónde queda Laura?

EL PADRE.—Queda con Juanilla.

DOÑA IRENE. (Cierra la puerta del estrado.) Bien está. Os tengo que hablar á solas. No quiero que nadie nos escuche. No quiero que nadie nos interrumpa. Siento un peso que me aprieta el corazón. Por mi soberbia desmedida... por mi orgullo... he pecado. Padre... he pecado, y hoy me arrepiento cuando quizá sea estéril el arrepentimiento, cuando quizá nada pueda remediarse. Oidme. Yo debí revelároslo antes. Perdonadme, aconsejadme, si aún es tiempo.

(Doña Irene hace demostración de querer arrodillarse delante del Padre; le toma la mano y se la besa.)

El Padre.—¿Qué hacéis, señora? ¿Qué agitación es la vuestra? Sosegaos, y hablad con serenidad.

(Lleva á Doña Irene á un sillón y hace que se siente, sentándose luego á su lado.)

Doña Irene.—¿Sabéis quién es el seductor de Laura? Yo lo sé y lo he callado. Yo lo sé y no os lo he dicho. Es mi hijo.

El Padre.—¿Habláis verdad, señora? ¿No es efecto de una alucinación lo que decís? ¿Vuestro hijo no anda errante, proscrito, hace muchos años?

Doña Irene.—Es cierto. Allá en su temprana mocedad fué uno de los más ardientes comuneros. Peleó como valeroso soldado, cuando apenas le apuntaba el bozo, en la toma de Torrelobatón, y en mil encuentros y escaramuzas; se halló en Villalar, donde se salvó por milagro; y apenas reposado de aquella infeliz jornada, acudió á la frontera á defender á España de la invasión francesa. En Pamplona fué amigo y compañero de armas de un hombre extraordinario, el cual, herido al lado de mi hijo, empieza á dar á la cristiandad, y le dará aún, Dios mediante, muchos días de gloria, convertido de héroe en santo.

El Padre.—El ilustre Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús. ¿Y cómo vuestro hijo no se acogió á indulto, después de combatir por su Rey y por su patria en Navarra?

DOÑA IRENE. — Mi hijo es inflexible en sus ideas y soberbio además. Por otra parte, siempre ha sido propenso á apasionarse profundamente, y entonces más, porque era muy mozo. En 1521 tenía diez y ocho años. Supo en Navarra que la viuda de Juan de Padilla seguía defendiéndose en Toledo, y acudió á Toledo á ofrecerle su espada. Al lado de aquella denodada mujer estuvo hasta lo último, y con ella se refugió en Portugal. Mi hijo no pudo después acogerse al perdón general que dió el César. Su Majestad le honró poniéndole en el número de los exceptuados. Desde entonces anda errante por tierras extrañas.

EL PADRE. — ¿Ha osado, con todo, venir hasta aquí?

DOÑA IRENE. — Ha osado, exponiéndose á morir de una sangría suelta, en duro é inmundo calabozo, como el conde de Salvatierra. Sí, Padre, mi hijo Don Fernando ha estado dos veces aquí. La segunda vez vió á Laura, y se prendó de ella con la vehemencia propia de su condición. El desamparo en que vivía la gallarda moza, su pobreza y la mala compañía de Doña Brianda dieron ser y aliento á los propósitos livianos de mi hijo. Merced á Doña Brianda, pronto se le lograron. Pero, ¡caso singular!, lo que antes de logrado sólo excitaba en él un sentimiento ruín, despertó después sentimientos generosos. Movido Don Fernando á

compasión, realmente enamorado del candor, de la sencillez y hasta del afecto de Laura, quiso consagrar su amor y legitimarle. Entonces me lo reveló todo. Y éste es mi pecado, Padre; éste es mi pecado, de que tarde me arrepiento. Yo tomé la noble resolución de mi hijo por rapto de locura. Yo supuse que su amada era una vil aventurera. Yo le representé, mil y mil veces, que hasta el pensamiento momentáneo de enlazar su ilustre casa con la de aquella mujer dándole su nombre, era un oprobio para nosotros. Don Fernando no desistió, sin embargo: aplazó su resolución. Le pedí tiempo, un largo plazo de prueba, y tuvo que otorgármele. Llegaron en esto varios avisos temerosos de que se sospechaba la presencia de mi hijo en Castilla, y de que le podían prender. No tuvo más recurso que irse precipitadamente. Yo le prometí observar si Laura era tal como él la había soñado, ó como yo la suponía. En esta prueba, en este estudio he estado años con rudo sigilo y con frialdad cruelísima. Os lo confieso: he tenido el mal deseo de que mi suposición hubiese salido cierta; pero Don Fernando había adivinado: no le había cegado la pasión: Laura es un ángel. El orgullo de mi heredada nobleza se abate, aunque tarde, y reconoce la razón.

El Padre.—Habéis participado á vuestro hijo el buen concepto que al fin tenéis de su infeliz amiga.

Doña Irene.—Sí, Padre.

El Padre.—¿Y él la ama aún?

Doña Irene.—La ama.

El Padre.—¿Ninguna otra pasión ha borrado la impresión de la primera?

Doña Irene.—Ninguna. No conocéis á mi hijo y su extraña pertinacia.

El Padre.—Es cierto. Sólo hace seis años que estoy aquí, y cuando vuestro hijo ha estado de oculto, hasta de mí le habéis recatado.

Doña Irene.—Dígoos, pues, que mi hijo no ha tenido, desde que vió á Laura, sino otro amor, del que triunfó por amor de ella. Fué este amor dos años há. Viendo que su antiguo amigo Ignacio de Loyola fundaba una Compañía para combatir la pravedad herética, bajo la bandera de Jesús, quiso alistarse en ella. El amor de Laura le retuvo. No ha escrito á Laura, porque la más dura condición exigida por mí para mi severa prueba, era que no le escribiese. A mí me ha escrito, y yo le he escrito siempre que hemos hallado conducto seguro. Por sus cartas conozco esa faz de su vida. Pensando en que Laura entrase en religión, anheló él seguir á Ignacio. La rebeldía de ese malvado fraile sajón, Martín Lutero, llenaba á Don Fernando de presentimientos sombríos. Temía que, por una serie de fatales circunstancias, pasase á los pueblos del Septentrión el predominio del mundo, que

Dios tal vez lo permitiría para castigo de nuestros pecados; y, á fin de contribuir á evitarlo, soñaba en consagrar su vida á la ciencia, á la predicación y á la virtud más rígida. El recuerdo de Laura no le dejó seguir por esta pendiente.

El Padre.—¿Y cómo es que vuestro hijo no ha procurado jamás volver á la gracia y al servicio del César?

Doña Irene.—Mi hijo es zahareño hasta no poder más. Su esquivez no tiene ejemplo. Él condena casi todas las empresas y guerras del Emperador. No ve en ellas designio razonable, ni plan, ni concierto. Imagina que sólo conducen á que se arruine, se empobrezca y se despueble Castilla. Sin embargo, su generosa sangre y su amor á la tierra donde ha nacido le llevaron ya en dos ocasiones á pelear bajo las enseñas de Carlos V. Una vez en la Goleta y en Túnez, á donde acudió como capitán de estradiotes, con gente que allegó en Calabria, entre los descendientes de aquellos bravos albaneses y epirotas, que se refugiaron allí cuando murió su glorioso Príncipe Scanderbeg. Mandados por mi hijo, se creían mandados por Jorge Castrioto, y pelearon contra Barba-roja, como sus heroicos antepasados contra el sultán Amurates. La segunda vez fué en la expedición á Argel. Allí ha estado mi hijo, sin dar tampoco su nombre. Después de grandes desastres, el Empe-

rador decidió abandonar la empresa. Hernán Cortés, famoso por haber conquistado todo el reino de Nueva España, pedía que le dejasen allí, prometiendo tomar á Argel; mi hijo, que estaba con él, le hubiera seguido; pero ni el César, ni los de su consejo, quisieron poner al Marqués del Valle en ocasión de tanto peligro y tal vez de tanta gloria.

El Padre.—¿Y qué es ahora de vuestro hijo?

Doña Irene.—Cansado de su vida aventurera, domado su carácter por el infortunio, ansioso de paz y retiro, ha venido á Valladolid, donde estaba desde hace quince días negociando su perdón. Llegaron aquí Cuéllar y Rivera, supe el propósito que traían del casamiento de Laura, y avisé al punto á mi hijo. Por su contestación y por noticias posteriores, sé que mi hijo debe llegar de un instante á otro.

El Padre.—¿Todavía como proscrito?

Doña Irene.—Todavía. Así es que viene con sigilo y extraordinarias precauciones, aquí donde le conocen todos. Ya estará en la quinta que tengo á un tiro de arcabúz de esta población. Desde allí vendrá á pié; entrará por la puerta falsa que da al campo. Le espero con impaciencia. Él tiene llave de la puerta, y sin que nadie le abra llegará á mis brazos dentro de poco, si Dios misericordioso lo permite.

EL PADRE.—Comprendo vuestra agitación. Dios tendrá piedad y os proporcionará esa ventura.

DOÑA IRENE.—¡Ay, Padre! ¡Cuán acibarada va á ser! El amor de Laura se ha convertido en terror y en repugnancia hacia mi hijo. Mi hijo hallará, en cambio del amor que desea, á dos hombres ofendidos que han de procurar su muerte.

EL PADRE.—No temáis. No será nada de eso. No consentiremos que nadie se mate. Y en cuanto al terror y repugnancia, creedme, yo llevo muchos años de confesonario y conozco la condición humana. No me ciega el amor propio de confesor. La repugnancia y el terror que yo he inspirado á Laura, para inducirla á que entre en religión, se desvanecerán no bien vea á vuestro hijo; se convertirán, á pesar suyo, nuevamente en amor. Por esto repugna, por esto se aterra; porque presiente su debilidad ante el hombre de quien se juzga olvidada. Apenas le vuelva á ver, apenas reconozca que él no la olvida, caerá en sus brazos, cediendo á una atracción irresistible. Lo que importa ahora es legitimar, purificar, santificar este vínculo de amor. ¿Consentís en ello?

DOÑA IRENE.—Sí, Padre. Veo que Dios lo quiere.

EL PADRE.—Dios os ha inspirado que retengáis á Laura en vuestra casa. Es menester que no salga de aquí sino esposa de D. Fernando. Ya amansa-

remos después la cólera de Rivera y de Cuéllar.

DOÑA IRENE.—(Aplicando el oído hacia un lado del foro, donde habrá una puerta.)—Siento ruido de pasos. Bien me lo decía mi corazón. Él es. Ya llega. ¡Jesús mío, dadme fuerzas para no morir de alegría!

ESCENA V.

D. FERNANDO, dichos.

Aparece D. Fernando por la puerta lateral; viene embozado y al entrar se desemboza. Doña Irene corre hacia él y le abraza.)

DOÑA IRENE.—¡Hijo de mis entrañas!

D. FERNANDO.—Madre querida.

DOÑA IRENE. (Señalando al Padre).—El Padre Antonio, mi más íntimo amigo.

D. FERNANDO. (Se acerca al Padre y le besa la mano.)—Sé cuánto os debo. Vos habéis santificado lo que yo profané. Vuestra virtud y santidad han realzado lo que mis vicios y mi orgullo humillaron y postraron. ¡Dios os lo premie, Padre mío!

DOÑA IRENE.—¿Te ha visto alguien?

D. FERNANDO.—Pérez sólo sabe mi llegada. No temáis, madre. Además, espero mi perdón de un momento á otro. ¡He pedido perdón al César, como si fuera yo delincuente!

El Padre.—El César, hijo mío, es tu Rey y señor natural.

D. Fernando.—Así será, Padre; pero yo no delinquí defendiendo las libertades de Castilla. Nunca fuí contra el poder legítimo. Nunca quise hacer de las ciudades de mi patria señorías independientes como las de las ciudades italianas. Aún persisto en creer en la justicia y razón de lo que entonces hice, y, sin embargo, pido perdón á quien ha dado muerte á los amigos que yo seguí: á Padilla, á Bravo, al obispo Acuña y á tantos otros. Abatido estoy cuando lo hago, y razones poderosas me llevan á hacerlo; pero me duele la humillación. Por eso pido á Dios que acepte dicha humillación en descuento de mis culpas. ¿Y Laura? Á Laura sí que debo pedir perdón. ¡Cuán cruel he sido!

El Padre.—Pronto la verás, y espero que has de lograr que te perdone. Os dejo. Voy á ver de nuevo á Rivera, á aquietarle y á evitar que haga algún acto de violencia con Doña Brianda. Nada le descubriré; pero le daré esperanza de que vos, Doña Irene, habéis de descubrírselo todo en el día de mañana. Entre tanto, importa precipitar las cosas á fin de que lleguen á un término contra el cual Rivera no pueda rebelarse y tenga al fin que someterse. Adiós. Pronto volveré. (Vase.)

ESCENA VI.

DOÑA IRENE, DON FERNANDO.

DOÑA IRENE.—El deber y la religión han triunfado de mi orgullo. Lo reconozco. Aunque no la amases, deberías una reparación á Laura. Es mujer digna de tí. Pura y limpia como el oro ha salido del ardiente crisol en que mi suspicacia la ha tenido.

D. FERNANDO.—¡Ah, señora! Temo que el fuego de penitencia, en que habéis abrasado su alma, haya evaporado el amor que allí se guardaba para mí; que mi abandono y que mi olvido aparente me hayan hecho aborrecible á sus ojos.

DOÑA IRENE.—No lo permita el cielo si de eso depende tu dicha.

D. FERNANDO.—De eso depende. Mi amor ha crecido con la ausencia; con las pruebas que por cartas me habéis transmitido de su virtud y de su infortunio. ¿Cuándo podré ver á Laura, madre? ¿Cuándo podré verla?

DOÑA IRENE.—En el instante. Laura se abriga bajo este mismo techo desde hace poco. Vendrá en cuanto la llame. (Doña Irene se asoma á la puerta y llama.) ¡Laura! ¡Laura!

D. FERNANDO. — ¿No os burláis de mí? ¿Va á acudir á vuestra voz?

DOÑA IRENE. — Sí; va á acudir. Ya viene. Es menester que la veas y hables á solas. Yo me retiro.
Vase Doña Irene con precipitación por una puerta lateral.)

ESCENA VII.

LAURA, D. FERNANDO.

LAURA. — (Entrando rápidamente y sin reparar en D. Fernando.) — ¿Qué mandáis, señora?

D. FERNANDO. — ¡Cuán bella está!

LAURA. — (Advirtiendo la presencia de D. Fernando.) — ¡Jesús me valga! ¿No es ilusión de mis sentidos? ¿No es el infierno que desea engañarme otra vez? ¿Ha tomado cuerpo algún ensueño impuro de mi fantasía? ¡Salvadme, Virgen Santísima! (Laura quiere huir. D. Fernando la detiene, asiéndola de la mano.)

D. FERNANDO. — No soy sombra vana, Laura. Soy tu amigo, tu duro perseguidor. Vuelvo arrepentido á tus pies. ¡Perdóname! No lo merezco; pero tú eres buena... tú eres santa... ¡Perdóname! (Cae de rodillas á los pies de Laura.)

LAURA. — ¿Qué hacéis? Alzaos. Yo no tengo poder ni autoridad para perdonar á nadie. Mis culpas son gravísimas. Yo también necesito perdón.

Dejadme. No distraigáis mi alma del camino de la penitencia que sigue hace tiempo.

D. FERNANDO.—Harto seguiste ya, Laura mía, ese áspero camino. Justo es que se trueque en felicidad tu congoja. Yo te amo. Perdóname. Ámame. Así serás mía y seré tuyo para siempre.

LAURA.—Deliráis, señor. ¿Venís á conturbar mi espíritu con tardías ilusiones? Yo no puedo ser ya sino de Dios. Huid. Que no sepan que estáis aquí. No hay ya reparación posible. Mi hermano os matará; y si él muere á vuestras manos, os matará Cuéllar.

D. FERNANDO.—Tu hermano me perdonará no bien tu me perdones. Ámame; perdóname, y no temas.

LAURA.—Vuestro abandono, vuestro olvido hubieran trocado mi amor en odio, si el odio pudiera albergarse en un corazón cristiano. Cuando estábais lejos de mí, temblaba yo de odiaros, porque mi odio era falta de caridad, hoy tiemblo de no odiaros, hoy quisiera odiaros, porque, sin la defensa del odio, temo volver al amor. Tened compasión de mí. Dejadme. Ya me he dado á Dios. No me robéis á Dios con mano sacrílega.

D. FERNANDO.—Laura mía; sí, tú me amas, á pesar de mis maldades. No me lo ocultes. No trates de sofocar por más tiempo una pasión que se purificará ante el altar de Dios vivo.

LAURA. — ¿Qué os he hecho para que así os burléis de esta mujer desgraciada? Mi resignación era grande; mi resolución firme; mi vocación me parecía completa. ¿Por qué venís á destruir todo esto? ¿Por qué derribar de un soplo el edificio levantado trabajosa y lentamente? ¿Por qué romper con el conjuro de una palabra mágica el simulacro de bienandanza que de mi dolor ha nacido? Con el riego de mis lágrimas han brotado, como ramo de flores, las esperanzas celestiales, que deben perfumar con su aroma mi religioso retiro. No arranquéis esas flores de mi lastimado pecho.

D. FERNANDO. — Lo que yo quiero, dueño mío, es que tus celestiales esperanzas se logren ya en la tierra, y se lograrán si me amas. Ya no me apartaré nunca de tu lado. Ámame.

LAURA. — Eres cruel. Me robas la paz del alma. Dios me había recibido por suya y tú me obligas á que le deje. Me fascinas: no acierto á resistirte. La poderosa fuerza con que penetra de nuevo tu amor en todo mi ser, es tal vez para mi perdición; pero es inútil luchar contra tí. Los ángeles me abandonan. Te amo.

D. FERNANDO. (Abrazando á Laura.) — ¡Encanto mío!

DOÑA IRENE. (Entrando y estrechando á Laura y á D. Fernando.) ¡Hijos! El cielo os bendiga.

JORNADA TERCERA.

Cuarto de una posada. — Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

CUÉLLAR, GARCÉS.

CUÉLLAR.—¡Haberme burlado de esta suerte! No debo sufrirlo. Me vengaré. Francisco de Cuéllar no ha de ser el juguete de una muchacha embustera y de un amigo débil ó desleal. ¿Hiciste el concierto con el escudero?

GARCÉS. — Le hice. Le dí, como señal, todo el oro que me entregaste. Si cumple bien lo que ha prometido, le he asegurado que tendrá diez veces más. Podrá irse donde guste y vivir á lo Príncipe. Su codicia nos responde de él. No nos faltará. Esta noche D. Fernando saldrá á las diez de su casa de campo, á fin de estar al rayar el alba en el castillo del Conde, donde le aguardan para una gran montería. Todos sus criados van con él, menos el escudero. D. Fernando quiere llevar séquito y lucirse.

CUÉLLAR. —Se lucirá. Ya se está luciendo. Hoy, en medio de la plaza, puesto yo en el centro de un corro de hidalgos, me he desatado en injurias y en amenazas contra él y contra su mujer. D. Fernando y Laura han de conocer quien yo soy. Nadie sospecha, con todo, que mi venganza va á ser

tan pronta. Nadie calcula qué medios voy á emplear. ¿Buscaste ya á los cuatro hombres determinados y de toda tu confianza?

GARCÉS.—Cuento ya con ellos.

CUÉLLAR.—A las diez estaréis todos, con caballos, aguardándome á unos treinta pasos de las tapias del lugar, en la cruz del egido. Conviene que no me vean salir con gente. Allí nos reuniremos. Vete ahora.

(Vase Garcés. Cuéllar pasea por el cuarto con alguna agitación.)

CUÉLLAR. (Solo.)—Rivera retarda el darme una explicación satisfactoria de su singular conducta. Con promesas y dilaciones me entretiene tres días há: desde que volví de Sevilla. Veremos si cumple al cabo y viene esta noche, como me prometió. (Vuelve á entrar Garcés.)

GARCÉS.—¡Señor! Una dama desea verte.

CUÉLLAR.—¿Quién es?

GARCÉS.—Se tapa con el manto y no he podido conocerla.

CUÉLLAR.—No importa. Dile que entre.

ESCENA II.

CUÉLLAR, DOÑA BRIANDA, tapada.

DOÑA BRIANDA.—Guárdeos Dios, Cuéllar.

CUÉLLAR.—¿No os descubrís, señora? Hablad. ¿En qué puedo serviros? ¿Qué pretendéis?

Doña Brianda.—Venganza. Y no la pretendería de vos, si no estuviéseis tan agraviado como yo de la persona que me agravia.

Cuéllar.—¿Quién es esa persona?

Doña Brianda.—Bartolomé de Rivera.

Cuéllar.—Y vos ¿quién sois?

Doña Brianda (Se descubre.)—Miradme.

Cuéllar.—¡Su tía!

Doña Brianda.—Su tía, y, por mi desgracia, su enamorada también, desde que andaba desvalido y menesteroso. Hoy, que ha vuelto rico y colmado de honores, me desdeña: dice que se avergüenza de mí; no sale de su boca, cuando á mí se dirige, palabra alguna con que no me afrente. Me pisotea el corazón, como quien pisa una víbora; no os pasméis de que me revuelva furiosa contra él. Rivera no cuidó, ni pensó siquiera en el honor de su casa y de su familia, ni en la virtud, hasta que ha vuelto de Indias con dinero. Os ha estado engañando como á mí me engañaba. La culpa del desaire ridículo de que ahora sois víctima, la tiene Rivera. Os hablaba de su hermana, excitándoos á que la amáseis, y halagándoos con que la guardaba para vos en Castilla, y con que la criaba con el recogimiento más severo, cuando me la había dejado confiada. Yo estoy en la última desesperación, y de nada me atemorizo. No hay ya confesión horrible que traiga rubor á mi rostro. Dejar

á su hermana en mi poder, Rivera lo sabía, era como dejar al cordero en poder del lobo... y del lobo hambriento. Rivera, antes de irse, había acabado de despojarme de cuanto yo tenía. ¿Comprendéis ahora su doblez y su infamia? Es además un cobarde. Más valía que me matase de una vez por mi pecado, y no que de continuo me martirizase, como lo está haciendo. Yo no hice más sino lo que de mí debió él prever. Pero Rivera es duro con los débiles, y con los fuertes es débil. A mí no me perdona, y perdona á D. Fernando, que abandonó y despreció á Laura, que durante tres años la ha tenido humillada, y que aun ahora se hubiera resistido á tomarla por mujer, si Rivera hubiese vuelto de Indias tan miserable y tan obscuro como se fué. D. Fernando no hubiera consentido en llamar hermano al mozo sin nombre, tablajero indigno, mantenido por mujeres. Consintió en llamar hermano á uno de los ilustres conquistadores del opulento imperio de los Incas.

CUÉLLAR. –No debiera sorprenderme lo que me referís, y me sorprende, sin embargo. La ligereza de Rivera en dejar en vuestro poder á su hermana, sabiendo quién sois vos; el disimulo con que me ocultó siempre las relaciones que con vos tenía; la jactancia con que me hacía creer que eran bienes suyos aquellos de que os había despojado, todo esto es vil; pero yo se lo perdonaría todo si

no hubiese incurrido en mayor vileza y flaqueza: la de dar nombre de hermano, estrechar la diestra y perdonar, y tal vez hasta agradecer su longanimidad, al que casó con Laura después de haberla despreciado y martirizado por tanto tiempo. Si D. Fernando hubiese vuelto arrepentido, Dios, la que fué presa de su seducción, todo cuanto hay en la tierra y en el cielo podía haberle perdonado, menos Bartolomé de Rivera. Bartolomé de Rivera no cumplía como bueno, sino matándole.

DOÑA BRIANDA.—Matarle... Vaya... no es tan fácil matar á D. Fernando. A mí me matará Rivera á desdenes y á injurias..., pero á él..., ¿y para qué? Más cómodo es convertirle en pariente. Emparentado Rivera con tan egregio caballero, te despreciará á tí, Cuéllar, como me desprecia á mí. Si se avergüenza de sí mismo, en lo pasado, ¿cómo no ha de avergonzarse de los otros? ¿Qué apostamos á que no te declara la verdad? ¿A que no te dice por qué ha consentido en la boda de Laura? ¿A que no te confiesa con humildad su agravio y la tardía reparación que tan ruínmente acepta?

CUÉLLAR.—Lo creo: nada de eso me confesará. Querrá engañarme de nuevo.

DOÑA BRIANDA.—Pues bien; para que no te engañe he venido yo á abrirte los ojos. ¿Has amado á Laura?

CUÉLLAR.—La amo todavía, y la odio.

DOÑA BRIANDA. - Mátame entonces; pero véngame de Rivera. Mátame; merezco la muerte. Estoy harta de vivir.

CUÉLLAR. — Déjame en paz. Huye. Yo no satisfago mi enojo en flacas mujeres, por culpadas que sean.

(Entra Garcés, y Doña Brianda se tapa con el manto.)

GARCÉS. — Rivera viene á verte.

CUÉLLAR. — Que venga. (Se va Garcés.)

DOÑA BRIANDA. — No quiero que me halle aquí.

CUÉLLAR. — Por esa puerta te pondrás al punto en la calle sin que te vea.

(Vase Doña Brianda por una puerta lateral. Un instante después entra Rivera por la puerta del fondo.)

ESCENA III.

RIVERA, CUÉLLAR.

CUÉLLAR. — ¿Te decides, al cabo, á darme la explicación satisfactoria? ¿Podrás dármela con verdad?

RIVERA. — Quiero y puedo dártela.

CUÉLLAR. — ¿Por qué me impulsaste á ir á Sevilla?

RIVERA. — Porque tenía sospechas que tocaban á mi honra, y ansiaba ponerlas en claro sin que nadie más que yo entendiese en ello.

CUÉLLAR.—Y las pusiste en claro y supiste que tu honra estaba mancillada.

RIVERA.—No, Cuéllar. Supe al mismo tiempo la reparación y el agravio, si es que agravio hubo. D. Fernando, aunque desposado con Laura, tuvo que huir de nuevo á lejanas tierras; hoy, perdonado ya por el César, es esposo de Laura á la faz del mundo.

CUÉLLAR.—¿Ves cómo me quieres engañar? Es inútil. Lo sé todo. D. Fernando ni se desposó ni prometió nada á Laura. La abandonó con desprecio. Tan distante estaba Laura de creerse amada, que me aseguró que no amaba á nadie. Afrentada y culpada, iba á entrar en un convento. Por dicha había en su alma cierta honradez, de que otras almas son incapaces, y no consintió, callando, en casarse conmigo.

RIVERA.—¿De dónde infieres todo eso? ¿Quién te ha informado tan mal?

CUÉLLAR.—Tu cómplice. Te repito que lo sé todo. ¿Pretendes acaso que se manche mi lengua contando tus delitos? Pero más que tu villanía en dejar á Laura en poder de una mujer como Doña Brianda; más que tu falta de aprensión en despojarla antes de todos sus recursos, más me indigna tu carencia total... de entereza, tu ejemplar mansedumbre en perdonar el desprecio, el martirio de años, el abandono en que tu hermana ha gemido,

RIVERA. —Por el Dios que está en el cielo, Cuéllar, no te obstines en apurar mi paciencia. Ya que lo sabes todo, ya que esa maldita hembra me ha vendido, me someto á tu furia; la merezco por mi imprevisión; no la merezco por haber cedido ahora.

CUÉLLAR.—Más la mereces por eso que por nada. La reparación se la debes á tu fortuna, á tus triunfos en Indias. Hubieras vuelto obscuro y pobre y no hubiera sido desagraviada tu hermana. Bien es verdad que tú, pobre y obscuro, no te hubieras preocupado con semejantes niñerías. En tí la honra tiene algo de artificial y de sobrepuesto al dinero.

RIVERA. —Aquí, donde nadie te oye, quiero sufrírtelo todo. Te ciega y enloquece la pasión; mas no he de reñir con mi compañero de armas. Respeto tu ira, por más áspero que seas en el reprender, y por más violento que te muestres en el zaherir.

CUÉLLAR.—¡Qué manso y qué sufrido te has vuelto en estos últimos días! Ya que no sientes el prurito de vengarte, me dejarás en libertad para que te vengue y me vengue. Yo no soy ni sufrido ni manso. Todavía amo á tu hermana. No atino á aguantar el desaire. Tú, que tanto has sabido sufrir de un desconocido como D. Fernando, más sufrirás de mí, que soy tu compañero de armas.

Esta noche misma voy á robar á Laura. Amigaréme con ella. Luego mataré á D. Fernando. Tal vez, por último, me case con la honrada viuda. Tú lo llevarás todo con paciencia y me darás una absolución tan generosa como la que á D. Fernando has dado.

RIVERA. —Te he oído con calma impasible, porque veo que no vale mi prudencia ni mi paciencia. Estás demente, frenético. Anhelas reñir y prefiero que riñas conmigo. Ó desistes de todo plan de ofender á mi hermana, ó atajará tus pasos mi acero.

CUÉLLAR. – Por cima de tí y de tu acero, he de ir á donde me llevan mi amor, mi deseo y mi encono. Mataré á D. Fernando. Laura será mi daifa.

RIVERA. – Voto al infierno que no será. Sal á la calle.

CUÉLLAR. – Detrás de los muros del convento.

RIVERA. – Vamos.

CUÉLLAR. – Luego que te mate, iré donde me aguardan á pocos pasos los que han de secundar mi propósito.

RIVERA. – Tu propósito es morir y vas á lograrle.

(Vánse.)

ESCENA IV.

Sala en la quinta de D. Fernando. Armas y trofeos de caza. Algunos retratos. Los muebles entre rústicos y señoriles. Dos puertas laterales y una al fondo.

D. FERNANDO, PÉREZ el escudero.

D. FERNANDO.—A fe mía que me duele en el alma la resolución que tengo que adoptar, pero no hay más remedio. El tal indiano está delirante. La soberbia le embriaga. Es brutal y zafio, y no hay modo de poner freno á su lengua, ni coto ni límite á sus pretensiones audaces. En la plaza, á gritos, ha dicho que ha de matarme, que ha de robarme la mujer, y hasta que ha de hacerse amar de ella en cuanto le hable á solas. Buena maña te has dado, amigo Pérez, para inspirar confianza completa á ese bandido. En cuanto llegue, introdúcele hasta aquí, y déjale que vea á la señora, si ella no se ha retirado á su estancia. A Juanilla detenla con habilidad. ¿Cuántos son los rufianes que acompañan á Cuéllar?

PÉREZ.—Cinco.

D. FERNANDO.—Me alegro de que sean tan pocos. No quiero que haya escándalo, ni lucha, ni sangre. Distráelos tú, y haz de suerte que los

míos caigan de improviso sobre ellos, los aten de piés y manos, y los tengan en el patio. Si chillan, ponedles con suavidad sendas mordazas.

PÉREZ.—Se hará como lo decís, mi amo.

D. FERNANDO.—Yo voy á salir metiendo mucho ruido; haciendo resonar las trompas de caza. A la vuelta del cerro, en el encinar, nos pararemos. Allí quedarán los perros y los caballos. Mi gente y yo volveremos á pié, con silencio grandísimo, y por la puerta del corral, de que llevo la llave, entraremos sin ser sentidos.

PÉREZ.—Cuéllar, que debe llegar pronto, porque se acerca la hora, te verá partir con toda la gente. Esta noche hace una luna muy clara. Como, no bien te vayas, he de hacerle entrar, no podrá ver tu vuelta, ni recelará lo más mínimo.

D. FERNANDO.—Todo está preparado con primor y esmero. Sólo me aflige el susto que Laura va á pasar; pero es menester acabar de una vez. Después viviremos como pastores de Arcadia.

PÉREZ.—¿No tienes nada más que mandarme?

D. FERNANDO.—Nada. ¡Ah, sí! El dinero que Cuéllar te ha dado, repártelo entre los cinco rufianes cuando todo esté terminado. Quiero que me queden agradecidos. Yo te daré el doble.

PÉREZ.—Bien está, señor. (Váse Pérez.)

ESCENA V.

DON FERNANDO, LAURA

LAURA.—¡Fernando mío! ¿Te vas y me dejas? No puedes figurarte lo que esto me apesadumbra. Mal haya el Conde con su importuno convite. Si vieras qué miedo tengo de quedarme sola. A tu lado soy valiente; á tu lado nada me asusta. Lejos de tí soy tímida como niña de pocos años.

D. FERNANDO.—No receles nada. Aunque yo me vaya, mi espíritu queda contigo, velando por tu bien. Ya comprendes que no debo desairar al Conde. Dentro de cuatro días estaré de vuelta.

(Se oyen fuera las trompas de caza que dan la señal de la partida).

LAURA.—¡Qué pronto! ¿Has adelantado la hora?

D. FERNANDO.—No, amor mío. Son ya las diez. No puedo detenerme.

LAURA. (Abrazándole.)—Adiós. No te rías de mí. Tengo miedo.

D. FERNANDO.—¿Me amas?

LAURA.—Con todo mi corazón.

D. FERNANDO.—Nada temas entonces. En tu amor se encierra un conjuro poderoso. Con él me evocarás si por acaso sobreviniese algún peligro. Adiós. Quédate: no vengas á despedirme hasta abajo. (D. Fernando se va.)

ESCENA VI.

LAURA, sola.

Asomada á un balcón, mira partir á D. Fernando y á su elegante comitiva. Suenan otra vez las trompas de caza.

LAURA.—Bañado por los rayos de la luna parece más bello y más dulce su rostro varonil, cual si estuviese envuelto en velo luminoso de transparente plata. ¡Cuánto le quiero! ¡Cuánto le he querido siempre, aun cuando imaginaba que iba á odiarle! Ya toma de la brida al brioso alazán: pone el pié en el estribo y monta. ¡Cómo se alegra y ensoberbece el caballo de llevar tan noble jinete! Con impaciencia tasca el freno ansiando pasear á su gentil señor y mostrarle con orgullo por todas partes. Ahora hace piernas y corvetas para mi lisonja y agrado. Adiós, Fernando, adiós. Ya emprende la marcha. Quisiera yo que las sinuosidades del camino y lo quebrado del terreno no le robasen á mi vista. Le seguiría leguas, y se me antoja que por un esfuerzo de voluntad había yo de estar viéndole distintamente, cual si él estuviera cerca de mí. Vuelve la cara para mirarme. Me saluda. (Agita Laura el lienzo que tiene en la mano.) Adiós, mi bien, adiós (Pausa.) Fernando me dobla la edad; pero su alma es más joven que la mía.

Toda su persona conserva, además, la lozanía y la gracia de los primeros años, en raro maridaje con la gravedad majestuosa de la edad madura. ¡Dios mío! ¡Qué de priesa van! Ya se acercan á aquella revuelta. Pronto dejaré de verlos. Quiera el cielo que vuelvan cuanto antes. Ya torció Fernando hacia el encinar. Ya se perdió, detrás del cerrillo, cabalgando por la vereda.

(Laura se retira del balcón, y viene lentamente á sentarse en un sillón de brazos.)

(Nuevo momento de silencio.)

Mi temor es inmotivado, pueril. Cuéllar me decía que no había de sufrir á otro rival sino á Dios; que había de conquistar mi corazón ó perecer en la demanda; que había de matar á quien me enamorase; pero éstos eran, sin duda, encarecimientos de pretendiente y bizarrías vanas de soldado jactancioso. Yo le contestaba con sinceridad algo que hoy debe parecerle disimulo, engaño y mentira. Yo le contestaba que yo no amaba á nadie sino á Dios y que deseaba retirarme á un convento. Grande ha de ser su rabia contra mí al saber que estoy casada, á los pocos días de haberle asegurado mi desamor á todo hombre. Pero yo no le engañé. Tú, Dios mío, Tú, que penetras en el fondo de los corazones, sabes que no le engañé. Yo me engañaba á mí misma. Yo aborrecía el recuerdo de mi pecado, y por eso creía que no amaba á aquél por

quien pequé. Volvió á presentarse ante mis ojos: vi de nuevo á Fernando, y el amor, escondido en lo más íntimo de mi ser, donde ni yo misma le columbraba, brotó con ímpetu, surgió de repente más poderoso que nunca. Cuéllar tendrá que resignarse. Dicen que es tremendo; pero respetará á mi marido. No es igual tratar con indios punto menos que inermes, con hombres sencillos y de casta tan inferior á la nuestra, que competir con quien en todo se le aventaja. Sin embargo, yo he mentido sin querer. Yo he prometido á Cuéllar ser de él si no era de Dios. Sí, casi se lo he prometido sin saber lo que decía. (Larga pausa.) ¡Ay! ¡qué horror! ¡Qué espantosa idea se ofrece á mi espíritu! ¿Y si Cuéllar fuese tan audaz como aseguran? ¿Y si acudiese á exigirme el cumplimiento de la promesa? Tengo miedo. Estoy temblando como una azogada. ¡Socorro! ¡Valedme, Virgen Santa! ¡Qué soledad! Me parece que oigo un extraño rumor. ¿Por qué me has dejado, Fernando mío? No voy á dormir esta noche. Llamaré á Juana para que se quede conmigo. ¡Juana! ¡Juana! No me responde. ¡Juana! No viene. Tengamos valor. Amo á Fernando. En este amor, él me lo ha dicho, se encierra un poderoso conjuro. Evocaré á Fernando á fin de que me dé aliento. ¡Fernando!

ESCENA VII.

CUÉLLAR, LAURA.

CUÉLLAR. (Mostrándose de repente.) — Fernando está muy lejos y no te oirá. Aquí me tienes en lugar suyo. ¿No me dijiste que no serías sino mía ó de Dios? ¿Por qué me engañaste? Yo te amaba con toda mi alma. Tu falsía debió matar mi amor; pero mi amor sobrevive al desengaño.

LAURA. (Al ver á Cuéllar y al oir sus primeras palabras se asusta más, y cae en un sillón, cubriendo su rostro con las manos. Luego se recobra y dice aparte:) — ¡Valor, cielos, valor! (A Cuéllar.) ¿Cómo os atrevéis á entrar aquí? ¿Qué audacia es la vuestra? Idos ó daré voces.

CUÉLLAR. — ¿Y quién ha de oirlas que te socorra? Tu marido se llevó á todos los criados.

LAURA. — Escuchad, Cuéllar: os lo confieso. El terror se apoderó de mí antes de veros, pensando en una falta involuntaria que contra vos he cometido. Ahora veo que era mi conciencia quien me aterraba con harto sutiles escrúpulos. Vuestra insolente aparición disipa los escrúpulos sutiles. La serenidad y el brío vuelven á mi ánimo. Me mostraré digna de mi noble esposo. Sola como estoy me basto. Idos de aquí. Salid de esta casa. Pronto. No me insultéis. Esta es la morada de un caballe-

ro principal de Castilla: no es la choza ó el bárbaro palacio de los débiles indios que tan á mansalva solíais ofender.

CUÉLLAR. — Ya comprenderás, Laura, que el que se atrevió á entrar aquí se atreve á todo. Tus injurias ni me hieren ni me lastiman: me enamoran más y me inducen á hacerte mía. Esas palabras llenas de cólera, que brotan de tus frescos labios, me excitan á que las ahogue á besos. Será delirio, será aviesa condición; pero te amo más mientras más me desdeñas. Necesito vengarte del seductor, ya que no supo vengarte tu hermano. Sígueme. Todo está pronto para el rapto. No pienses que me ocultaré después de tu marido. Ya le buscaré, si él no me busca, y responderé de todo con mi espada. Vamos. Sígueme. (Agarra Cuéllar del brazo á Laura.)

LAURA. — ¡Suelta, bandido! ¡Fernando, socórreme!

CUÉLLAR. (Riendo.) — ¡Socórrela, Fernando!

ESCENA VIII.

Dichos y D. FERNANDO, acompañado de sus criados y pajes, en número de veinte á lo más, con trajes y armas de cazadores y con antorchas. Todos entran con ímpetu y rodean el grupo principal, dejando ancho espacio vacío en el centro. Juanilla entra en seguida con otras dos mujeres de la servidumbre.

D. FERNANDO. — Aquí me tienes, pronto á socorrerla.

CUÉLLAR. (Sorprendido, pero sin aturdirse ni inmutarse.) —

No sois pocos los que venís en su socorro. Bien urdida traición, pero cobarde. Más de veinte contra uno. ¡Hola, Garcés! ¡Aquí de los míos!

D. FERNANDO. — Es inútil que los llames. Los que te acompañaban están maniatados en el patio y con mordazas á fin de que no alboroten. Yo pudiera matarte como quien mata á un ladrón, como quien mata á un perro rabioso, valiéndome para ello de mis criados. Me has ofendido sin razón y en público; me has amenazado de mil modos; has vomitado por esa boca desaforada todo linaje de agravios contra esta bella mujer á quién dices que amas; te has vanagloriado en todas partes de que me la quitarías y de que me matarías, y has venido, por último, á mi casa, espiando la ocasión en que me creías ausente, á fin de robármela y ultrajármela. Pues bien, á pesar de todo, me allano á tratarte como á caballero. Acepto el desafío á que me estás provocando tres días há. Para que sea más solemne, traigo por testigos á todos los de mi casa. Me obedecen ciegamente y verán inmóviles cómo reñimos. Si me matas, te dejarán franco el paso. Nada receles. No he de pelear con otra ventaja que la que me da la justicia. Si quieres cerciorarte, mira: bajo mi coleto de ante, sólo el delgado cambray cubre y resguarda mi pecho. Saca la espada y clávala en él si puedes. (D. Fernando saca la espada. Cuéllar hace la misma acción.)

LAURA. (Acude á interponerse.) — ¡Ah! ¡Por piedad! ¡Cese vuestro furor!

CUÉLLAR.—No, Laura. El cielo exige que yo te vengue á pesar tuyo. No tardará en morir tu seductor, como ya ha muerto el hermano sin honra que te dejó abandonada. Su sangre humedece aún mi acero.

LAURA.—¡Qué horror! (Cae desmayada en brazos de Juanilla, y las otras dos mujeres se acercan á cuidarla.)

D. FERNANDO.—Defiéndete sin tardanza ó te mato, antes que envenenes á cuanto más quiero con esa lengua ponzoñosa. (D. Fernando y Cuéllar cruzan las espadas.)

ESCENA IX.

DICHOS. EL PADRE ANTONIO.

(El Padre sale apresurado y se coloca en medio de los dos combatientes, separándolos.)

EL PADRE.—Detenéos. Ya basta de sangre. Vengo corriendo á caballo, en medio de la noche, á fin de evitar mayor mal. El indio Cipriano extrañó la salida de Rivera, y receló una desgracia. Le buscó, y á pesar de su instinto prodigioso, llegó tarde donde se hallaba. Oyó sus gemidos y le llevó moribundo á su casa. Antes de morir, Rivera tuvo fuerzas para decirme que Cuéllar había ve-

nido aquí á cometer nuevos crímenes. Aquí estoy para impedirlos en el nombre de Dios Todopoderoso. Aplacaos. Que la misma catástrofe que acabo de presenciar sirva para conteneros. La desventurada mujer que excitó á Cuéllar contra Rivera, al verle morir por culpa suya cayó llorando sobre su cadáver. Su amor mundanal por aquel hombre adquirió un grado de violencia diabólicamente sublime. La desesperación de Judas se apoderó de su alma. Corrió á la azotea. Asió una cuerda, atada por un extremo á los hierros de la barandilla; hizo un fuerte lazo corredizo y puso fin á su atropellada existencia. La he visto muerta, aterradora. Aun traigo erizadas de espanto estas canas que cubren mi cabeza. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Basta ya de delitos y de muertes!

D. FERNANDO.—Padre, es inútil lo que hacéis. Os respeto, os amo; pero tengo que desoir vuestras amonestaciones. Apartaos. Dejad que peleemos. Creedme; este duelo tiene algo de religioso: es el juicio de Dios.

EL PADRE.—No blasfemes, hijo. Dios no pronuncia sus fallos por medio de un empleo bárbaro de la fuerza. No combatiréis si antes no me matáis.

(Cuéllar y D. Fernando cruzan las espadas por segunda vez, y el Padre Antonio se pone en medio.)

EL PADRE.—Mirad, hijos míos: en Roma, aun

después del Cristianismo, seguían combatiendo en el Circo los gladiadores. Un santo monje, llamado Telémaco, quiso acabar con aquella costumbre feroz. El monje Telémaco regó el Circo con su generosa sangre; pero el combate de los gladiadores terminó para siempre. ¿Queréis vosotros, cubriéndoos de perpetuo baldón, proporcionarme, aunque indigno, una gloria y un triunfo semejantes?

CUÉLLAR.–Ea, Padre, idos al diablo con vuestras pedanterías. Aquí no queremos proporcionaros nada.

D. FERNANDO.–Ya he dicho que os respeto. Después, si vivo, os pediré perdón de rodillas. Ahora ni puedo obedeceros ni puedo consentir que me estorbéis en mi firme é inevitable resolución. (Dirigiéndose á los criados que tiene más cerca.) Asegurad al Padre hasta que terminemos. (Los criados se apoderan del Padre Antonio, que lucha por desasirse, mientras le apartan á un lado.)

EL PADRE.–¿Cómo osais poner vuestras sacrílegas manos en el ungido del Señor?

(D. Fernando y Cuéllar riñen.)

CUÉLLAR.–He de vengarme al cabo de tu seducción, origen de tantos males.

D. FERNANDO.–Yo no peleo por venganza, sino por necesidad, por seguridad y por justicia. Vénguense de tí, por mi mano, los indios del Pe-

rú y el inca Atahualpa. (D. Fernando hiere á Cuéllar, y éste cae á tierra.)

CUÉLLAR.—¡Ah! (Muere.)

EL PADRE. (De rodillas y alzando al cielo las manos.)—¡Misericordia, Señor, misericordia!

Madrid, 1878.



ASCLEPIGENIA





ASCLEPIGENIA

DIÁLOGO FILOSÓFICO-AMOROSO

La escena en Constantinopla. Siglo V de la Era Cristiana.

Habitación de Proclo. Es de noche. Una lámpara de siete mecheros, puesta sobre un trípode ó candelabro de bronce, ilumina la estancia. Puertas al fondo y á los lados.

ESCENA I.

PROCLO, de edad de cincuenta años, seco, escuálido, consumido por vigilias, ayunos, estudios y mortificaciones, aparece sentado en un sitial. Su discípulo, MARINO, está de pie, junto á él.

MARINO. —¡Maestro! ¿Estás decidido á recibir esta noche?

PROCLO. —Lo estoy. En cualquier otra ciudad podría yo excusarme: en Byzancio no, que es mi patria. ¿Cómo privar á mis paisanos del auxilio y consuelo de la sabiduría?

MARINO. —Difícil es; pero debieras reposar y cuidarte. Estás que pareces el espíritu de la golo-

sina de puro desmedrado. Te vas á matar con tantos afanes.

PROCLO.—Lléveme el cuerpo donde quiero ir, y luego que muera.

MARINO.—Me afliges al decir eso. ¿Qué haré yo sin tí en este mundo? Pero dime, y perdona mi atrevida curiosidad: los que vienen á consultarte hablan siempre á solas contigo; no extrañes que note una contradicción...

PROCLO.—Di cuál es, y te demostraré que es aparente.

MARINO.—¿No afirmas tú que se requieren largos preparativos antes de comunicar la sabiduría? ¿Qué revelas entonces á los que te consultan?

PROCLO.—No toda la verdad, cuyo resplandor los cegaría, sino algo de la verdad, velado en símbolos. Así el sol se vela entre nubes, á fin de que ojos mortales puedan fijarse en su disco glorioso.

MARINO.—Veo que esta noche estás expansivo. ¿Me permites que te haga varias preguntas?

PROCLO.—Haz las que se te antojen. Si me es lícito, contestaré.

MARINO.—Pues con tu venia: ¿Qué nos trae aquí desde el fondo del Asia, donde estabas estudiando los más obscuros ritos y misterios del Oriente, y desentrañando su oculto sentido? ¿Es capricho de tu alma ó mandato de un numen?

PROCLO.—Hace ya años que mi alma no tiene caprichos. Es mandato de un numen.

MARINO.—¿Puedo saber de cuál?

PROCLO.—De Venus Urania.

MARINO.—¿La evocaste?

PROCLO.—No la evoqué. Ya sabes tú que en el día rara vez me tomo el trabajo de evocar á los númenes. Ellos mismos bajan del Olimpo y vienen á verme, enamorados de mi afable trato. Es verdad que en la escala de la vida ocupo lugar inferior al de ellos. Si quiero elevarme á la inteligencia y á la causa soberanas, á través de todas las manifestaciones corpóreas de su omnipotencia, tengo primero que subir por mil grados hasta llegar á dichos númenes, y aun después, desde los númenes hasta el manantial inexhausto de lo celeste y terrenal, del espíritu y la naturaleza, hay una peregrinación harto penosa. Por dicha, yo tengo un atajo, una trocha, un sendero recóndito y breve, por donde llego, no ya á la inteligencia y á la causa, sino más hondo; por donde llego al Uno. Me abstraigo de todo lo exterior; echo á un lado sentidos y potencias; borro imágenes de la fantasía; cubro con niebla densa todo lo escrito en la memoria, y hundiéndome en el abismo del alma, hallo al que es. Allí nos juntamos él y yo. Allí él y yo no somos más que el Uno. De este modo se explica que siendo yo simple mortal, sea tan considerado por

los dioses. En la ligereza de carácter, propia de la serena beatitud de ellos, no caben estas reconcentraciones poderosas de la mente que me llevan al Uno. Ya te lo he dicho mil veces: por el principio vital, que gobierna mis sentidos, no valgo más que un perro; por el alma racional me quedo por bajo de las divinidades olímpicas; mas por la inteligencia especulativa é intuitiva, llego al Uno y dejo muy atrás de mí á los ángeles, á los demonios, á los genios y á los númenes. Por la unidad esencial que en mí hay, y de la cual hasta la inteligencia es emanado tributo, soy el Uno mismo. El Uno soy yo en los instantes dichosos de entusiasmo, de conjunción y de éxtasis.

MARINO.—Por Hércules vivo, maestro, que me lleno de envidia siempre que te oigo afirmar esa unión, por la cual te pones en el Uno ó te identificas con el Uno. Se me ocurre, no obstante, cierta dificultad.

PROCLO.—Explánala y te la resolveré.

MARINO.—¿Por qué, si hallas al Uno, hundiéndote en el abismo del alma, te allanas á buscarle en la naturaleza? ¿Por qué no estás siempre reconcentrado y como viviendo en la eternidad?

PROCLO.—Para imitar al propio Uno. Porque el Uno y yo, además de ser el Uno, somos el Bien. Es nuestra ley no quedar en el centro, absortos en el absoluto egoísmo y en la inefable contempla-

ción de nuestra esencia. Tenemos que salir fuera á crear y mostrarnos activos. De él y de mí emanan la voluntad, la inteligencia y la palabra, y ellas crean el mundo. Desenvuelve el Uno su idea, y van apareciendo el ser, la vida, y la armonía, y el movimiento, y cuanto es y será. Desenvuelvo yo mi idea, y nacen el arte, las religiones y la ciencia. Y la creación del Uno y mi creación se compenetran y confunden y vienen á ser la misma. ¿Me entiendes ahora?

MARINO. — Me pasmo de tu claridad. Con sobrada razón mereces apellidarte el sumo pontífice de todas las creencias, el gran ciudadano de todas las repúblicas y el archimetafísico de todas las metafísicas. No, Proclo, tú no eres un mortal.

PROCLO. — En la esencia no lo soy. En la esencia soy eterno. Considerado en mi unidad, vivo en la eternidad primitiva: esto es, en un punto inmóvil, en el cual toda la duración infinita de los siglos se halla parada, cifrada y reconcentrada. Considerado en el ápice de mi mente, en la inteligencia, vivo en la eternidad secundaria; torrente de las existencias sucesivas, perpetuo tránsito, movimiento sin término, carrera sin meta, mudanza y proceso que no acaban.

MARINO. — Y dime, maestro: el sacrificio que sin duda haces al salirte del Uno y penetrar con la mente, y con el discurso, y con el afecto en este

universo visible, ¿qué principal propósito lleva?

Proclo.—Lleva varios propósitos; pero el principal es de la mayor transcendencia. La ley divina que sigue la historia me ha suscitado en el tiempo debido para una función importantísima. Mi espíritu toma carne hacia el fin de la civilización antigua para comprenderla toda en conjunto armónico. El genio de la Grecia, con sus castizas ó peculiares creaciones, con los sueños de sus poetas desde Lino y Orfeo hasta ahora, con su pensamiento filosófico desde Pitágoras hasta Jámblico, con los descubrimientos de sus matemáticos, astrónomos y físicos, y con las enseñanzas arcanas de Samocracia y de Eleusis; el genio de la Grecia, con los despojos ópimos que trajo de Egipto, de Persia y hasta de la India, después de las conquistas del Macedón; todo este trabajo, toda esta aglomeración de doctrinas, experimentos y especulaciones, han venido á fundirse en mi cabeza como en horno ó crisol candente. Ya fundido todo, he desechado la escoria por los bríos de mi virtud crítica, y he guardado sólo el metal limpio y puro. Por último, por otra virtud plasmante que hay en mí, he vaciado ese metal como en un molde, y he sacado á la luz el refulgente y completo sistema de la antigua sabiduría. Los pueblos del Norte acabaron ya con el imperio de Occidente. El imperio de Oriente sucumbirá también. Pronto vendrá la bar-

barie. Las tinieblas de la ignorancia cubrirán al mundo. Yo seré, desde entonces hasta que aparezca la aurora de una nueva y tal vez más rica civilización, faro luminoso que alumbre y guíe al humano linaje.

MARINO.—Reconozco la importancia de tu vida y de tus obras. Pero, concretándonos al caso singular de tu venida á Byzancio, ¿qué es lo que á ello te mueve?

PROCLO.—Muéveme amor.

MARINO.—¿Amor de patria? ¿Amor de gloria?

PROCLO.—Amor de una mujer.

MARINO.—¡De una mujer! Me dejas turulato. ¿Quién había de suponer que pensabas en tales cosas?

PROCLO.—No hay motivo para que te quedes turulato. ¿Qué tiene de absurdo que yo ame á una mujer? La amo desde que la ví: desde hace quince años. Ella tenía entonces diez y siete. Hoy tiene treinta y dos. Entonces era como capullo de rosa; hoy debe de brillar con toda la pompa y el esplendor de la hermosura, en la plenitud de su vida. Claro está que si yo estuviese siempre reconcentrado en el Uno, no la amaría; pero, volviéndome, y no puedo menos de volverme, al mundo exterior, ¿qué hallaré en todo él que represente mejor al Bien y al Uno mismo? ¿Qué imágen, qué trasunto, qué destello de la belleza increada descu-

brirá el sabio que valga más que la mujer hermosa? Cuando el artista quiere representar á la ciencia, á la poesía, á la virtud, ¿no les da forma de mujer?

MARINO.—Es cierto.

PROCLO.—No debes, pues, maravillarte de que yo ame en esta mujer á la ciencia, á la poesía y á la virtud con forma visible.

MARINO.—Ya no me maravillo. ¿Y puedo saber cómo se llama tu amada?

PROCLO.—Se llama Asclepigenia. Es la hija de mi maestro Plutarco. Ya te he dicho que la conocí quince años há. La conocí en Atenas. Plutarco me acabó de enseñar la filosofía. Asclepigenia me inició en los misterios caldeos, en los ritos de las orgías sagradas y en los procedimientos más eficaces de la teurgia. Desde entonces estamos ella y yo ligados por amor espiritual y sublime. Su gallardo y lindo cuerpo ha sido sólo para mí como dorada nube, donde se me aparecía, en reflejos fugitivos, el sol eterno: toda la perfección del Ser.

MARINO.—Nobilísima manera de amar fué la tuya... ¿Y ella, cómo te amaba?

PROCLO.—Me amaba también con el alma y andaba enamorada del alma mía.

MARINO.—¿Y por qué te separaste de ella?

PROCLO.—Por mil razones. Ni ella ni yo queríamos contaminar la pureza del amor que para

siempre nos une. Ambos anhelábamos seguir sin tropiezo el camino ascendente que hacia el bien y hacia la luz nos encumbraba. Éramos demasiado jóvenes. No estábamos aún á toda la altura á que nos importaba estar. Decidimos, pues, separarnos por amor de nuestro mismo amor. Prometimos reunirnos cuando ya no hubiese peligro alguno. Venus Urania me ha revelado que ya no le hay, y por eso vengo en busca de Asclepigenia.

MARINO.—Notable revelación estuvo. No hay más que verte, maestro, para conocer que no estás peligroso.

PROCLO.—Tienes razón que te sobra.

MARINO.—La fama ha difundido por esta gran capital, que la honras con tu presencia y que recibirás en consulta á tres personas cada noche. Por medio del senador Marciano, á fin de que la casa no se te llene de gente, han sido repartidos los billetes de entrada. Pronto irán llegando por su orden los que vienen hoy á verte. Tus siervos los detendrán en la antesala. Yo los conduciré luego hasta tí.

PROCLO.—Aunque Marciano profesa la religión de Cristo, es muy amigo mío y se parece á mí en muchas cosas. Ama á la virgen emperatriz Pulqueria, como yo amo á la hija de Plutarco. Marciano, que pronto va á cumplir doce lustros, dos más que yo, dicen que se casará con Pulqueria,

con quien ha de compartir, en honestidad santísima, el trono y el imperio de Oriente. Del mismo modo, Asclepigenia compartirá conmigo el trono y el imperio de la filosofía. Pero oigo ruido en la antesala. Ve y mira si ha venido alguien.

(Sale Marino y vuelve un instante después)

MARINO.—¡Maestro! El primero que acude á consultarte es un bellísimo y elegante mancebo, llamado Eumorfo. Nadie se viste con tanto lujo y primor, nadie monta mejor á caballo, nadie baila con tanta gracia y gallardía. Por estas y otras prendas es el encanto de las damas más encopetadas.

PROCLO.—¿Qué pretenderá de mí ese pisaverde? Dile que pase adelante.

ESCENA II.

PROCLO y EUMORFO, á quien Marino acompaña, yéndose luego.

EUMORFO.—Abismo del saber, lucero de la filosofía, archivo de todas las noticias divinas y humanas...

PROCLO.—Amable mancebo, déjate de lisonjas y dí lo que pretendes.

EUMORFO.—Pretendo que me ilustres un poco.

PROCLO. (Con cierto desdén.)—¿Y para qué?

EUMORFO.—No me desdeñes así. Confieso que no tengo por las ciencias la vocación más decidida. A tí, que todo lo penetras, ¿cómo he de intentar engañarte? Pero, francamente, mis chistes y agudezas, mis habilidades, mis talentos de sociedad, todo queda deslucido sin algo de filosofía. La filosofía se ha puesto en moda entre las señoras de los círculos aristocráticos, á quienes sirvo, pretendo y tal vez enamoro. Me falta este charol; dámele, y seré irresistible.

PROCLO.—Aunque es vulgar, mezquino y un tanto cuanto pecaminoso el fundamento de tu deseo, tu deseo es bueno en sí, y me decido á satisfacerle; pero la empresa es ardua. Por más que no quieras tomar sino una ligerísima tintura, necesitas varias lecciones: necesitas asimismo consagrar á mi servicio y asistencia un par de horas diarias, á fin de que vayas recogiendo sentencias de las que se escapan de mis labios muy á menudo.

EUMORFO.—Consagraré á tu servicio y asistencia ese par de horas diarias que dices.

ESCENA III.

Dichos, MARINO.

MARINO.—Una dama que, si bien envuelta en velo argentino, deja traslucir que está dotada de

majestuosa hermosura; una dama, cuyo traje de seda y cuyas joyas riquísimas manifiestan lo elevado de su clase, acaba de bajar de una silla de manos y se halla en la antesala aguardando que la recibas. Parece una diosa por el ritmo y la nobleza de su andar entonado y por el olor de ambrosía con que satura en torno el ambiente. ¿Le digo que aguarde?

EUMORFO. — ¡Venerando maestro! La galantería exige que recibas luego á esa dama. Yo aguardaré en otro cuarto.

PROCLO. — Bien está. (Señalando á Eumorfo la puerta de la izquierda.) Entra en aquél. (A Marino.) Dí á la dama que no se detenga.

(Vanse Eumorfo y Marino.)

ESCENA IV.

PROCLO, ASCLEPIGENIA.

(Eumorfo asoma la cabeza de vez en cuando, ve, escucha y hace gestos de asombro durante toda esta escena.)

PROCLO. — ¡Deslumbrante aparición! ¿Quién eres? ¿Eres mortal ó diosa?

ASCLEPIGENÍA. (Alzando el velo y descubriendo el rostro.) — ¿No me reconoces, Proclo?

PROCLO. — ¡Asclepigenia de mi corazón! ¡Cuán bella estás! Como el medio día vence al albor de la

mañana, tu beldad de hoy vence á la beldad con que hace quince años resplandeciste en Atenas. No dudo que tu alma se habrá mejorado y hermoseado también.

ASCLEPIGENIA. — No lo dudes. También mi alma se ha mejorado y hermoseado.

PROCLO. — Sea mil veces enhorabuena. ¿Y de quién es tu alma?

ASCLEPIGENIA. — En su unidad es del Uno. En todas sus facultades, virtudes, potencias y demás atributos, es siempre tuya.

PROCLO. — ¿Con que me amas?

ASCLEPIGENIA. — Te amo. Apenas supe que estabas aquí, he venido á buscarte.

PROCLO. — Ya no hay peligro.

ASCLEPIGENIA. — Lo veo.

PROCLO. — ¿Viviremos juntos?

ASCLEPIGENIA. — ¿Y por qué no? Poseo un magnífico palacio donde albergarte. Serás mi filósofo. Contigo, por medio de la contemplación, en alas del entusiasmo y del amor sin mácula, me arrobaré, me extasiaré y me perderé en el Uno.

PROCLO. — Así sea.

ASCLEPIGENIA. — Ahora tengo que dejarte. No puedo faltar esta noche en mi palacio, donde aguardo visitas. Ve á instalarte allí desde mañana.

PROCLO. — No aspiro á otra cosa.

ASCLEPIGENIA. — Como supongo que no te ha-

brás venido sin los utensilios de tu profesión, mis criados se presentarán aquí con un carromato para la mudanza de todos los libros y trastos de hacer milagros, hablar con los muertos y atraer á los genios y demonios.

PROCLO. – Eres mi providencia terrenal. ¿Cómo pagar tanto cuidado?

ASCLEPIGENIA. – Amándome.

PROCLO. – Con el alma toda.

ASCLEPIGENIA. – Para despedida, te permito que me des un casto beso en la frente.

PROCLO. (Besándola con timidez respetuosa.) – Es la vez primera que la tocan mis labios. ¡Cuán regalado favor!

ASCLEPIGENIA. – ¡Adiós, amadísimo Proclo!

(Vase.)

ESCENA V.

PROCLO, EUMORFO.

EUMORFO. – ¿Sabes lo que digo, maestro?

PROCLO. – Dí, y lo sabré. No quiero tomarme el trabajo de adivinar tus pensamientos.

EUMORFO. – Pues digo que se me van quitando las ganas de estudiar filosofía.

PROCLO. – ¿Y por qué?

EUMORFO. – Porque la filosofía vuelve tonto á quien la estudia.

PROCLO.—Te equivocas. Lo que hace la filosofía es reforzar las prendas que cada uno tiene. Al tonto no le vuelve discreto, ni al discreto tonto; pero al discreto le hace discretísimo, y al tonto tontísimo.

EUMORFO.—Salvo el merecido respeto, te declararé entonces que tú propio te condenas.

PROCLO.—¿De qué suerte?

EUMORFO.—Porque mostrándote ahora tontísimo con toda tu filosofía, debiste de ser tonto en tu vida precientífica: tonto de nacimiento.

PROCLO.—¿Y qué prueba he dado yo de esa tontería superlativa de que me acusas?

EUMORFO.—La prueba es tu amor sublime por Asclepigenia.

PROCLO.—¿Qué sabes tú de eso?

EUMORFO.—Conozco á Asclepigenia muy á fondo.

PROCLO.—Te alucinas. Quiero dar por supuesto que conoces las potencias de su alma, las cuales, en su efusión, han creado para ella un cuerpo tan hermoso; pero la esencia eterna de esa alma misma, que es lo que yo amo y por lo que soy amado, está en un punto inaccesible para tí.

EUMORFO.—¿Consientes que me valga de un símil?

PROCLO.—Valte de cuantos símiles se te ocurran.

EUMORFO.—¿Quién es más dueño del mundo, la emperatriz Pulqueria que le gobierna, ó tú que le comprendes?

PROCLO.—Yo, que le comprendo. Aunque Pulqueria poseyese, no ya sólo este planeta que habitamos, sino todos los demás planetas, y los astros, y los cielos, no poseería más que un burdo remedo del Universo, tal como el Demiurgo le contempla en el Paradigma, antes de sacar la copia ó el traslado. Pero me inclino á sospechar que eres un majadero, y que no entiendes ni entenderás jamás estas cosas.

EUMORFO.—No te sulfures, maestro. Si yo no entiendo esas cosas, entiendo otras más fáciles y agradables de entender. Asclepigenia tendrá quizá su Demiurgo y su Paradigma misteriosos que tú entiendes y posees; pero sus cielos, sus planetas y sus estrellas son míos desde hace algunos meses.

PROCLO.—¿Qué palabra dijiste?

EUMORFO.—Dije que Asclepigenia filosofa contigo; que contigo no quiere ni quiso nunca peligrar; pero que conmigo no hay peligro que no arrostre.

PROCLO.—Por las divinidades superiores é inferiores, que en larga serie proceden del Uno, confieso que me duele lo que acabas de descubrirme. Sin embargo, todo se explica satisfactoriamente dentro de mi sistema. Las cosas son como son, y

no pueden ser mejores de lo que son, porque, como son, son perfectas según su grado.

EUMORFO.—Consuélate con ese trabalengua.

PROCLO.—¿Y por qué no consolarme? Asclepigenia y yo, con el libre albedrío de nuestras almas, dispusimos amarnos, y nos amamos y seguimos y seguiremos amándonos eternamente, ayudados del favor divino, que acude á nosotros en virtud de la plegaria. Contra esto nada puedes tú; nada pueden tus iguales. Hay, á pesar de todo, en la efusión de las potencias del alma, algo de corporal que está sujeto al hado. Esto es lo que he perdido en Asclepigenia. La fatalidad me lo roba. El libre albedrío de ella no ha sido bastante brioso para defenderlo con heroicidad. Pero la discordia entre el libre albedrío y el hado será al fin dominada por la Providencia, la cual lo purificará todo, reduciéndolo á la celestial y maravillosa armonía, que casi toca y se confunde con el Uno *hiperhipostático*.

EUMORFO.—Tu discurso suena tan peregrino en mis profanas orejas, que me induce á creer ó que eres un prodigio de prudencia semi-divina, ó que estás loco de atar.

ESCENA VI.

DICHOS, MARINO.

MARINO.—Un respetable anciano pide permiso para entrar á hablarte. Se llama Crematurgo. Es

el más rico capitalista del imperio. Ha hecho del modo más filantrópico la mayor parte de sus riquezas. Ha traficado en cierta clase de individuos, que ya dirigen en los alcázares los negocios más difíciles; ya sirven sin infundir recelos á los maridos celosos; ya cantan como serafines en las iglesias. Retirado ahora de esta fabricación y comercio, se dedica á prestar al gobierno y á los particulares al cincuenta por ciento al año. Con tales virtudes, excelencias y servicios, no debe chocarnos que haya merecido el favor de la emperatriz y de sus ministros, los cuales le colman de distinciones. Ya le han nombrado conde Palatino y se anuncia que van á crear para él el título singular y nuevo de *Sebastocrátor*.

PROCLO.—¿Y qué pretenderá de mí ese tunante? Vamos, dile que entre y le oiremos.

(Vase Marino.)

EUMORFO.—Y yo ¿qué hago?

PROCLO.—Escóndete de nuevo donde estabas.

(Vase Eumorfo.)

ESCENA VII.

PROCLO, CREMATURGO.

CREMATURGO.—¡Oh faro de las más altas especulaciones! ¡Oh déspota de los genios y demás poderes sobrenaturales!...

PROCLO.—Está bien. No me adules. Dí qué pretendes de mí.

CREMATURGO.—Tú, que lo sabes todo, ¿no podrías decirme de qué medio me valdré para que mi amada sea mía, solamente mía?

PROCLO.—No llega tan lejos mi saber. Si llegara, le hubiese yo empleado en favor mío, que buena falta me ha hecho.

CREMATURGO.—Veo que tu saber no vale un comino. Harto me lo sospechaba yo.

PROCLO.—Expón, no obstante, tu caso, y allá veremos si puedo remediarte ó darte al menos algún consejo útil.

CREMATURGO.—Yo estoy prendado de la más hermosa mujer que hay en Byzancio. Por ella hago descomunales desembolsos. No hay primor, ni refinamiento, ni objeto de arte que ella no logre por mí. He traído para ella telas bordadas del país de los Seras, alfombras de Ctesifon, perlas y diamantes, papagayos y monos de la India, perfumes y oro de Arabia, y chales de Cachemira. Su palacio encierra muebles incrustados de marfil y nácar, estatuas de mármol de Paros, vajillas de plata, vasos de Nola y jarrones del extremo Oriente, que tienen un barniz desconocido en los imperios de persas y de romanos. Ella hace visitas á mi costa en silla de manos lindísima, ó se pasea ó va al circo ó al hipódromo en reluciente carroza ó *harmamaxa*,

tirada por cuatro blancos caballos. En fin, nada le falta. ¿Cómo me compondré para que ella no me falte á mí?

PROCLO.—Lo discurriremos. Para mayor ilustración del asunto, infórmame de quién es esa dama que tan caro te cuesta.

CREMATURGO.—Es Asclepigenia, la hija del filósofo Plutarco.

PROCLO.—¡Profundos cielos! ¿Quién lo hubiera podido imaginar en la vida? Tú eres mi rival.

CREMATURGO.—¿Tu rival? Pues qué, ¿también á tí te ama? ¿Qué le das tú, esqueleto pordiosero y ambulante?

PROCLO.—El alma, la esencia eterna. Pero sabe ¡oh sátiro vetusto!, que todavía tienes otro rival. Sal, Eumorfo.

ESCENA VIII.

Dichos, EUMORFO.

CREMATURGO.—¿Qué descaro es éste? ¿Cómo te atreves, Eumorfo, á presentarte y á rivalizar conmigo? Tengo en mi poder cuatro pagarés tuyos vencidos y archivencidos, y voy á ejecutarte mañana.

EUMORFO.—Refrena tu furor, generoso mag-

nate. Yo ignoraba que Asclepigenia te perteneciera.

CREMATURGO. — Sea como sea, lo cierto es que Asclepigenia nos ha burlado á los tres galanes. El acaso, ¿qué digo el acaso?, la diosa Minerva nos ha reunido aquí para desengañarnos. Vamos á ver á Asclepigenia y á decirle lo que merece. Ella me aguarda solo. Venid en mi compañía.

EUMORFO. — Vamos.

PROCLO. — Vamos. (Proclo toma su báculo de filósofo y salen juntos los tres).

ESCENA IX.

Estrado ó *parastasio* rico y elegante en casa de Asclepigenia, adornado con estatuas y pinturas, é iluminado con lámparas, unas pendientes del techo, otras colocadas sobre mesas délficas.

ASCLEPIGENIA y ATENAIS.

(La primera aparece reclinada, casi tendida lánguidamente en un *esquimpodio* ó silla-larga. Atenais, á su lado, en un taburete.)

ATENAIS. — ¿Con que has visto á tu primer amor?

ASCLEPIGENIA. — Sí, le he visto. Me ha dado lástima. Está flaco, pálido, apergaminado. Y luego ¡qué sucio! Doy por cierto que en los quince años que ha vivido lejos de mí no se ha lavado una vez sola ni siquiera las manos.

ATENAIS. — Ese grave defecto tiene el espiritua-

lismo ó misticismo, que ahora priva y cunde. Parece que las virtudes á la moda exigen que sean puercos los virtuosos.

Asclepigenia.—Y no es eso lo peor, sino que se apodera de los ánimos una tristeza vaga y sofística que los enerva; tristeza que los antiguos apenas conocieron; un menosprecio del mundo y de las dulzuras de la vida, que despuebla las ciudades y puebla los desiertos; un desdén del bienestar y de la riqueza, que roba brazos á la agricultura y á la industria, y una mansedumbre resignada, que amengua el valor del ciudadano y del guerrero. Más que Atila y todos los bárbaros, me hacen prever estos síntomas la total ruina de la civilización. Pero volviendo á la suciedad y descuido en la persona, te aseguro que me ha dado grima ver á Proclo. Ofende toda nariz medianamente delicada.

Atenais.—Cruel inconveniente es ese si has de vivir con Proclo.

Asclepigenia.—Yo sabré remediarle. No me meteré en discusiones ni en consejos, sino que, á modo de broma, haré que mañana le cojan dos esclavos antes de comer, le soplen en un baño y me le laven y frieguen con pasta de almendra, y me lo froten con aromoso *diapasma.* Él mismo se sentirá mejor después, y tomará la costumbre de lavarse.

ATENAIS. — Pero, declárate con franqueza: á pesar de estar Proclo tan viejo, tan estropeado y tan sucio, ¿le amas todavía?

ASCLEPIGENIA. — Le amo y le adoro. Se me figura que él es la última encarnación del maravilloso genio de Grecia. Amándole, se magnifica y ensalza todo mi ser, hasta considerarme yo misma como la ciencia, la poesía, la civilización griega personificada.

ATENAIS. — En efecto, Proclo es el príncipe de los filósofos. Tu padre Plutarco y mi padre Leoncio, notable filósofo también, le veneraban como superior á ellos. Comprendo, pues, que ames á Proclo.

ASCLEPIGENIA. — Una doncella tan sabia, educada con esmero en Atenas; una poetisa tan inspirada como tú, en quien veo renacer en edad temprana las altas prendas de Hipatia, no podía menos de comprender este amor mío que descuella sobre mis otros amores.

ATENAIS. — Es un dolor que no pueda ser el único.

ASCLEPIGENIA. — La culpa, hasta cierto punto, la tiene el pícaro misticismo. Por él nos separamos. Sin él hubiéramos vivido juntos, hubiéramos sido humanamente amantes y esposos, y ni yo hubiera caído, ni Proclo hubiera llegado á ser, con lamentable precocidad, y quedándose pobre, un vejestorio tan incapaz y tan feo.

ATENAIS.—Tu propósito era difícil. No extraño que no hayas podido cumplirle. El temple de alma de la emperatriz Pulqueria es rarísimo.

ASCLEPIGENIA.—¿Qué temple de alma ni qué calabazas? Ella es Emperatriz y no necesita de un Crematurgo.

ATENAIS.—¿Tiene acaso algún Eumorfo?

ASCLEPIGENIA.—¡Vaya si le tiene! Nadie lo ignora, menos tú, que estás en Babia, y Marciano, que hace la vista gorda.

ATENAIS.—¿Y quién es ese feliz mortal?

ASCLEPIGENIA.—El lindo y gracioso Paulino.

ATENAIS.—Pues no tiene mal gusto la santa. (Aparece una sierva.)

SIERVA.—Señora, Crematurgo pide licencia para entrar.

ASCLEPIGENIA.—Que entre. (Vase la sierva.)

ATENAIS.—¿Me retiro?

ASCLEPIGENIA.—Retírate. (Vase Atenais.)

ESCENA X.

ASCLEPIGENIA, CREMATURGO, PROCLO y EUMORFO.

(Asclepigenia se pone de pie para recibirlos.)

ASCLEPIGENIA.—¡Qué agradable sorpresa! ¿Qué significa venir los tres juntos á mi casa?

CREMATURGO.—Envidiable frescura te concedió

el cielo. ¿Cómo, al vernos entrar juntos á los tres, no tiemblas, no te asustas, no te hundes avergonzada en el centro de la tierra?

EUMORFO. — Eso mismo repito yo. ¿Cómo no te hundes en el centro de la tierra?

CREMATURGO. — Inicua. Nos estabas engañando á todos.

EUMORFO. — Esto pasa de castaño obscuro. ¡Tres al mismo tiempo!

CREMATURGO. — ¿Qué puedes alegar en tu defensa?

EUMORFO. — Con razón enmudeces.

ASCLEPIGENIA. — Yo no enmudezco ni con razón ni sin ella. A fin de probaros que la razón no me falta, os contaré una parábola, si tenéis calma para oirla.

CREMATURGO. — Cuenta.

EUMORFO. — Te escucho.

ASCLEPIGENIA. (A Proclo, que ha estado y sigue silencioso desde que entró.) — Y tú, ¿qué dices?

PROCLO. — Nada. Te escucho también.

ASCLEPIGENIA. — En el jardín de este palacio hay un rosal, que estaba casi seco y perdido por hallarse en terreno estéril. — ¿Qué necesita? me dije yo al contemplarle. — Mantillo, me respondí. Es menester que de las substancias corrompidas que en el mantillo hay, absorba el rosal la savia vivificante que ha de dar lozanía, gala y primor á sus

hojas y á sus flores. Cubrí, pues, con mantillo las raíces y el pie del rosal, y el rosal ha reverdecido y florecido como por encanto. La verdura de sus hojas es brillante; sus rosas son divinas. Los pétalos de estas rosas tienen el color encendido del alba; el centro parece cáliz de oro; en el cáliz hay miel. ¿Qué ser delicado, elegante, ligero, bonito, en armonía con la rosa, podrá tocar sus pétalos sin marchitarlos, y libar la miel del cáliz con la correspondiente suavidad y finura? – Una aérea, pintada y alegre mariposa, pensé yo. Y apenas lo hube pensado y deseado, acudió la mariposa más gentil y juguetona que he visto en mi vida, y revoloteando en torno de la rosa, se posó en su seno, sin ladear apenas el flexible tallo, y libó la miel del cáliz de oro. Noté, sin embargo, que esto no bastaba. De la rosa se desprendía exquisita fragancia, que iba disipándose por el ambiente y que el céfiro esparcía en sus alas. En la rosa había asimismo belleza extraordinaria, reflejo de la idea; perfección de formas, que encierra puros pensamientos artísticos. Esto sólo puede comprenderlo la inteligencia. Sólo el espíritu puede gozar de todo esto. Es así que la mariposa no tiene inteligencia, ni espíritu, ni siquiera olfato; luego al rosal le faltaba lo mejor. Sus prendas de más valía quedaban sin fin y sin propósito. Entonces ví claro que si el mantillo y la mariposa eran indispensables para

el rosal, eran más indispensables aún mente elevada, espíritu y conciencia, que le comprendiesen y admirasen. Aplicad ahora la parábola y reconoceréis mi justificación. Yo soy el rosal; tú, Crematurgo, eres el mantillo; tú, Eumorfo, la mariposa, y Proclo es la nariz que aspira el aroma y la mente que estima la beldad y goza dignamente de ella. ¿Qué culpa adquiere el rosal de que nada sea completo en este bajo mundo? ¡Lástima es que no se logren mantillo, mariposa, narices y mente en un ser solo! Como el rosal requería todo esto y no se hallaba reunido, he tenido que buscarlo por separado.

CREMATURGO.—Pues yo no me avengo. No quiero ser mantillo y nada más. ¡Adiós, ingrata! (Vase.)

EUMORFO.—Tampoco me resigno yo á ser una mariposa ininteligente, sobre todo cuando por amor tuyo me había puesto ya á estudiar filosofía. ¡Adiós, infame! (Vase.)

ESCENA XI.

ASCLEPIGENIA, PROCLO.

ASCLEPIGENIA.—Mantillo y mariposa me abandonan. ¿Me abandonarás tú también, Proclo mío?

PROCLO.—Confieso que mi alma está destroza-

da. Tal vez haría yo bien en huir de tu lado para siempre; pero hay una fuerza que me retiene cerca de tí. En balde he querido espiritualizar, santificar la civilización antigua, risueña y amante de la hermosura, pero liviana. No acierto, con todo, á divorciarme de ella. Soy de ella. Soy tuyo sin remedio. El vergonzoso y duro desengaño no mata el amor de mi corazón al derribar todo el edificio filosófico que con tanto afán y arrogancia había yo levantado. Se me figura que cae sobre mí el justo castigo de la soberbia del espíritu. El espíritu se apartó con desdén de la naturaleza; quiso elevarse por cima de la inteligencia y de la causa; pugnó por ir más allá del ser mismo; aspiró á confundirse con el principio inmutable de todo ser. La unión mística, de que tanto me he envanecido, fué sin duda ilusión malsana. El principio indefinible del ser, con el cual yo creía unirme, y del cual todo lo que se afirma es negando, era el no ser; era la nada. Mi supuesta identificación con él fué muerte egoísta. No fué la muerte generosa de aquél que, amando la vida, sabe darla por el triunfo de una noble idea, por su patria, por la felicidad del objeto amado. Mi prurito de perderme en el Uno, absorbente, impersonal, que todo lo tiene en sí y nada tiene, es la más monstruosa perversión del espíritu. Es no saber vivir y gozar en el seno de este vario y bello Universo. Es crear un

misticismo contrario al amor. Mi misticismo reconcentra el alma; el amor la difunde. Apartado el espíritu de la naturaleza, ¿qué se puede esperar sino lo que veo y lamento ahora? O el delirio que toma la nada por el principio del ser, ó la vileza, el rebajamiento, la impura grosería y el brutal apetito de goces materiales, triunfantes en la naturaleza, en la sociedad y en todo pensamiento, cuando el espíritu los abandona. En cambio, ¿qué vale el espíritu que se aparta del mundo real, creyendo adorar lo divino y adorándose á sí propio? Ni para resistir los golpes del infortunio más vulgar conserva brío suficiente. ¿Qué energía de voluntad me queda? Sólo soy capaz de vil y cobarde resignación, ó de morirme aquí de pena, como mujercilla nerviosa. ¡Qué vergüenza! No puedo más. ¡Ay de mí!

(Proclo cae desmayado en la silla larga.)

ASCLEPIGENIA. — ¡Atenais! ¡Atenais! ¡Acude! ¡Oh desgracia! Acude; trae un pomo de esencias. ¡Nos quedamos sin filosofía! Ya no hay filosofía posible. Ya no hay más que ciencias positivas y prosaicas. Mi filósofo se me muere. (Se inclina sobre él y le abraza con la mayor ternura.) Huele mal; pero... ¡es tan sabio! ¡es tan bueno!

ESCENA XII.

Dichos, ATENAIS.

(Atenais ayuda á Asclepigenia á cuidar á Proclo, aplicando un pomo de esencias á sus narices.)

ATENAIS.—Cálmate. No es nada. Ya vuelve en sí.

ASCLEPIGENIA.—¡Buen susto me he llevado! ¡Pobrecito mío de mi alma! ¡Qué malo se me puso!

PROCLO. (Se levanta.) — Perdóname, amiga. Ha sido un momento de debilidad. (Reparando en Atenais.) ¿Quién es esta gallarda doncella?

ASCLEPIGENIA.—Es Atenais, hija de Leoncio.

PROCLO.—¡La hija de mi docto é ilustre amigo!... ¡El cielo te bendiga, Atenais!

ASCLEPIGENIA.—¿Me perdonas, Proclo?

PROCLO.—No hablemos más de lo pasado: olvidémoslo.

ASCLEPIGENIA.—¿Vivirás conmigo?

PROCLO.—No quiero ni puedo vivir ya sin tí. Tú serás el lucero que ilumine con su faz apacible la melancólica tarde de mi existencia. Estas blancas y suaves manos (las toma entre las suyas) cerrarán con amor mis párpados cuando se junten para dormir el último sueño.

ASCLEPIGENIA.—Contigo no echaré de menos

ni la riqueza ni la hermosura corporal... ¿Qué más hermosura, qué más riqueza que el tesoro de tu alma? Si es menester, viviremos en la mayor estrechez. Algo se me estropearán las manos de guisar y de remendarte la ropa. La elegancia, el esmero, el perfume de aristocrática distinción se desvanecerán casi por completo cuando vivamos míseramente. ¿Pero qué importa? Yo poseeré tu alma y tú la mía.

PROCLO. – No ha de ser así. No consentiré que se pierda ó que se deteriore ni una chispa ni un átomo de toda esa beldad que te dió Naturaleza y que el Arte ha completado y realzado. Yo ganaré riquezas para tí. Para tí tendré hermosura corporal y juventud lozana.

ASCLEPIGENIA. – No te alucines, Proclo. La juventud que se fué, no vuelve nunca. Venus Urania no te visitó sin motivo. En cuanto á la riqueza, doy por cierto que no ganarás jamás un óbolo con toda tu filosofía, á no ser que apeles al milagro.

PROCLO.—Pues bien: al milagro apelo. Ahora vas á ver quién yo soy. ¡Aquí te quiero, oh Teurgia! Para algo me has de servir. Hasta ahora, Asclepigenia idolatrada, has poseído en Eumorfo y en Crematurgo hermosura, juventud y riquezas, contingentes, limitadas y caducas. De hoy en adelante vas á poseer la juventud, la hermosura y la

riqueza, en absoluto y para siempre. Guardad silencio religioso. Ya empieza el conjuro.

(Profundo silencio. Proclo, agitando su báculo, traza en el aire círculos y otras figuras mágicas, y murmura entre dientes palabras ininteligibles. Óyese música celestial, lenta y sumisa. En el centro del teatro se va cuajando una brillante y cándida nube, con arreboles de carmín, oro y nácar.)

ASCLEPIGENIA Y ATENAIS. – ¡Qué portento!

PROCLO. – Ocultos en esa nube tienes ya, á tus órdenes y para tu servicio, en reemplazo de Eumorfo y de Crematurgo, al flechero Apolo, al más elegante y bonito de los dioses, y al hijo de Jasión y de Ceres, al ciego Pluto, dispensador de las riquezas. ¿Quieres que salgan con séquito de musas, gracias, ninfas y genios, ó que salgan solos?

ASCLEPIGENIA. – Que salgan solos. Ya les iré pidiendo, en la sazón conveniente, todo aquello que se me ocurra.

PROCLO. – ¡Apareced, dioses!

(Se abre la nube, y salen de ella, con mucha luz de Bengala, Pluto, cojo, ciego y alado, y Apolo, muy bizarro y airoso, con manto de púrpura, corona de laurel y lira en mano.)

PROCLO. – ¿Qué más tienes que pedir?

ASCLEPIGENIA. – Nada. Yo me contentaba con tu amor.

PROCLO. – Recapacita, sin embargo, si algo te falta.

ASCLEPIGENIA. – Si no me motejases de sobrado pedigüeña y exigente, aún te pediría una cosa.

Proclo.—¿Cuál?

Asclepigenia.—Que te laves.

Proclo.—Me lavaré.

Atenais.—Ya eres dichosa. Posees ciencia, hermosura, juventud, riqueza y hasta aseo. Yo, desvalida y menesterosa, lejos de envidiarte, me regocijo.

Proclo.—El cielo te premiará, generosa Atenais. Yo, que estoy ahora inspirado, leo en el porvenir tu egregio destino. El joven Teodosio, á quien educa muy bien su hermana Pulqueria, á fin de que brille en el trono imperial, se casará contigo. Así serás Emperatriz de Oriente. Serás feliz y poderosa sin acudir á la magia; pero tendrás que hacerte cristiana. Por último, para que nuestra gloria y nuestra felicidad sean más estupendas y vividoras, después que pasen trece ó catorce siglos, contando desde el día de la fecha, aparecerá en la risueña y fértil Bética, cuna de la dinastía reinante y patria de tu abuelo político el Gran Teodosio y de otra infinidad de personas eminentísimas, cierto escritor ingenioso y verídico, el cual ha de componer sobre los sucesos de esta noche un diálogo, donde trate de competir con el divino Platón en lo elevado y grave, y con el satírico Luciano en lo chistoso y alegre.

Atenais.—Mucho me he de holgar si tus vaticinios se cumplen.

ASCLEPIGENIA. — Y yo también. Temo, sin embargo, que ese diálogo que Proclo anuncia, sea una extravagancia sin amenidad y sin viveza, donde nosotros figuremos, no como seres reales, sino como personajes alegóricos; donde Proclo y yo representemos la antigua poesía sensual y corrompida y el antiguo saber agotado, desesperado y estéril, que para seguir viviendo juntos se entregan á brujerías y supersticiones.

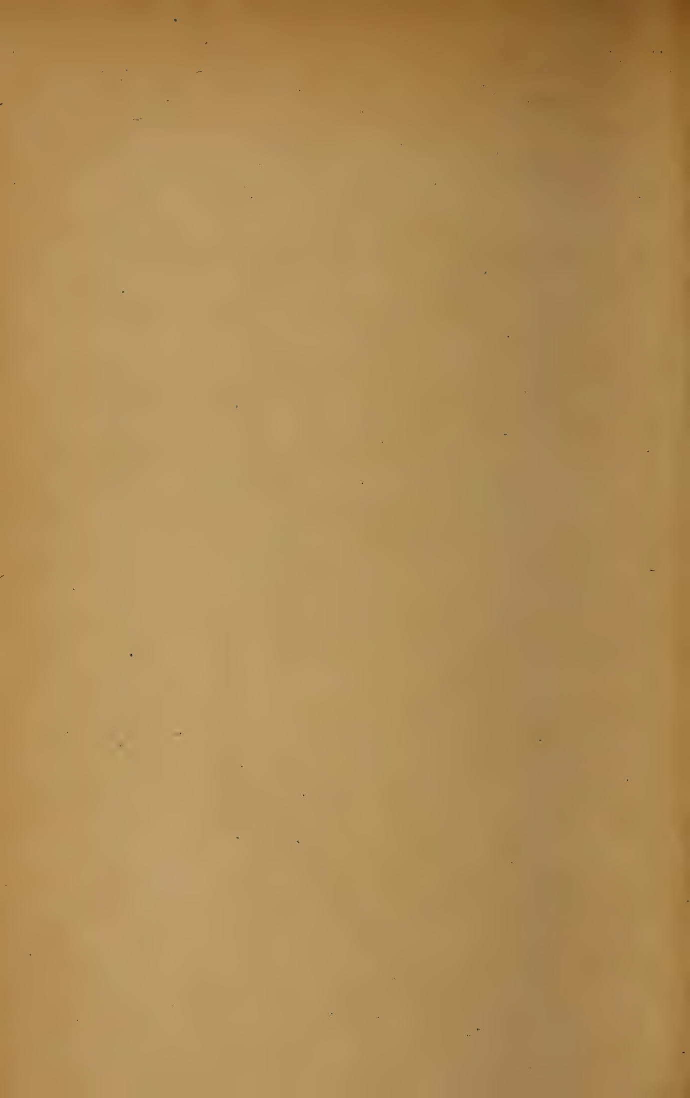
ATENAIS. — Si esa alegoría puede tener alguna aplicación cuando el diálogo se escriba, tal vez interese el diálogo.

ASCLEPIGENIA. — Suceda lo que suceda, no debe importarnos mucho. Allá se las haya el autor. Nosotros cinco, mortales y dioses, vámonos al triclinio, donde tengo preparada una suculenta y bien condimentada cena.

MORTALES Y DIOSES. — Vámonos á cenar.

Madrid, 1878.

LO MEJOR DEL TESORO





LO MEJOR DEL TESORO

ZARZUELA FANTÁSTICA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ACTO PRIMERO

Magnífico salón del palacio de Zeyn en la gran ciudad de Bactra.

El *Príncipe*, rodeado de jóvenes y alegres cortesanos y de hermosas damas, aparece presidiendo una espléndida cena. A su lado se sienta en la mesa la *Reina Mantara*, cuya actitud y ademanes han de manifestar desde luego su pasión por *Zeyn*, el cual se muestra frío con ella á pesar de sus coqueterías.

ESCENA PRIMERA

ZEYN, MANTARA, MOBAREC, cortesanos, comparsas de cortesanos, damas, esclavos que sirven á la mesa, músicos y bailarinas.

MÚSICA.

CORO.

Prodiga su tesoro,
Como los rayos de oro
El sol desde el Oriente,

Espléndido Zeyn.
Su trono refulgente
Brilla con ricas galas;
Los genios con sus alas
Le forman baldaquín.
Al enemigo espanta;
Le vence en guerra santa,
Y cautiva y aterra
A la caterva infiel;
A par que en dulce guerra
Inunda su hermosura
De plácida ternura
El pecho más cruel.

UNOS.

¡Atención!

OTROS.

¡Escuchad!

TODOS.

La reina Mantara
Prepárase á brindar.

UNOS.

¡Atención!... ¡Atención!

OTROS.

¡Escuchad!... ¡Escuchad!

BRINDIS.

MANTARA.

Yo brindo á que sea
Fecunda tu gloria.
Mi alma desea
Tu triunfo mayor.
Tan sólo el vencido
Completa victoria
Lograr ha podido
En lides de amor.

CORO.

Dichoso el vencido
Que triunfa en amor.

ZEYN.

Permitan los cielos
¡Oh linda vïuda!
Que alivie tus duelos
Gallardo doncel;
Abeja industriosa
Al cáliz acuda
Y libe la rosa
Sacando la miel.

CORO.

Abeja industriosa, etc.

MANTARA.

¡Á brindar por Zeyn!

ZEYN.

¡Por Mantara á brindar!

CORO.

Porque dichas sin fin
Ella logre alcanzar.

Con loca alegría
Prosiga el festín.

BAILE.

CORO.

Prodiga su tesoro,
Como los rayos de oro, etc.

HABLADO.

ZEYN.

Cesad ya: que me molesta
Oir mi propia alabanza.

¿Quién de esa letra, decidme
Fué inventor? ¿Quién la acompaña
Con tan dulce melodía
Y tan docta consonancia?

MANTARA.

Yo, señor.

ZEYN.

¿Tú? No sabía
que una habilidad tan rara
Poseyeses.

MANTARA.

Más que el arte
El entusiasmo en mi alma
De música y poesía
Hizo que el raudal brotara.

ZEYN.

Por poderoso que sea
El entusiasmo no basta;
¿Dónde el arte has aprendido
Que crea belleza tanta?

MANTARA.

Mi origen, señor, no ignoras
Ni el lustre de mi prosapia;
Con el rey de Cachemira
Me casé en edad temprana;

Muerto el rey heredé el trono,
Y mi soberbia las armas
Me hizo tomar contra tí,
Hasta que en rudas batallas
Yugo á mi cuello pusiste
Con el rigor de la espada;
Mas tu noble proceder
Cautivó luego mi alma.
La gratitud y el afecto,
Como ya te he dicho, bastan
A explicar de esos cantares
Que celebraste la causa.

MOBAREC.

Señor, aunque yo no soy
Como la hermosa Mantara,
Ni viudo, ni rey, ni tuve
Jamás la fiera arrogancia
De declararte la guerra,
Ni me vencieron tus armas,
Te debo muchos favores
Y siento hervir en el alma
Gratitud é inspiración.
Deja que ensalce tu fama
A mi vez en unos versos,
Y que tu prenda más alta
Celebre y dé testimonio
De tu riqueza extremada.

MANTARA.

Este bufón va á decir
Alguna botaratada.

ZEYN.

(A Mobarec, que está temeroso aún y sin acabar de hablar, aunque ha tomado un vaso en la mano.)

¿Qué es eso? ¿Qué te detiene?
¡Dí lo que quieras; despacha!

MOBAREC.

De Zeyn la virtud soberana
Que es la heroica paciencia, yo pienso,
Con que aguanta el pestífero incienso
De la vana lisonja falaz;
Y en sus ricos tesoros, sin duda,
Quedará tanta perla y moneda
Como vino veréis ahora queda
De mi vaso en el fondo capaz.

(Mobarec apura una gran copa hasta el fondo y suelta una carcajada.)

MÚSICA

UNOS.

¿Qué dice el mentecato?

OTROS.

Dislates suyos son.

UNOS.

Se burla sin recato.

TODOS.

Repórtese el bufón.

MOBAREC.

Palabras verdaderas
Salieron de mi boca,
Y vuestra saña loca
Desprecia mi razón.

CORO.

Del príncipe y de todos
Se burla sin recato.
¡Silencio el mentecato!
¡Repórtese el bufón!

(Durante el alboroto desaparecen las mujeres.)

HABLADO

ZEYN.

Basta ya de esta disputa:
Ya basta, que estoy cansado.
Idos y dejadme en paz.

(A Mobarec y á los cortesanos 1.o y 2.o)

Vosotros sólo quedaos.

(Vánse todos menos Mobarec, Zeyn y los cortesanos 1.o y 2.o)

ESCENA II.

ZEYN, MOBAREC y cortesanos 1.o y 2.o

ZEYN.

Nadie ignora que mi padre
Era un portentoso sabio,
Que llegó á tener influjo,
Familiaridad y trato,
Con los ocultos poderes
Que bajo el velo diáfano
Viven del mar proceloso;
Con los espíritus vagos,
Sutiles é imperceptibles,
Que en los elementos varios
Moran, y la vida crean
Organizando sus átomos,
Y con las inteligencias
Que mueven cielos y astros.
Así tuvo mil noticias
Mi padre de los pasados
Sucesos, y alcanzó mucho
De los venideros casos.
De la tierra columbraba
Los tesoros subterráneos,
Y de duendes y de gnomos
Los recónditos palacios.
Penetraba al mismo tiempo

En el corazón humano,
Y el pensamiento más hondo
Escudriñaba en los ánimos.
En suma, mi padre era
Un pozo de ciencia, un mago,
Y no exigía tributos
De sus felices vasallos,
Pues los genios le traían
Oro y plata por encanto.
Descollaba entre los genios
Uno como soberano
Llamado Zacubulú,
Al cual era tan simpático
Mi padre, que en cuanto ansiaba
Le complacía en el acto.
El día en que yo nací,
El horoscopio formaron.
Supieron que yo sería
Generoso y denodado,
Mas que tendría un defecto
Que me llevaría al cabo
A una espantosa ruina;
El ser muy despilfarrado.
Cuantos tesoros mi padre
Había reunido cauto
Yo había de disipar
En deportes y en regalos.
Ya se cumplió el horoscopio.

CORTESANO 1.º

¡Luego Mobarec ha hablado
Verdad!

ZEYN.

Verdad como un *templo*.

CORTESANO 2.º

¿Estás pobre?

MOBAREC.

Sin un cuarto.

ZEYN.

Aun tengo cetro y corona.
Mas ¡ay! que un deber más alto,
Mas ¡ay! que un gran juramento,
Que al empezar mi reinado,
Hice, me obligan por siempre...

CORTESANO 1.º

¿A qué?

MOBAREC.

¡Juramentos vanos!

ZEYN.

No lo son, sino muy firmes
Y pertinentes y válidos;
Y por ellos á ser rey
De balde estoy obligado.

CORTESANO 1.º

¿Y el esplendor de tu trono?

CORTESANO 2.º

¿Y de la corte el boato?

ZEYN.

Todo ha desaparecido:
Con todo mi despilfarro
Dió fin.

MOBAREC.

Vas á ser entonces
Medio rey, medio ermitaño.

ZEYN.

Por fortuna no es posible
Que llegue nunca ese caso.

MOBAREC.

¿Cómo, señor, te burlabas?

CORTESANO 1.º

¿Es tu tesoro inexhausto?

CORTESANO 2.º

Sin duda Zacubulú
Nuevos tesoros te ha dado.

ZEYN.

Nada de eso: mas sabed
Que de la vida estoy harto.
(Con gran solemnidad y misterio.)
Mi deseo de vivir
Con mi riqueza ha acabado.
No pienso más que en morirme.

MOBAREC.

Sólo á corazones bajos
Da la inopia de la muerte
El pensamiento nefando.
Y aun así, si se murieran
todos los que están tronados,
Un cementerio sería
El mundo de cabo á rabo.

ZEYN.

No es solamente la inopia
La causa de mi quebranto,
Ni el móvil que á darme muerte
Tal vez impulse mi brazo.

MOBAREC.

¿Qué otra razón puede haber?

ZEYN.

Todo voy á revelarlo.
El cansancio de la vida,
Que el corazón me devora,

No proviene de que ahora
Miro mi hacienda perdida:
Razón más noble y subida
Me induce y mueve á tener
Por aborrecible el ser
Con que vivo en este mundo:
Es un anhelo infecundo
Y un fantástico querer,
Aun cuando yo poseyera
La ciencia de Salomón,
Y á mi pródiga ambición
Tributo en oro rindiera
Tibar, y dueño yo fuera
De las perlas de Abejín,
Con el ámbar de Darín
Y de Pancaya el perfume,
El afán que me consume
No llegara á tener fin.
Es objeto de mi amor
Un bello ser que percibo,
Cual recuerdo fugitivo
De otra existencia mejor.
Me ciega su resplandor
Y su beldad me enamora,
Y aunque no sé dónde mora,
Sé que existe en realidad:
No es vano sueño, es verdad
Lo que el corazón adora.

Pues nunca hubiera logrado
Producir mi fantasía
La soberana poesía
De que está mi amor dotado.
Tal vez, en alas llevado
De un genio, yo pude ver
A una divina mujer
Cuyo recuerdo en mí vive:
Recordada se concibe;
Soñada no puede ser.
Su beldad y perfección
Me aseguran su existencia:
No forjó la inteligencia
Lo que adora el corazón.
Mas si ella no es ilusión,
Ilusorio es mi deseo:
Inasequible la creo:
Bajo sol más luminoso,
En un mundo más dichoso,
Lejos vive y no la veo.
Por esto quiero morir;
Quiero volar do está ella;
En una remota estrella
Debe sin duda vivir.

MOBAREC.

No te aventures á ir,
Señor, porque yo imagino

Que fuera gran desatino
Emprender esa jornada,
Y luego no encontrar nada
Al terminar el camino.

ZEYN.

Será desatino extraño;
Pero á desechar no acierto
Ni el cansancio de la vida
Ni el amoroso deseo.

(Dirigiéndose á los dos cortesanos.)

Idos y dejadme solo
Con mis tristes pensamientos.
De mis amigos mejores
La sociedad me da tedio.

(Los cortesanos 1.o y 2.o hacen una profunda reverencia, y cuando van ya á salir, Zeyn les dice:)

ZEYN.

¡Ah! Notad que lo que oísteis
Esta noche es un secreto
Que á vuestra amistad confío
Por desahogo y consuelo.
¡Cuenta con que se divulgue!

CORTESANO 1.°

Selladas con siete sellos
Quedan todas tus palabras

En lo profundo del pecho.
En inexpugnable alcázar
Mi prudencia las ha puesto,
Do las custodia con llaves
Y cerrojos el respeto.

CORTESANO 2.º

Un abismo en mi memoria
A tus palabras he abierto,
Y del temor que me inspiras
Las sepulté bajo el peso.

(Vanse los dos cortesanos.)

ESCENA III.

ZEYN Y MCBAREC.

MÚSICA.

ZEYN.

Romanza.

De sueños que el alma extasían
Quizá la divina creación
Tan sólo en el centro del alma
Objeto adecuado logró.
En vano la busca mi oído
Del aire en el soplo fugaz,
Si blando el arroyo murmura,

Si gimen las olas del mar.
En vano mis ojos la espían
En trémulos rayos de luz,
Del bosque en la verde espesura,
Del cielo en la bóveda azul.
En balde mi mente la lleva
Al astro que apenas se ve,
Del mar infinito del éter
Perdido en el seno tal vez.
En balde memorias evoco
De tiempo pasado feliz,
Ó en áureas edades la finjo,
En siglos que están por venir.

HABLADO.

MOBAREC.

Ya que solos estamos,
Tu pensamiento, ¡oh príncipe! declara.
Dime si lo soñamos,
Ó si es real esa pasión tan rara,
Que así te lleva á despreciar la vida,
Buscando á tu fantástica querida
De la muerte en el seno.

ZEYN.

Á suicidarme estoy determinado.
¿Qué medio juzgas tú más acertado:
Puñal, cuerda ó veneno?

MOBAREC.

Vulgar é indecoroso,
El medio de la cuerda me parece,
Y el del puñal bastante doloroso.
Lo que menor dificultad ofrece
Es un filtro, que blando sueño infunda,
Desde el cual, por un tránsito suave
La existencia se hunda
En la morada vaga é infinita,
Do todo ser antes de ser habita,
Donde después de ser todo ser cabe.
En tal morada, creo
Que uno mismo serás con tu deseo;
Con todo lo que admiras;
Con la bella mujer por quien suspiras.
Allí está confundido
Lo que será, lo que es y lo que ha sido.
Mas, yo, señor, prefiero
Ser Mobarec y ver la luz del día
Á descender á esa mansión sombría.
Si alguna vez me muero
Será contra mi gusto.
No te mates, señor, vive en la tierra
Valeroso y robusto,
Y ese pesar del corazón destierra.
Considera, además, que, si te matas,
La Reina-madre ha de llorarte mucho.

ZEYN.

¡Con el cariño que la tengo lucho!

MOBAREC.

De un imposible amor tan sólo tratas,
Y ¿así olvidas los fáciles amores
Que te brinda un jardín de bellas flores?
Te persiguen viuditas y doncellas,
De montaraz y arisco te zahieren;
Todas, todas te quieren,
Y sobre todas la sin par Mantara;
Consuélate y olvídate con ellas
De tu beldad inasequible y rara.

ZEYN.

Esos amores fáciles desdeño.
Harto sé que Mantara tiene empeño
En rendir mi albedrío,
Pero de las coquetas no me fío.
Es vana y ambiciosa,
Y anhela ser mi esposa
Con el afán de compartir mi trono.

MOBAREC.

Decir puedo en su abono,
Que si anhela el poder, también te ama.

ZEYN.

Ambición y no amor eso se llama.
No quiero amor mezclado, sino puro.

MOBAREC.

Pues, señor, yo te auguro
Que ese amor no hallarás en esta vida.

ZEYN.

De que ya debo darla por perdida,
Tú corroboras mi opinión, amigo.
Voy á ver á mi madre. Ven conmigo.
Á despedirme voy, cual si pensara
En hacer un larguísimo viaje.

MOBAREC.

(Aparte.) Ó el príncipe está loco,
Ó el príncipe es un bárbaro salvaje.

ZEYN.

¿Qué dices?

MOBAREC.

Nada digo: á Dios invoco
Y le ruego te quite la locura.

ZEYN.

Mi mal, ¡oh Mobarec! no tiene cura.

MUTACIÓN.

Jardín lleno de árboles y flores. La luz de la luna ilumina la escena. Una fuente y asientos. Sale por un lado MANTARA. BARABAR después.

(En el mismo momento del mutis de Zeyn y Mobarec debe principiar la orquesta el preludio de la romanza siguiente):

MÚSICA.

Romanza.

MANTARA.

Las mariposas
Aman las flores:
Todas las cosas
Tienen amores.
El sol á la tierra ama
Y en ella infunde su llama;
En el mar la luna brilla
Porque el mar es su amador.
Tan sólo la tortolilla
Está viuda y sin amor.

Enamorada
Siempre te miro:
Loca, extasiada
Por tí suspiro,

Como el alba á su lucero,
Como el imán al acero,
Te busca el alma sencilla
Y no halla en tí su amador.
Porque soy la tortolilla
Que está viuda y sin amor.

HABLADO

En la soledad amena
De esta sombría enramada,
Amorosa y desdeñada,
Voy á desahogar mi pena.
Al negro alquimista espero
Que de remediar presume
Este mal que me consume,
Alcanzando lo que quiero.
Amo á Zeyn, mas también
Siento que agita mi pecho,
si no el encono, el despecho
Que me causa su desdén.
Que es necio ó no tiene ojos
A veces se me figura,
Cuando al mirar mi hermosura
No siente amor, sino enojos.
Morir, Mantara debieras
Y no ser reina en el nombre,

O enamorar á este hombre
Para ser reina de veras.
Mas conseguirlo por arte
Mágica no me ilusiona.

(Mientras va diciendo Mantara los anteriores últimos versos, entra el negro Barabar, vestido de mago oriental, de un modo fantástico y simbólico. Llega junto á Mantara, oye sus últimas palabras, y dice):

BARABAR.

Él amará tu persona;
No debe el medio importarte.

MANTARA.

¿Qué es esto? ¿Estabas aquí?

BARABAR.

En este momento llego.
Ya, vencido de tu ruego,
Cuanto deseas cumplí.
Cuando, al contemplar el cielo,
Miré el instante propicio,
Y á Venus en conjunción
Con los astros de tu signo,
Estando yo por mi ciencia
De lo que importa provisto,
En alquitara de oro,
Do ya había hirviente vino,
Eché zumo de mil hierbas,
Dos sapos y un basilisco,

Y con diez onzas de sangre
Que extraje de un hombre vivo,
Picado como jigote
Puse el corazón de un mico.
En tan tremendo potaje
Hice conjuros y hechizos,
De un infernal sacramento
Cumpliendo blasfemos ritos.
La quinta esencia que al cabo
Logré sacar de aquel mixto,
Destilando en la alquitara
Su más volátil espíritu,
Encerrada en este pomo
En tus manos deposito.
Es un precioso elixir
De tan raro poderío,
Que sólo con pocas gotas
Que viertas en cualquier líquido,
Infundirás al que beba
Un amoroso delirio.
Así de Zeyn al punto
Podrás vencer el desvío.

MANTARA.

Ardientemente deseo
Que se rinda amante y fino
A mis plantas, mas quisiera
Que obrase el dulce prodigio,

No este bodrio abominable,
No este diabólico filtro,
Sino la luz de mis ojos,
Mi talle y mi rostro lindo.

BARABAR.

Si Zeyn fuese, señora,
Como los demás nacidos,
Enamorado estaría
De tu celeste atractivo;
Quien te mira y no te adora
Tiene el corazón de risco.
Mas Zeyn, á lo que entiendo,
Entreveo y averiguo,
Ya inspeccionando los astros,
Ya consultando los libros,
Vive de Zacubulú
Bajo el influjo maligno,
Y este genio le ha criado
Desamorado y arisco.

MANTARA.

¿Y quién es Zacubulú?

BARABAR.

Es el genio favorito
De su padre: es el monarca
De los genios del abismo.

MANTARA.

¿Y el desamor de Zeyn
Sabes tú con qué designio
Zacubulú le dispone?

BARABAR.

Lo ignoro; mas sé de fijo
Que ha de vencer á su encanto
El encanto de mi filtro,
Cuyo poder es supremo
Al de tu beldad unido.

MANTARA.

Bien está; contra un encanto
Otro encanto me permito;
Contra magia de desdenes
Magia del amor aplico:
Mi orgullo está satisfecho
Y mi corazón tranquilo.
Guarda en premio de tu obra
El diamante de este anillo.

(Se le da.)

BARABAR.

Gracias y que goce el mundo
Tu presencia largos siglos.

(Váse Barabar.)

ESCENA V.

Coro de mujeres de la servidumbre de la Reina Budí. *Al són de laudes y otros instrumentos que ellas mismas tocan,* y precedidas de algunos eunucos negros ricamente vestidos y armados, entran cantando las mujeres en dos filas, y se colocan á ambos lados del foro. La Reina Budí entra la última y se reclina en un sitial que está en medio del teatro. A ambos lados del sitial permanecerán de pié dos jóvenes esclavas con abanicos de plumas. Mantara no ha de abandonar la escena. Música caprichosa. Flautines, panderetas, platillos, arpas, etc.

MÚSICA.

CORO.

Consuele tu pena
La noche serena
¡Oh reina Budí!
La fuente que suena
El aura y el ave
Á sueño suave
Convidan aquí.

(Las dos esclavas, que estarán á ambos lados del sitial, recitarán al són de la música lánguida y con cierta cadencia y énfasis las estrofas siguientes:)

ESCLAVA 1.ª

Bordado de estrellas y hermosos luceros
Espléndida luce su manto la noche;
Por claros senderos
Dirige la luna su fúlgido coche.

Derrama en las flores su luz argentina,
En lagos riela y en fuente sonora;
La alondra que trina
Anuncia que viene rayando la aurora.

CORO.

Consuele tu pena
La noche serena, etc.

ESCLAVA 2.a

Los silfos se mecen en hilos de oro
Que luna y estrellas esparcen doquier:
Fragante tesoro
En cáliz de flores anhelan beber.
Nocturno reposo, silencio profundo
Tus párpados quieren ¡oh reina! cerrar:
Penetra en el mundo
Dichoso do el sueño te va á trasportar.

CORO.

Consuele tu pena
La noche serena, etc.

HABLADO.

BUDÍ.

No es fácil que halle consuelo
Mi negra melancolía.

MANTARA. (Adelantándose.)

¿Cómo has dejado tu estancia?
¿Qué enfermedad, qué desdicha
Te desvela?

BUDÍ.

No he podido
Dormir un punto tranquila.
Harta de mi doloroso
Insomnio, puse la vista,
Desde un balcón de mi estancia,
En la esfera cristalina.
Lo apacible de la noche,
El susurrar de las tibias
Auras y el blando murmullo
De las fuentes, me convidan
Entonces á descender
Á esta enramada florida.
Á mis esclavas despierto,
Con ellas bajo, y el día
Aguardo aquí desvelada.

MANTARA.

Muy pronto su luz divina
Teñirá en púrpura el cielo.
Siento que el pesar te aflija.
Bien quisiera remediarlo

Aun á costa de mi vida.
Pero aquí viene tu hijo.

ESCENA VI.

Dichos, ZEYN Y MOBAREC.

ZEYN.

Hablarte á solas quería,
Madre y señora. La reina
Mantara, que es tan amiga
Nuestra, y el fiel Mobarec
Oir podrán lo que te diga.
Pueden oirlo también
Tus dos siervas favoritas.
Dí á los demás que despejen.

BUDÍ.

Despejad.

(Vánse los de la servidumbre.)

Apercibida
Me tienes para escuchar
Cuanto referirme ansías.

ESCENA VII.

ZEYN, BUDÍ, MANTARA, MOBAREC Y ESCLAVAS 1.ª Y 2.ª

ZEYN.

Ya sabes, madre amada,
La causa principal de mi tormento.

Mi prodigalidad desatinada
Disipó en un momento
De mi padre el magnífico tesoro,
Y sin embargo necesito oro.
Me aflige la miseria
Y me duele la inopia;
Pero padezco enfermedad más seria
Y de reyes y príncipes más propia.
El perturbar la paz de mis Estados
No ha de ser obra mía.
Vivan en paz mis súbditos amados
En esta dilatada monarquía,
Aunque conozco que la paz, la calma,
Embota la razón y seca el alma.
Para mí quiero guerra,
Y cansado de idílicas dulzuras,
Pienso marcharme á recorrer la tierra
En busca de aventuras.
La bendición te pido,
Pues á partir estoy tan decidido,
Que no bien luzca el sol en el Oriente,
De la corte saldré con gran secreto,
Sólo de Mobarec acompañado.
Tú, señora, te quedas de regente.
Aquí tienes mi anillo y el decreto
Por mi firma real autorizado.

(Le da el anillo y un pergamino.)

BUDÍ.

Aunque mucho me aflijo,
Tu plan no me sorprende, augusto hijo.
Tu padre, columbrando lo futuro,
Me lo anunció, años hace, por seguro;
Y me mandó te diera,
Cuando su vaticinio se cumpliera,
Y tú en efecto de cumplirle acabas,
Lo que van á traer estas esclavas.

(Budí, que ha permanecido sentada en el sitial, habla al oído á las dos esclavas que tiene al lado, las cuales salen al son de una música solemne y se van por el fondo. Momentos de pausa. La música sigue sonando mientras vuelven las esclavas, y los versos que se recitan, todo el tiempo que la música dura, van al compás de ella.)

MANTARA.

Sin duda tu padre querido
Tus nobles impulsos previó,
Y yelmo de acero bruñido,
Y espada con puño de oro,
Y escudo brillante y sonoro,
Oh príncipe ilustre, guardó.

MOBAREC.

Previendo tu padre discreto
Tu anhelo feroz de gastar,
Cabalístico, extraño amuleto,
Que en perlas convierta el rocío

Y en oro las chinas del río,
Sin duda te va á regalar.

BUDÍ.

Tu padre un tratado profundo
De higiene del alma escribió,
Que al desprecio del pícaro mundo
Y al retiro pacífico inclina:
Para tí, como gran medicina,
El tratado tal vez destinó.

(Aparecen de nuevo todas las esclavas. Las esclavas 1.a y 2.a vienen con pausa con un precioso cofre, que traen por las asas entre las dos.)

MUSICA.

CORO.

¿Qué guarda en su seno
El cofre escondido?
¿Qué alfanje buido,
Qué yelmo será?
Quizás esté lleno
De hermosos joyeles.
Quizá cuanto anheles
El cofre tendrá.

BUDÍ.

La llave te entrego:
(Da la llave á Zeyn.)
Abrirle tú debes.

MOBAREC.

Que un chasco te lleves
Me temo, señor.

(Zeyn va á abrir el cofre y vacila y se turba.)

MANTARA.

Ten calma y sosiego.

ZEYN.

Del padre me asusta
La imagen adusta;
Me falta valor.

TODOS.

¿Qué guarda en su seno, etc.

(Zeyn abre por último el cofre y saca de él un azadón.)

MOBAREC.

¡Regalo curioso!

BUDÍ.

¡Simbólica alhaja!

ZEYN.

Mi padre me ultraja.

MANTARA.

Te da un azadón.

TODOS.

Vivir afanoso
Y rudas faenas
Aumentan las penas
Con nueva aflicción.

BUDÍ

¿Ningún documento
El cofre guardaba?

(Mete la mano en el cofre y saca un pergamino enrollado.)

ZEYN.

En el fondo estaba.
Tenías razón.
Mi padre su intento
Sin duda nos fia.

BUDÍ, MANTARA Y MOBAREC.

Saberlo querría.

ZEYN.

Prestad atención. (Lee.)
¡Hijo! En virtud de mi saber fatídico,
He previsto que á poco de mi muerte
Por tu carácter y tu adversa suerte
En triste situación te vas á ver.
No será la carencia de metálico
Lo que mayor pesar cause á tu alma,

Sino un afán que robará tu calma
Y te emponzoñará todo placer.
De tu padre velando está el espíritu
Por tu bien desde el cielo cristalino,
Y á abrirte va fantástico camino,
Por donde ha de llevarte el corazón
Ó á conseguir un porvenir magnífico
Ó á innoble muerte y criminal desdoro:
Cava, Zeyn, al pié del sicomoro
Grande con ese rústico azadón.

BUDÍ.

Oscuro está el escrito.

ZEYN.

No está sino muy claro.
Lo que mandó mi padre voy al punto á cumplir.
Aquí del sicomoro la verde pompa luce:
Cavemos y veamos qué oculta el porvenir.

(Zeyn se pone á cavar. Los golpes del azadón han de sonar como si diesen contra una piedra. Pocos instantes después de estar Zeyn cavando, empezarán á brotar chispas luminosas á cada golpe. Las chispas irán aumentándose hasta que formen hermosos penachos de luz que corren con rapidez. Mientras cava Zeyn, cantan en coro los presentes.)

TODOS.

Tus brazos robustos la azada impulsaron:
Un golpe tremendo hirió el pedernal;

Sus duras entrañas abiertas lanzaron
De vivas centellas fulgente raudal.

(Al terminar el canto se oye un trueno subterráneo y se abre la tierra donde cava Zeyn, saliendo por la abertura un resplandor que deslumbra.)

ZEYN.

Buen fin tuvo mi faena.
¡Qué prodigio! Madre, mira
Esta escalera que gira
En elegante espiral.
Sin duda al centro profundo
De riquísimas mansiones
Conduçen sus escalones
De pórfido y de cristal.
Seguidme, y á ver lleguemos
Este palacio encantado.

TODOS.

¡Oh príncipe afortunado!
¡Oh palacio sin igual!

(Todos bajan por escotillón, dejando la escena vacía.)

(Cambio rápido de decoración. Gran sala llena de inmensos tesoros: perlas y diamantes en vasos de cristal: monedas de oro á montones, armas riquísimas, etc. En el fondo del foro habrá nueve hornacinas: cuatro á cada lado y una mayor en el centro. Las hornacinas de los lados tendrán ídolos indios de extrañas cataduras, todos de oro, ornados de pedrería: el gran nicho del centro estará vacío y habrá por bajo una inscripción en caracteres peregrinos, que se leerá á su tiempo. Salen Zeyn, Mantara, Budí, Mobarec y esclavas cantando.)

TODOS.

El Dios de la riqueza
Aquí sin duda mora,
Y próvido atesora
Cuanto hay que desear.
¡Qué lujo! ¡Qué belleza!
La luz en los diamantes
Refleja, y mil cambiantes
Produce sin cesar.
¡Qué fuente, qué venero, – con golpe soberano,
Movido por tu mano – ha abierto el azadón!,
De joyas y dinero, – que amontonó la ciencia;
De todo la opulencia – te ha dado posesión.

HABLADO.

ZEYN.

En efecto, mi buen padre
Noblemente me regala;
Perlas, diamantes y oro
Aquí tengo en abundancia.

MANTARA.

Con esto, señor, bien puedes,
Si es que el reposo te enfada,
Levantar inmenso ejército
Y conquistar toda el Asia.

MOBAREC.

Mejor es vivir en paz,
Entre músicas y danzas,
Títeres y simulacros,
Y hermosear á tu patria
Con monumentos soberbios,
Y alimentar una cáfila
De poetas, que en sus himnos
Hagan eterna tu fama.

BUDÍ.

Crear puedes una academia
De gente estudiosa y sabia,
Que el origen de las cosas
Y el fin á que son creadas,
Y el cómo, el por qué y el cuándo
Diluciden con su charla.

ZEYN.

Todo eso y más he de hacer.
Esos tesoros me bastan
Para festines, palacios
Y hombres de letras y armas.
Mas inquieto el corazón
Me dice que algo me falta.

MANTARA.

¡Los ídolos son aquestos
De las deidades preclaras,

Que adoramos en la tierra
Que el Indo y el Gánges bañan!

MOBAREC.

¿Qué Dios de más campanillas,
De más fuste é importancia,
Tendrá este nicho en reserva
Para su imagen sagrada?

(Señalando el nicho del medio.)

MANTARA.

Puede ser para Vischnú,
Para Siva ó para Brahma.

ZEYN.

¿Qué me importa? Lo que importa
Es que una imagen me falta,
Y el tesoro está incompleto.

MANTARA.

Tal vez aquellas palabras,
Que en caracteres de oro
Bajo el nicho están grabadas,
Expliquen todo el enigma.

MOBAREC.

Léelas, señor.

ZEYN.

Leámoslas.

(Acercándose á la inscripción y leyendo.)

„El ídolo que falta tiene más valor que todos los otros juntos. Si quieres poseerle debes atravesar muchos países, montañas y ríos, pasar por horribles desiertos, y llegar, por último, á la península de Bacú. En la orilla izquierda del istmo, en soledad selvática, hallarás modo de penetrar hasta el alcázar submarino del rey de los genios, quien te dirá qué has de hacer para conseguir el ídolo que falta.“

MANTARA.

Ruda empresa te proponen.

BUDÍ.

¡Empresa disparatada!

MOBAREC.

Quédate sin ese ídolo:
Ya con los otros te basta.
¿Qué más hay que desear?

BUDÍ.

Estáte quieto en tu casa.

ESCLAVA 1.a

Haz de tus fieles vasallos
La dicha.

ESCLAVA 2.ª

¡Zeyn, no te vayas!

ZEYN.

Fuera yo ruín y cobarde
Si el compromiso rehusara;
Hoy mismo quiero partir.

MANTARA.

Grandes peligros te aguardan;
Pero la gloria infinita
Será, si el ídolo alcanzas.
Aunque soy débil mujer,
Acompañarte me agrada.
Resisto bien las fatigas
Y sé manejar las armas.
Flecha que silbando arroja
Mi arco de búfalo y plata,
En lo más alto del aire
Hiere de muerte las águilas.
Al potro indómito, al fiero
Onagro mi diestra amansa:
Del elefante y del grifo
No temo oprimir la espalda.
Llévame, señor; permite
Que mi amistad acendrada
Tome parte en tus trabajos
Y presencie tus hazañas.

ZEYN.

Alto honor, reina, sería
El que tú me acompañaras;
Pero no debo exponerte.
Durante mi ausencia larga
Consolarás á mi madre.

BUDÍ.

¿Quién entonces te acompaña?

ZEYN.

Mobarec vendrá conmigo.
Mobarec, pronto prepara
Los dos mejores caballos.
Apenas se muestre el alba
En los balcones de Oriente,
Empezará nuestra marcha.

MANTARA. (Aparte).

Yo he de seguirte, Zeyn,
Por donde quiera que vayas.
Te buscaré aunque te hundas
De la tierra en las entrañas.

MÚSICA.

BUDÍ.

¿Estás decidido?
No escuchas mi ruego?

ZEYN.

Ni paz ni sosiego.
Si quedo tendré.

MOBAREC.

Estoy elegido.
Venzamos el susto.

ZEYN.

Viajar es mi gusto;
Mil tierras veré.

MANTARA.

¡Se va y no me lleva!
¡Ingrato adorado!

BUDÍ.

Tú vas, hijo amado,
La vida á exponer.

TODOS.

Magnífica prueba
Darás de tu gloria.
Tu nombre en la historia
Eterno ha de ser.



ACTO SEGUNDO

Espacio despejado en medio de una selva virgen, sombría y espesísima. *Barabar* y *Mantara* detrás de mucha maleza, plantas parásitas y gigantescas y tupidas enredaderas, por donde vienen abriendo camino con las anchas y cortantes espadas.

ESCENA PRIMERA

MÚSICA.

MANTARA y BARABAR.

(A dúo.)

Han de abrir las espadas camino
Hasta el centro del bosque llegar;
El misterio que oculta en su centro
Nuestros ojos al cabo verán.
Asombrados despiertan los ecos
Que tal vez no escucharon jamás
Ni los golpes del hierro ni el paso
Ni la voz de persona mortal.
Ya los pájaros huyen al vernos;
Ya silbando las sierpes se van.
¿Qué hallaremos al fin en el bosque?
¿En su centro escondido qué habrá?

(Rompiendo los ramos y enredaderas parásitas más cercanas al proscenio Mantara y Barabar aparecen del todo. Mantara vestida

muy bizarramente con traje guerrero y varonil. Barabar siempre con traje de mago, pero menos rozagante y talar y más propio de camino que en el primer acto.)

HABLADO.

BARABAR.

Aquí formando un claro,
Ya rota la espesura,
¡Cuánto cambia de aspecto
Esta selva profunda!
Lo menos veinte horas
De fatigosa lucha
Con jaras, con espinos
Y montes de verdura,
Gastamos en abrirnos
Camino.

MANTARA.

Pero triunfa
Al cabo mi constancia.
Llegamos ya, sin duda,
Donde vive Casyapa
En penitencia dura.

BARABAR.

Pues ni choza ni albergue
Ni hombre ó mujer columbran
Mis ojos, aunque tengo
La vista muy aguda.

MANTARA.

Aun estará distante:
Quizás en una gruta
Vivirá el penitente,
Porque ya sendas muchas
Se ven, y la presencia
Del ser humano anuncian
Flores que da el cultivo,
Mil árboles de fruta
Plantados en buen orden,
Y la huella fecunda
Con que el arado corvo
La faz del suelo surca.

BARABAR.

Es cierto, y sin embargo
Ni hombres veo ni yuntas.
¿No habrá quien compasivo
A nosotros acuda
Con comida caliente
Y morada segura?
Van ya para dos años
Que me llevas en busca
De Zeyn, sin que logres
Saber dónde se oculta.
Buscarle en las ciudades
En nada me perturba:

Mas buscarle en las selvas
Me cansa y atribula.

MANTARA.

Ten paciencia y aguarda.

BARABAR.

Ya veo que una turba
De penitentes llega.

MANTARA.

Pasmados nos circundan.

(Los penitentes salen de improviso por ambos lados. Miran con asombro y rodean á los viajeros. Mobarec saldrá también vestido de penitente.)

ESCENA II.

DICHOS, MOBAREC Y PENITENTES.

CANTADO.

PENITENTES.

¡Profanos! ¿Por qué senda
Llegásteis á la sacra soledad?
¡Profanos! ¡La tremenda
Maldición de Casyapa recelad!

MANTARA.

¡Penitentes varones!
¡No mostréis contra mí tanto furor!

Quiero mis devociones
Hacer entre vosotros con fervor;
Piadosa peregrina
Al inmortal Casyapa quiero ver.
Por su santa doctrina
Quiero la paz del alma merecer.

BARABAR.

Yo, que sigo á mi dueño,
Responsable no soy de estar aquí.
No forme, pues, empeño
El buen Casyapa en maldecirme á mí.

PENITENTES.

¡Profanos! ¿Por qué senda
Llegásteis á la sacra soledad?
¡Profanos! ¡La tremenda
Maldición de Casyapa recelad!

HABLADO.

MOBAREC.

¡Hermanos! Estos viajeros
Me parecen gente buena.
Sin duda se extraviaron
En la espesísima selva,
Y abriendo con sus espadas
Camino por entre breñas,

Han llegado hasta nosotros
Sin intenciones aviesas.
Yo los conozco hace tiempo,
Y hablar á solas quisiera
Con ellos.

UN PENITENTE.

Si los conoces
Habla lo que te convenga;
Pero cuida no se escapen
Sin cumplir la penitencia
Por quebrantar la clausura.

BARABAR.

¿Y qué penitencia es esa?

PENITENTE.

Para esta dama, que es blanca,
Alimentarse con hierbas
Un mes: para tí, que tienes
Crespo el pelo y la piel negra,
Igual ayuno y por postres
De azotes quince docenas.

BARABAR.

Eso no es equitativo.
Eso es barbarie proterva!

PENITENTE.

¿Cómo así? Por dama y blanca
La ley es dulce con ella;
Mas contigo, que eres negro,
No puede haber indulgencia.
Casyapa además es fino
Con las señoras, y á esta
Tal vez la excuse de ayuno
Y del pecado la absuelva:
Pero tus azotes dudo
Que se queden en promesa.

BARABAR.

Pues me fugo.

PENITENTE.

No te irás;
¡Asidle, tomadle á cuestas!

(Agarran á Barabar varios penitentes, y se le quieren llevar.)

MANTARA.

(Espada en mano y tratando de impedirlo.)

Negro ó blanco, á mi criado
No ha de hacer nadie violencia.
Idos en paz y dejadle.
De Casyapa á la presencia
Iré pronto y ya veremos

Cómo las cosas se arreglan
Sin que él lleve los azotes
Y sin que yo sufra dieta.

(Se van los penitentes por un lado y por otro se esconde Barabar.)

ESCENA III.

MOBAREC Y MANTARA.

MANTARA.

(Á Mobarec.)

¿Qué tienes tú que decirme?

MOBAREC.

¿No me conoces, oh reina?
¿Tan mudado estoy? ¿Tan flaco
Me tiene la penitencia?

(Mobarec se baja el capuchón y Mantara le reconoce.)

MANTARA.

¡Oh dicha! ¿Eres tú? ¿Y tu amo?

MOBAREC.

Aquí vive.

MANTARA.

Verle anhela
Mi corazón. Llévame
Donde está.

MOBAREC.

Señora, espera.
Ahora está Zeyn encerrado
En impenetrable celda
Con Casyapa y no es posible
Ir á decirle que venga.
Tratando está de un asunto
Que es de gravedad inmensa.
De él depende que consiga
Ó no la estatua novena.

MANTARA.

¿Cómo es eso?

MOBAREC.

Escucha el caso.

MANTARA.

Habla, que te escucho atenta.

(Mantara y Mobarec se sientan en un peñasco.)

MOBAREC.

No he de pecar de prolijo;
Permite que no refiera
De mis peregrinaciones
La extraña y larga novela.
Bástete saber que fuimos,
Para empezar nuestra empresa,

A ver á Zacubulú,
Que en los genios de la tierra
Como absoluto monarca
Hace mucho tiempo reina.
En el submarino alcázar
Zeyn entró sin resistencia,
Dejándome detenido
Por los guardias á la puerta.
Supe después por Zeyn
Que en aquella conferencia
Le impuso Zacubulú
La más difícil tarea.
Buscar debía Zeyn
Por el mundo á una doncella,
Inocente sin ser tonta,
Y cándida sin ser necia;
Cuyo corazón el germen
Del amor, cuya cabeza
Del más supremo deleite
Y de lo bello la idea
Tuviese, sin que jamás
Su mente empañado hubiera
Un pensamiento enemigo
De la virginal pureza.
Á fin de no equivocarse,
Zacubulú dió, cual piedra
De toque y cual fiel contraste
Para estimar inocencias,

Un espejito á Zeyn,
En el cual, si á verse llega
La mujer que peca en obras
Ó que en pensamientos peca,
La bruñida superficie
Se cubre de manchas negras;
Porque el espejo tan sólo,
Inmaculada refleja
La imagen de una mujer,
Si es inmaculada ella.
Con este espejo hemos ido
Por ciudades, por aldeas,
Por montañas y por valles,
Por campiñas y por selvas,
Y hemos visto lindas mozas,
Ya pastoras, ya princesas;
Pero todas han salido
Malamente de la prueba,
Embadurnando el espejo
Con hollín de chimeneas.

MANTARA.

Ni pudo ser de otro modo.
¿Quién comprende y no desea?
¿Quién de amor y de hermosura
Sabe y gozarlos no anhela?
Mujer inocente y lista
No cabe en naturaleza.

MOBAREC

Ha cabido, sin embargo.

MANTARA.

¿Te burlas?

MOBAREC.

Hablo de veras.
Ya Zeyn desesperaba
De hallar cándida y discreta
A la vez mujer alguna,
Cuando le dieron la nueva
De que el ilustre Casyapa
Dechado de penitencia,
Cuya santidad al seno
Del mismo Brahma le eleva,
Tiene una hija admirable
Por su talento y belleza.
De Sita, que así se llama,
Dice la fama parlera
Que, educada por su padre
Entre venerables dueñas,
Sin amar sabe de amores,
Une el candor á la ciencia,
Y el concepto de lo hermoso,
Que hasta su mente penetra,
Ni el bajo apetito aguza
Ni los sentidos subleva.

Á pescar hemos venido
Tan rara y preciosa perla,
Á este asilo penitente
Que se esconde entre malezas.
Ya Zeyn habló con Sita,
Ya puso delante de ella
El espejo pavoroso
Cuya faz pulida y tersa,
Resplandeciendo más clara,
Su noble imagen ostenta.
Consiguióse el primer triunfo;
Pero lo más arduo queda.

MANTARA.

¿Qué es lo más arduo?

MOBAREC.

Del padre
Impetrada la licencia,
Llevar á Sita, do el Genio
Como á su esposa la espera.
Zeyn ha de llevarla solo,
Sin amparo ni defensa
De dueñas y de escuderos,
Y ha de hacer luego la entrega
Sin el menor menoscabo
En su virtud y entereza.

MANTARA.

Eso es atroz. ¿Quién ha visto
Que el lobo guarde la oveja
Y el milano la paloma?

MOBAREC.

Pues ello ha de ser, so pena
De no conseguir jamás
Lo que el tesoro completa,
Y de padecer del Genio
Una venganza tremenda.

MANTARA.

Y Zeyn, ¿dónde está ahora?

MOBAREC.

¿No te he dicho que en la celda?

MANTARA.

¿Podré verle?

MOBAREC.

En breve tiempo
Es probable que aquí venga.

(Se oyen voces confusas entre bastidores, al parecer muy lejos.)

BARABAR.

(Desde dentro.)

¡Socorro!

VOCES.

¡Calla, profano!

BARABAR.

¡Socorro, que me desuellan!

MANTARA.

¿Qué es esto? ¡Viven los cielos!

MOBAREC.

A Barabar...

MANTARA.

¡Qué insolencia!

MOBAREC.

Ya le azotan.

MANTARA.

Pues muy cara
De los azotes la cuenta
Les va á salir.

(Saca la espada y echa á correr del lado de las voces.)

BARABAR.

¡Compasión!

MOBAREC.

(Corriendo detrás de Mantara.)

¡Señora! Calma, prudencia...

(Asiendo á Mantara y tratando de detenerla.)

¡Deja que se cumpla el rito!
Tal vez al negro convenga...

MANTARA.

¡Suéltame!

MOBAREC.

Ve lo que haces.

(Pugna Mobarec por detener á Mantara; pero ella forcejea y se desprende al fin, dejando entre sus manos un cordón del cual va pendiente el objeto que en los versos se expresará.)

MANTARA.

¡Traidor!

MOBAREC.

¿Yo?

MANTARA.

No me detengas.

MOBAREC.

Corriendo va desalada...
Imposible detenerla.
Pero de un cordón pendiente,
¿Qué es esto que aquí me deja?

(Examinándolo.)

¡Diantre! Es un frasco muy lindo.

(Volviendo á mirar por donde se fué Mantara.)

Ya nuestra heroína llega
Donde están los penitentes,

Que cogieron por sorpresa
Al negro, cuyas espaldas
Están poniendo más negras.
Ya huyendo van de su furia
Tan determinada al verla.
A Barabar dejan libre.
Mantara á toda carrera
Los sigue.

(Destapa el frasco y huele.)

¡Exquisito aroma!

(Vuelve á mirar.)

Ya ha desistido la reina
De seguir á los que huyen,
Y hacia aquí vuelve contenta,
Y despacio.

(Huele de nuevo el frasco.)

¡Qué fragancia!
Vino generoso encierra!
Entre aquestos abstinentes
Y sobrios anacoretas
Hace ya doce semanas
Que mis labios no le prueban.
¿Por qué no he de echar un trago?

(Bebe.)

¡Qué bien sabe! Jugo, esencia
De mil celestiales flores

Parece el sabroso néctar.
¡Otro traguito!...

(Vuelve á beber.)

¡Ay qué rico!

(Entra Mantara con Barabar, quien muy mohino y contrito se queda en un rincón.)

MANTARA.

¿Qué hiciste? ¡Fortuna adversa!
Un elixir has bebido
Que al tormento te condena
De amarme sin ser amado.

MOBAREC.

¿Qué dices? Hermosa reina,
No es el mágico licor,
Son tus inauditas prendas
Las que me tienen transido
De amor. ¿Por qué me desdeñas?
¡Yo te adoro!

MANTARA.

Yo á Zeyn
He dado ya mi existencia.

MOBAREC.

Pero Zeyn no te quiere.

MANTARA.

Déjalo que no me quiera.
Me querrá.

MOBAREC.

No te querrá.
Yo haré que el vino no beba.
En mil pedazos tu frasco
Romperé contra las peñas.

(Mobarec tira el frasco con fuerza.)

MANTARA.

¡Qué hiciste! Malvado!
El frasco has quebrado.
La tierra ha tragado
El rico elixir.

MOBAREC.

Así le rompiera
Antes que bebiera,
Sin que enamorado
Me vieses gemir.

MANTARA.

Amores no quiero.
¡Tu muerte prefiero!

(Saca la espada y va á matarle.)

MOBAREC.

¡Suspende el acero!

MANTARA.

¡Te voy á matar!

MOBAREC.

Me matan tus ojos
Con rayo de enojos.
De amores me muero!
¡Morir es amar!

MANTARA.

¡Es mucha tu grosería!
¡Necio! ¿Tan sólo consiste
En el filtro que bebiste
El que te prendes de mí?

MOBAREC.

No: te adora el alma mía
Por tu beldad y tu gracia.
El filtro dió sólo audacia
Para decírtelo aquí.

MANTARA.

Ya que le has bebido – Ya que la has tenido,
Por rudo y grosero – Te voy á matar.

MOBAREC.

Me matan tus ojos – Con rayo de enojos.
En sangre tu acero – No debes manchar.

ESCENA IV.

DICHOS Y ZEYN.

HABLADO

ZEYN.

¿Qué haces, reina Mantara?
¿Por qué matar á Mobarec pretendes?

MANTARA.

Su amor este bellaco me declara.

ZEYN.

Si por eso te ofendes
Mal haces, que no es falta de respeto
Adorar de rodillas á un sujeto
Por excelso que sea.
¿Qué mujer, siendo joven y no fea,
Librarse puede de inspirar pasiones?
¿Y qué galán, con ella y sin testigo,
En palabras no muestra y en acciones
Lo que mayor castigo
No merece que duros sofiones?

Gozando Mobarec de mi privanza
No es además tan mísera persona
Que concebir no pueda la esperanza
De enamorar á quien ciñó corona.

MANTARA.

¡Cielos, lanzad sobre mi frente un rayo!
Así paga el cruel mi rendimiento.
Tal vez piensa que basta á mi contento
Recibir por marido á su lacayo.
Pero disimular ora conviene.
Mobarec, no te amo;
Tu amor, no obstante, á agradecer me inclino;
Ya mi perdón tu desvergüenza tiene;
Que intercede por tí tu augusto amo,
Y complacerle en todo es mi destino.

(Al paño.)

Nada á Zeyn del elixir declares,
Cuyo misterio reveló mi labio
Movido por la ira.

MOBAREC.

Callaré: mas alivia mis pesares.
De tu pasión por él venga el agravio,
Amando al fin á quien por tí suspira.

ZEYN. (Á Mantara)

Ora, bella Mantara, al contemplarte
Mi gratitud no acierto á ponderarte.

Ha sido gran proeza
Atravesar del bosque la maleza,
Llena de tigres, monos y serpientes,
Y llegar donde están los penitentes.
Ya que hasta aquí has llegado,
Vas á ver la gran fiesta de la diosa
Nari, que hoy se celebra en aquel prado,

(Señalando al lado derecho fuera de la escena.)

Con procesión y danza estrepitosa
De faquires y lindas devadasis.
También verás á la divina Sita,
Pronta á dejar el paternal oasis
Para acudir al Genio que la invita
Señora á ser del subterráneo mundo.

MANTARA.

Con respeto profundo
Las santas ceremonias ver espero.

MOBAREC.

Ya se escuchan las flautas y el pandero:
Ya llegan los santísimos varones
Bailando y entonando sus canciones.

(Mobarec, Zeyn y Mantara se van por el lado derecho del proscenio. Mutación de escena.—Lugar más ancho en una gran pradera. Vuelven á entrar Mobarec, Zeyn y Mantara, por el lado izquierdo. Entran después por el opuesto muchos faquires; unos cantan, otros bailan con extrañas contorsiones, otros tocan panderos, flautas, caracoles, bocinas y retorcidas trompas, otros encantan y fascinan serpientes enormes que se enroscan al cuerpo, y otros fingen herirse con puñales y alfanjes.)

MÚSICA.

CORO DE FAQUIRES.

Beso amoroso
Nara te dió
Y el universo
Luego nació.
¡Oh, Nari bella!
Virgen de amor,
Tú eres la madre
De la creación.

(Entra un coro de vírgenes devadasis con amplias, largas y cándidas estolas. Traen muchas flores en tirsos, corimbos, canastillos y guirnaldas.)

DEVADASIS.

Dieron tus labios
Al campo olor
Y luz tus ojos
Dieron al sol.
¡Oh, Nari, oh Diosa!
Virgen de amor,
Tú eres la madre
De la creación.

(Aparecen en larga fila los penitentes. En pos vienen más devadasis con dos aras portátiles. En la una va ardiendo el fuego sagrado: en la otra mana agua como de una fuente y cae en una taza.)

PENITENTES.

Nari es frescura,—Luz y calor.
De Nari el fuego—Y el agua son.

¡Oh, Nari bella, – Virgen de amor,
Tú eres la madre – De la creación!

(Entra por último nuevo coro de devadasis con palmas y ramos de laurel y de mirto. Algunas traen antorchas, otras turíbulos, con los cuales echan humo de incienso á la diosa Nari, cuya estatua llevan en andas. La bella *Sita* se mostrará en la procesión al frente de la estatua de la diosa. *Sita* estará vestida de blanco con suma sencillez patriarcal. La falda, abierta por los lados para que deje libre y descubierta la pierna, y el cuerpo mismo más defendido por la inocencia del alma que por la vestidura. Casi es inútil advertir que la actriz que represente á *Sita* ha de aparecer lo más bonita, joven y candorosa que ella pueda y sepa.)

SITA.

Una emoción dulcísima
Incítame á querer
La pompa y la hermosura
Que miro por doquier.
Amo la aurora fúlgida,
La delicada flor,
De estrellas, sol y luna
El vivo resplandor.
Mas tú, Nari, creaste
Cuanta hermosura ví:
Los suspiros del alma
Deben posarse en tí.

CORO Y SITA.

¡Oh, Nari! ¡Oh, Diosa!
Virgen de amor,

Tú eres la madre
De la creación.

(Mientras cantan Sita y el coro, las devadasis ofrecerán las flores y los ramos y palmas á la imagen, harán genuflexiones y reverencias, agitarán los turíbulos y echarán incienso. Podrán introducirse,.á par de estas devadasis de largas ropas, cuya danza será reposada y solemne, algunas bayaderas con trajes cortos que bailen con animación más profana. Durante el baile habrán llegado también varios brahmines con túnicas amplias y rozagantes. Entre ellos, como jefe, el sabio Casyapa, de luenga y blanca barba y con vara de marfil en la mano. Cesa la música.)

CASYAPA.

Sabed ¡oh, muy amados!
Que acerca del destino de mi Sita
Los oráculos tengo consultados;
Y la diosa me excita
Á que Zeyn la lleve á la morada
Donde, por sus virtudes celestiales,
Á ser está llamada
Emperatriz de genios inmortales.
Y aunque el joven Zeyn, que se la lleva,
Con ella está sujeto
Á una terrible prueba,
Yo, que saldrán airosos me prometo.
Por el favor divino todo es llano,
Y á fin de que se alcance
Este favor divino,
Daré á Zeyn, con arte sobrehumano,

La virtud que le libre de un percance
Mientras vaya con Sita de camino.

(Vuelven la música y el baile. Una de las principales devadasis se llega al ara en que está el agua; llena un vaso en la fuente, y va luego á Zeyn; hace tres círculos y otras tantas genuflexiones en torno de él, llevando el vaso levantado y vertiendo agua sobre su cabeza. Canta.)

DEVADASI 1.ª

Que en virtud del agua clara
Lave Nari y limpie Nara
De todo anhelo violento
Tu vehemente corazón.

CORO.

Que le llene el sentimiento
De una pura devoción.

(Otra devadasi principal va al ara donde está el fuego sagrado; enciende en él una antorcha; hace las tres genuflexiones y círculos en torno de Zeyn, y pasándole en seguida el fuego cerca de los labios, como si se los quemase, canta:)

DEVADASI 2.ª

Que purifique tu boca
Este fuego que la toca
Para que nunca profiera
Amante declaración.

CORO.

Que mejor la muerte quiera
Que tan gran profanación.

(Casyapa se acerca á Zeyn. Hace los círculos y genuflexiones con gran prosopopeya. Moja el extremo de la varita que lleva en la dies-

tra en un tarro de pomada que lleva en la siniestra, unta á Zeyn los párpados y canta.)

Que este sacro linimento
Impida que en tu mirada
Destelle la llamarada
De una terrena pasión.

CORO.

Muestre sólo el sentimiento
de la pura devoción.

(Se adelanta Sita por último. Hace también sus tres círculos y genuflexiones, y ciñendo á la cintura de Zeyn un misterioso cíngulo, canta:)

SITA.

Que pureza columbina,
Y toda virtud celeste,
Ceñido al talle, te preste
El bendito cinturón.

ZEYN.

La ceremonia divina
Da fuerza á mi corazón.
La inocencia y la hermosura
Que en tu seno veo lucir,
Sólo amistosa ternura
Deben al alma infundir.

CORO.

El rito augusto
Ya se cumplió,

Y al noble príncipe
Santificó.

(Termina la ceremonia.)

HABLADO.

ZEYN.

Con tan altas virtudes pertrechado,
Ya me siento mayor.
Fácil juzgo la empresa que he empezado.

MANTARA.

¡Admiro tu valor!

ZEYN.

(Á Mobarec.)

Tú á Bactra irás con la simpar Mantara;
Yo á Sita llevaré,
Según lo exige el Genio y lo declara,
Solos ambos y á pie.
Toma, Sita, el espejo que tu pura
Cándida imagen copia:
Mírate en él y cuida su hermosura
Que es de tu alma propia.

(Da á Sita el espejo.)

SITA.

Para seguirte estoy apercibida.
Señor, en tí confío.

Al destino sométese mi vida;
Al cielo mi albedrío.

CASYAPA.

Mis bendiciones recibid ahora.

(Extiende las manos sobre ambos peregrinos.

ZEYN.

Gracias, santo varón.

MANTARA.

(Acercándose.

¡Oh, Casyapa!

CASYAPA.

¿Qué quiere esta señora?

MANTARA.

También tu bendición.

(Se la da imponiendo sus manos.)

MANTARA.

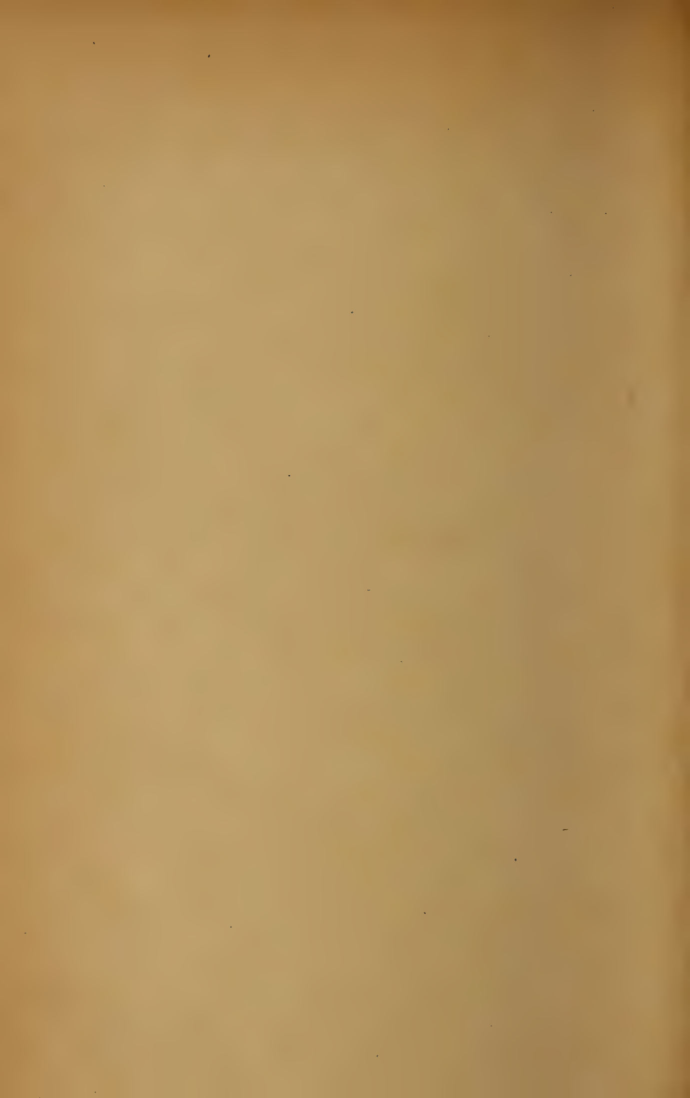
Con Mobarec y Barabar me voy.
Adios, noble Zeyn.
Arduo es tu empeño, y temerosa estoy
De que tenga mal fin.

(Sita y Zeyn se van por un lado, y Mobarec, Mantara y Barabar por otro.)

MÚSICA.

CORO.

¡Oh, Nari! ¡Oh, diosa!
Virgen de amor,
Tú eres la madre
De la creación.



ACTO TERCERO.

Bosque amenísimo. Es la hora del medio día; pero apenas penetran los rayos del sol por entre la frondosa enramada. Cantan los pájaros, suenan fuentes, cascadas y arroyuelos. Se oye música suave y amorosa. *Sita* duerme sobre un lecho de césped florido. *Zeyn* vela contemplándola. Se oyen voces de seres invisibles.

ESCENA PRIMERA.

ZEYN, SITA y voces de seres invisibles.

CORO.

Céfiro y flores
Hablan de amores.
El agua suena
Y dice: amad
En esta amena
Esquividad.

VOZ Á LA DERECHA.

Los pájaros cantan con dulce gorjeo;
Perfuma el ambiente la flor;
La bóveda espesa de fresca verdura
Mitiga la lumbre del sol.

VOZ Á LA IZQUIERDA.

Murmura la fuente durmiendo la niña:
¿Qué sabe la niña de amor,
Si hiere á mansalva su púdico seno,
Si toca en el alma su voz?

VOZ Á LA DERECHA.

Ya brota en el alma la célica llama,
Esencia ignorada del Dios;
Y el Dios, cual la aurora despierta las aves,
Despierta sencilla pasión.

VOZ Á LA IZQUIERDA.

¡Ah, Sita! Tú duermes y forjas ahora
Soñada, divina ilusión:
Despierta, despierta, que el mundo te ofrece
Delicias, ventura mayor.

ZEYN.

Invisibles cantores,
Bien conocéis vosotros mi deseo.
Sita me inspira amores.
Imposible ya creo
Cumplir lo prometido.
Mi corazón la ama.
Si ella siente por mí la misma llama,
El lance está perdido:

Más prefiero perder y ser amado
Á ganar desdeñado.
Cuán linda estás en tu tranquilo sueño,
¡Dulce bien, luz de amor, hermoso dueño.

La beldad que soñé
Al cabo miro en tí.
Tú eres la que yo amé
Con ciego frenesí.
Antes de verte
Yo te adoraba:
Por tí en la muerte
Sólo pensaba.

Ora que te veo,
Sita celestial,
De amante deseo
Objeto real,
Despierta, despierta:
Mi tierna pasión
Hoy llama á la puerta
De tu corazón.

HABLADO.

SITA. (Despertando.)

¿Me llamabas, amigo?

ZEYN.

No, Sita.

SITA.

Pues soñé que me llamabas.

ZEYN.

En el repuesto abrigo
De esta verde floresta
Reposo al cuerpo fatigado dabas
En las ardientes horas de la siesta;
Y yo en silencio tu dormir veía,
Que las aguas y el viento susurrando
Y las aves cantando
Arrullaban con mansa melodía.

SITA. (Con tristeza.)

El despertar me roba de la mente
Multitud de quimeras.

ZEYN.

¿Tan mala es la realidad presente
Que tu soñar prefieras?

SITA.

¡Ah! no, Zeyn. Ya sabes que me agrada
Peregrinar, vivir bajo tu amparo:

Mas pronto del preclaro
Zacubulú veremos la morada...

ZEYN.

Y tú reina de genios inmortales
Serás, y yo, infelice,
He de dejar de verte... (Pausa.)
Pues vengan sobre mí todos los males.
La promesa que hice
No he de cumplir aunque me den la muerte.

SITA.

¿Qué está diciendo? ¡Cielos!

ZEYN.

Digo que yo me imaginé más fuerte,
De corazón más frío;
El amor y los celos
Los tiranos son ya del pecho mío.

SITA.

Tal vez un numen que tu mal desea,
Para hacerte caer en el pecado,
El sentimiento te infundió y la idea
Que tu labio ha expresado;
Flaqueza fugitiva
Que vencerá tu voluntad altiva.

ZEYN.

No fugitivo, sino eterno fuego
Mi corazón devora;
No hay más numen que turbe mi sosiego
Que la beldad de Sita encantadora.

SITA.

Considera que al Genio soberano
Que en tu lealtad confía
Faltando estás. ¿No temes de su mano
Una venganza impía?

ZEYN.

Yo sólo temo ya que me desdeñes
Y que no diga un sí tu fresca boca.

SITA.

Desvelado no sueñes
Con la esperanza loca
De ser rival y vencedor del numen.

ZEYN.

Ya lo entiendo. A un mortal tú le prefieres.
¡Ay de los que presumen
Capaz el corazón de las mujeres
De amar como nosotros las amamos!

SITA.

Engáñaste, Zeyn. De nuestra vida
La esencia es el amor, y por él damos
Todo el bien á que el mundo nos convida
Ó que fuera del mundo imaginamos.

ZEYN.

Pues entonces será que no te inspiro
Ese amor... ¿No es verdad?

SITA.

Fingir no puedo
Ya, ni disimular... por tí suspiro...
Te amo; mas por tí mismo tengo miedo.

ZEYN.

Ya ni á los dioses en audacia cedo.
Vencidos tus desdenes,
Confesando tu boca purpurina
El amor que me tienes,
Mi humana condición haces divina.

MÚSICA.

ZEYN.

Deja que admire extático
Tu cándida hermosura.

Jamás mayor ventura
Los dioses pueden dar.

SITA.

Irresistible, enérgico,
Brotó en el pecho mío
Amor que en vano ansío
Y lucho por callar.

LOS DOS.

Pronuncie el labio trémulo
De nuevo el sí anhelado,
Y luego al Genio airado
Sabré desafiar.

(Zeyn cae de rodillas á los piés de Sita, le toma las manos y se las besa. Un instante después se levanta y la estrecha entre sus brazos fervorosamente. En el momento se obscurece el aire como en la más profunda noche. Relámpagos deslumbradores. La selva parece que arde por todos cuatro costados. Truenos prolongadísimos y horribles.)

SITA.

Como Damayanti
Al príncipe Nal,
Zeyn, yo te amo
Del Genio á pesar.
Como Damayanti
Sabrá desdeñar
A los dioses Sita,

Y á tí te amará.
Si el Genio con rayos
Me viene á matar,
Morir en tus brazos
Mi gloria será!

ZEYN.

No temo del Genio
La rabia infernal;
Con cielos y abismos
Me atrevo á luchar.

SITA.

Te amo.

ZEYN.

Te adoro.
Valor sin igual
Me prestas: de todo
Me siento capaz.

LOS DOS.

Como Damayanti
Y el príncipe Nal,
Mi alma y la tuya
Amándose están.
Si el Genio con rayos
Me viene á matar,

Morir en tus brazos
Mi gloria será.

(Se oye un ruído temeroso de armas. Aparecen de repente extraños y fantásticos bandidos, que se precipitan furiosos sobre Zeyn y su amada. Zeyn desnuda el acero y riñe valerosamente contra todos, defendiendo á Sita que guarda á sus espaldas. Durante el combate sigue la tempestad. Por último, cae herido Zeyn. Los bandidos se apoderan entonces de Sita y se la llevan con rapidez.)

ESCENA II.

Largo momento de calma y silencio. ZEYN solo y postrado en tierra.

ZEYN.

¡Genio desapiadado!
Pues me robas mi bien, morir anhelo.
Herido y afrentado
Y sin ella, la muerte es mi consuelo.

(Dichas estas palabras, cae Zeyn como en un letargo. Se abre la tierra y baja por escotillón.)

ESCENA III.

La misma decoración de la Sala del Tesoro en el acto segundo, salvo que el nicho grande, que antes estaba descubierto, está cubierto ahora con un velo muy tupido. Entran la Reina Budí, sus dos esclavas favoritas, Mobarec, Barabar y Mantara.

HABLADO.

BUDÍ.

Os he traido á este sitio
Porque sé que en breve rato
A Zeyn Zacubulú

Hará llegar á mis brazos.
Según el Genio me dice,
En sus últimos despachos,
No salió Zeyn airoso
Del empeño que contrajo;
Pero el Genio le perdona,
Que al fin es de genio blando,
Y con la novena estatua
Se allana á hacerle un regalo.
Ya debe de estar oculta
Detrás de ese velo mágico,
Que tan sólo de mi hijo
Puede descorrer la mano.

MANTARA. (Á Mobarec.)

Comprendo que en su propósito
Zeyn quedase burlado.
La continua convivencia
Y el constante íntimo trato,
Que facilita y promueve
Entre dos un viaje largo,
Á las más firmes y austeras...

MOBAREC.

¿Te arrepientes?

MANTARA.

Nada gano
Con arrepentirme ya;

Pero pensaré despacio,
Si mi frustrada ambición
Y si mi afecto burlado,
Á falta de un rey, consuelo
Hallarán en un vasallo.

(Se oye un ruído subterráneo. Simultáneamente se estremecen los muros de la estancia, vacilan las estatuas en sus pedestales y parece que todo se va á hundir como en un gran terremoto.)

BARABAR.

¡Dioses, piedad! Nos hundimos.

MANTARA.

¡Qué horror!

BUDÍ.

¡Qué asombro!

MOBAREC.

¡Qué pasmo!

(Zeyn aparece filtrándose á través del muro. Todo vuelve á la serenidad y al reposo.)

ESCENA IV.

Dichos y ZEYN.

MANTARA.

Aquí está Zeyn.

MOBAREC.

¡Señor!

BUDÍ.

¡Hijo! ¿Por dónde has entrado?

(Zeyn abraza á su madre y saluda tristemente á los demás.)

ZEYN.

Aquí los gnomos me traen
Por caminos subterráneos,
Con la rapidez eléctrica
Del terremoto y del rayo.
Mis heridas materiales
Ellos al punto curaron:
Mas la herida de mi alma
Me matará en breve plazo.
¡Ay, madre! El rey de los Genios
Fieramente se ha vengado.
Á la mujer de mis sueños
Me hizo buscar sin descanso:
La hallé, la amé, y el maldito
Mi dulce amor ha robado.

BUDÍ.

¡Hijo! Tal vez te consuele
Lo que el Genio te dé en cambio.

ZEYN.

Déme la muerte, y así
Me dejará consolado.

BUDÍ.

Te da la estatua novena
En cumplimiento del pacto.

ZEYN.

¿Me da la estatua? Pues voy
Al punto á hacerla pedazos.
La muerte luego yo mismo
Me daré.

(Armase Zeyn de una clava ponderosa que habrá en un montón de armas. Se lanza hacia el nicho grande. Tira del velo y le descorre con la mano izquierda, mientras va á dar el golpe con la clava que lleva en la derecha. La bella Sita aparecerá en el nicho ya descubierto, con el traje blanco de siempre, pero coronada de azahar, con velo de desposada y muchos diamantes, esmeraldas y rubíes. En la mano tendrá el espejo mágico.)

SITA.

¡Detente, ingrato!

(El nicho bajará lo bastante para que Sita pueda descender sin brinco y con la majestad debida. Zeyn tira al suelo la clava y estrecha á Sita entre sus brazos.)

ZEYN.

¡Prenda del alma!

SITA.

¡Rey mío!

SITA Y ZEYN.

¡Gracias, gracias, cielos santos!

BUDÍ.

Á tu excesiva soberbia,
Á tu orgullo sobrehumano
Zacubulú por castigo
Momentos dió muy amargos:
Mas ya el amor de tu alma
Quiere premiar, realizando
El ideal de hermosura,
Constante objeto, fin alto,
Adonde el vuelo encumbrabas
Lo vulgar menospreciando.

ZEYN.

Mi ambición, mi bien, mi gloria,
Todo en Sita está cifrado.

MOBAREC.

¡Qué viva Zacubulú!

MANTARA.

¡Vivan los enamorados
Esposos!

BUDÍ.

(Abrazando á Sita y á Zeyn.)

¡Vivan mis hijos
Felices y largos años!

(Zeyn, Sita, Mobarec y Mantara se dan las manos y cantan.)

MÚSICA.

Si las perlas y el oro
Tienen valor,
Lo mejor del Tesoro
Es el amor.

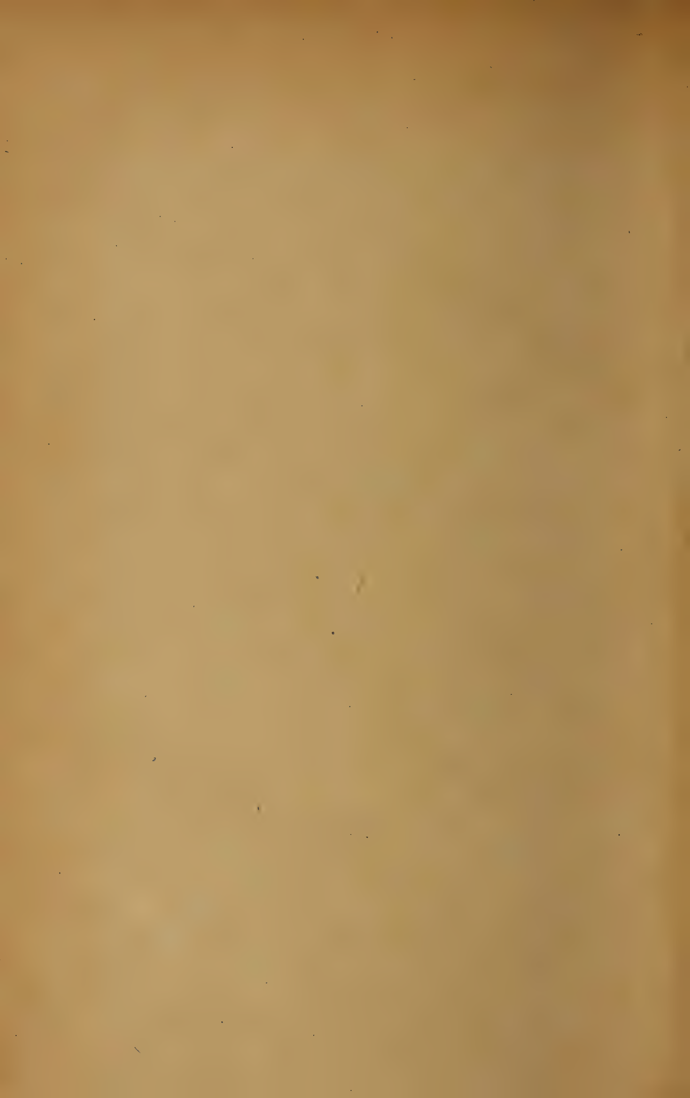
(Aparecen los gnomos, que son unos enanillos con luengas barbas, mandiles y martillos de herreros. Los gnomos deben estar representados por niños. Acuden las salamandras y las ondinas, espíritus elementales del fuego y del agua, y tejen una danza con los gnomos.)

CORO GENERAL.

Si las perlas y el oro
Tienen valor,
Lo mejor del Tesoro
Es el amor.

Madrid, 1878.

GOPA





GOPA.

DIÁLOGO FILOSÓFICO EN TRES CUADROS.

CUADRO I.

La escena es en la ciudad de Capilavastu: 593 años antes de Cristo.

Interior del magnífico palacio del Príncipe Sidarta. Es de noche. Cámara del tálamo, iluminada por una lámpara de oro.

GOPA.—PRATYAPATI.

PRATYAPATI.—Los más vigilantes siervos del Rey Sudonán rondan en torno de este palacio. Las puertas de la ciudad están defendidas. No se irá. Es menester que no se vaya. Sin él ¿que será de nosotras? Con igual vehemencia le amamos, aunque de manera distinta. Yo le amo como si fuera mi hijo. Cuando, á poco de darle vida, murió su madre Maya Devi, por encargo suyo quedó Sidarta á mi cuidado. No quisieron los dioses que ella viviese, para que no padeciera lo que nosotras padecemos hoy.

Gopa.—Inmenso dolor nos agobia. ¿Por qué anubla su hermosa frente irremediable tristeza? ¿Por qué desea abandonarnos? ¿Qué falta, qué mengua encuentra en mí? Yo le hubiera preferido á los dioses, como Damayanti prefirió á Nal. Mi ventura se cifra en obedecerle con humildad y en ser toda suya. ¡Ingrato! Su corazón insaciable no logra aquietarse en mi amor. Su noble cabeza jamás reposa tranquila sobre mi seno. Ya no me ama. Me juzga indigna de su cariño.

Pratyapati.—No te atormentes, ¡oh, Gopa! Sidarta te ama. Para él eres tú el ser predilecto entre todos los seres. Pero de amor nace su pena. Amor es su martirio. Amor le devora, creando en su alma una piedad infinita, que no consiente ni deleite, ni goce, ni paz tan sólo. Todos los males de la vida pesan sobre su corazón, que abarca en su afecto la vida de los tres mundos. Amor, primogénito de la naturaleza, por una fatal expansión de su esencia divina, dió ser á cuanto vive; y con la vida nacieron el dolor, la pobreza, la enfermedad y la muerte. Se diría que Sidarta es la encarnación, el avatar de Amor, que llora y lamenta haber creado la vida; que padece en sí cuanto todo ser que tiene vida padece, y que anhela retrotraer la vida á la nada para que el padecimiento acabe.

Gopa.—Efímera es la vida: el padecimiento que de ella nace debe de serlo también.

PRATYAPATI. – No, Gopa; la vida no tiene término. La muerte es cambio, no fin. Arrastrados en la perpetua corriente, mudamos de forma, pero no de esencia, la cual renace ó reaparece siempre para el dolor. En este sentido, los dioses, los asuras y los hombres son igualmente inmortales.

GOPA. – ¿Y no hay ningún dichoso?

PRATYAPATI. – Ninguno. La infelicidad es la primera condición de la vida.

GOPA. – ¿Y por qué Amor creó la vida, y la infelicidad con ella?

PRATYAPATI. – Porque Amor no fué libre. Como del sol brotan los rayos, como el agua mana de la fuente, así de Amor brotó y manó la vida. Sólo movido de compasión sublime, en virtud de un esfuerzo superior á lo humano y á lo divino, recogiéndose en sí con abstracción portentosa, logrará Amor recoger también en sí la vida y darle quietud eterna.

GOPA. – Veo que piensas como Sidarta. Aplaudes, sin duda, su propósito que yo no comprendo.

PRATYAPATI. – Hasta cierto punto pienso como él; pero su propósito es audaz, me parece irrealizable, y por audaz é irrealizable no le aplaudo. Si él estuviese llamado, como cree, á ser el libertador de los hombres, yo vería y haría con gusto cuantos sacrificios hay que hacer para lograrlo.

GOPA. – ¡Oh, Pratyapati! ¡Cuán encontrados sen-

timientos son los nuestros! Si tú le amas como madre, yo, como esposa, como mujer enamorada, le amo. Este modo de amar es menos fuerte, por lo común, que el amor de madre. En el amor de madre hay mucho que nace de las entrañas y que allí se arraiga. Por eso, no ya las mujeres, sino las mismas fieras, aman á sus hijuelos. La mujer enamorada de un hombre, cuando sólo le ama con el amor de las entrañas, no le ama más que le ama su madre; pero cuando le ama también con el amor del espíritu, le ama mil y mil veces más que la madre más amorosa; le idolatra; le mira como á un dios; tiene fe en él; le cree capaz de todo lo grande y de todo lo bueno; piensa que de la voluntad de él, que es ley para ella, han de nacer el milagro, el bien y la bienaventuranza para todos. No sé, no comprendo el propósito de Sidarta; pero sé y comprendo que será bueno su propósito, y que le logrará, si quiere. Si para que le logre he de hacer yo el mayor sacrificio, pronta estoy á hacerle.

PRATYAPATI. — ¡Oh, desventurada y débil mujer! ¿Qué mísera resignación es la tuya? Tú sola puedes detener al Príncipe con la deleitosa cadena de tu afecto; mas la veneración que el Príncipe te inspira, te excita hasta romper esa cadena. La violencia no bastará á retenerle; pero si tus blancos y suaves brazos le cautivan, ¿cómo te apartará de sí para ir á donde sueña que su vocación le está lla-

mando? El Rey pone en tí su esperanza. No la defraudes. Retén á Sidarta con el hechizo de tu amor y de tu hermosura. No le dejes partir... Siento pasos. Sidarta viene. No quiero que me encuentre aqui. Ánimo, ¡oh, Gopa!

(Se va Pratyapati.)

GOPA. – Ánimo... para detenerle no me falta; no le necesito. Para dejarle partir he menester de todo mi valor.

(Entra el príncipe.)

SIDARTA (abrazando á Gopa). – ¡Esposa mía!

GOPA. – Dime la verdad. ¿Me amas aún?

SIDARTA. —Te amo más que nunca.

GOPA. – ¿Por qué, entonces, estás inquieto, triste y como desesperado? ¿Por qué no se aquieta en mí tu voluntad?

SIDARTA. – Si no te amase, mi voluntad no se aquietaría en tí, porque buscaría más alto objeto de su amor. Amándote, no se aquieta tampoco, porque teme perderte. En breve plazo nos separará el destino, y renaceremos bajo nuevas formas para no volver acaso á encontrarnos jamás. Y no nos separaremos en la plenitud de la hermosura y de la fuerza, jóvenes y robustos aún, sino tal vez marchitos por la vejez y sobrecargados de disgustos y enfermedades. Esto hará que el afecto que hoy nos tenemos se trueque en desvío y en horror, ó dé origen á una piedad dolorosa. Pero aunque

tú y yo ¡oh, hija de Dandapani! lográsemos revestirnos de juventud perpetua y disfrutar perenne salud, viviendo unidos y enamorados siempre, nunca seríamos felices, como no fuésemos egoistas. El dolor de cuanto respira, el padecer de cuanto alienta, la muerte de cuanto vive y el espantoso espectáculo de la miseria humana, acibararían nuestra ventura, ó nos harían indignos de gozarla por la dureza de nuestros pechos sin compasión y por la sequedad de nuestros ojos sin lágrimas.

GOPA.—Tus razones son tan poderosas para mí, que no sé cómo responder á ellas. Si algún engaño contienen, no seré yo quien te saque del engaño; caeré en él contigo. Es cierto; lo sé por experiencia propia; no hay dicha cumplida. Ni cuando tú, violentando la dulce modestia de tu condición y prestándote al capricho de mi padre, te presentaste á competir con mis pretendientes, y en la lucha, en la carrera, en disparar flechas y en esgrimir las demás armas, los venciste; ni cuando me revelaste que me amabas; ni cuando toda yo fuí tuya; ni cuando sentí en mi seno agitarse viva tu imagen; ni cuando alimenté á nuestro hijo con la leche de mis pechos; ni cuando, sentado en mi regazo, aquel claro descendiente de Gotama respondió por vez primera á mi sonrisa con su sonrisa y atinó á pronunciar tu nombre y el mío, nunca dejaron de acibarar mi contento el temor de

perder el bien que le causaba y la consideración de que nuestro contento y nuestro bien eran privilegio odioso, eran contravención de la ley que condenó á los hombres á general infortunio. Pero dime; si me amas, ¿nuestro infortunio no será mayor separándonos? ¿Por qué, pues, me huyes? Afirman que nos quieres abandonar á todos. ¿Qué propósito llevas? Porque el dolor sea general y necesario, ¿hemos de acrecentarle por nuestra voluntad, como le acrecentarás si nos abandonas?

SIDARTA.—Bien sabes, hermosa nieta de Iksvacú, que por mi voluntad no se ha derramado jamás una sola lágrima. ¿Cómo había yo de darte voluntariamente el pesar más pequeño? Jamás me apartaría yo de tu lado, si esto me fuera lícito; pero no debo ocultártelo por más tiempo: un deber imperioso me impulsa á ir lejos de tí.

GOPA.—¿No te alucina, no te extravía ese deber?

SIDARTA.—No es posible que me alucine. Mi resolución no ha sido súbita, sino nacida de largas y profundas meditaciones. Yo quiero y puedo libertar á los hombres de la miseria, del dolor y de todos los males; mostrarles el camino de la redención, redimiéndome yo mismo. Mi inteligencia, abstrayéndose de todo, desdeñando los deleites ilusorios con que nos brinda el Universo, en la contemplación de sí propia, en el éxtasis, irá poco

á poco alcanzando la suprema sabiduría, elevándose por cima de los dioses y de los asuras, adquiriendo un poder mágico que rompa la ley fatal del encadenamiento de las causas; y, por último, llegada al colmo de su brío, realizada toda la virtud de su esencia, se extinguirá para siempre, como se extingue la llama cuando da al mundo toda la luz y todo el calor que están en ella latentes. Mi vida será así ejemplo y dechado para los que aspiren, como yo, á salir de la esfera tempestuosa de la vida y de las mudanzas sin fin, y busquen la paz eterna. Obra fatal de Amor, efusión de su esencia divina fué este Universo tan lleno de dolor. Sean obra reflexiva de Amor el aniquilamiento, el silencio y el reposo que nos salven del tumulto y de la guerra. Limitación y mengua son el fundamento de nuestra vida como individuos. Rompamos el límite, completemos el ser para que no tenga mengua alguna, y entonces nuestra existencia sin límites y entera, sin mengua ni falta, será como si no fuese.

Gopa.—El fin á que caminamos es para los ojos de mi mente tenebroso como el abismo. Como en el abismo, hay en él algo que me seduce y que me atrae. No penetro, sin embargo, lo que puede ser este fin; pero los móviles que á él te llevan son generosos, admirables, dignos de tu alma. Sidarta mío, aun cuando fuese errada la di-

rección que llevas, es tan noble el impulso que por ella te ha lanzado, que, lo presiento con orgullo, las generaciones futuras por siglos y siglos habrán de bendecirte y ensalzarte como al más glorioso de los hombres. Mil tribus, naciones y pueblos seguirán tus huellas y aprenderán tu doctrina. Por mi amor de esposa, por el amor que tengo á nuestro hijo, quisiera oponerme á tu empresa y retenerte á mi lado; pero el amor de tu gloria, que reflejará en mí y en tu hijo, me mueve á no impedir tu partida, aunque el impedirla estuviera á mi alcance. Ve, pero llévame contigo. Déjame primero compartir tus trabajos y después tu triunfo.

SIDARTA.—No puede ser. Debo partir solo.

GOPA.—Mi corazón se deshace de dolor, pero me resigno devotamente. ¿Y cuándo, bien mío, ha de ser tu partida?

SIDARTA.—En el instante, ¡oh, hermosa nieta de Iksvacú! Estamos en la mitad de la noche. Mira al claro cielo. ¿Ves aquella luz que brilla en Oriente? Es mi estrella, que se levanta para iluminarme y guiarme. Chandac, mi escudero, tiene enjaezados los caballos. Los que guardan la puerta oriental de Capilavastu, por donde ya asoma mi estrella, están ganados y me dejarán partir. Queda en paz, ¡oh, Gopa!

GOPA.—¡Oh, señor del alma mía! Tu esclava gemirá abandonada por tí mientras viviere. Si no

lo repugnas, ya que no á la mujer querida, concede el último favor á la madre de tu hijo. Sella mi rostro con tus labios.

(Sidarta besa á Gopa en silencio. Gopa le estrecha en sus brazos y le besa también. Sidarta se desprende de ella con suavidad y huye. No bien Sidarta desaparece, Gopa cae desmayada.)

CUADRO II.

Sigue la escena en la ciudad de Capilavastu: 593 años antes de Cristo.

Es de día. La misma cámara del tálamo.

GOPA y PRATYAPATI.

PRATYAPATI. – Quiero decírtelo, aunque sea dura contigo. No; tú no le amas, ya que estaba en tu mano detenerle y le dejaste partir.

GOPA. – Él es mi señor; yo, su sierva. No estaba en mi mano detenerle. Su voluntad es firme y superior á todos mis halagos; pero, aun pudiendo yo detenerle, no le hubiera detenido.

PRATYAPATI. – ¿Por qué? ¿Acaso crees en su doctrina?

GOPA. – Yo creo en el impulso magnánimo que le mueve, y esto me basta; creo en su dulce compasión por todos los seres; en su amor á los hombres, á quienes mira como á hermanos, sin distinción de castas, y en su deseo vehemente de ense-

ñarles el camino de la virtud y de la paz. Sólo no creo en una cosa de las más esenciales que él afirma; y si de esto dudo, ó más bien, si esto niego, es por lo mucho que le amo. ¿Cómo he de creer yo en nuestra incurable miseria, en nuestro inconsolable dolor, y en que la actividad de la mente es don funesto, cuando, en el colmo de mi amargura, abandonada por él para siempre, todavía vale más el recuerdo de la dicha alcanzada y de la honra obtenida en ser suya, que todo el pesar del abandono en que me deja? ¿Cómo he de creer que la vida es un mal, cuando veo y columbro la suya, que ha de ser fuente de tantos bienes? ¿Cómo he de apreciar en poco la vida, cuando el precio infinito de la vida de él bastará para el rescate del linaje humano? ¿Cómo he de llamarme infeliz y no bienhadada, si el fruto de su amor vive en nuestro hijo, si la gloria de su nombre me circundará de fulgores inmortales, y si el recuerdo de que ha sido mío, de que le he tenido á mis plantas, idolatrándome, embelesado en la contemplación de mi belleza, á par que lisonjea mi orgullo, es inagotable manantial de consuelo para mi alma?

PRATYAPATI. — No es hondo el dolor que tan fácilmente halla consuelo. No: tú no le amas.

GOPA. — Quien no ama ni entiende de amor eres tú, Pratyapati. Porque le amo, en el mismo dolor hallo consuelo, y no sólo consuelo, sino deleite y

gloria. Y mientras el dolor es más intenso, es la dulzura más grata. Padecer por él, llorar por él, verse condenada por él á soledad horrible y á viudez prematura, es sacrificio santo que hago en aras de su amor y que encierra una virtud beatificante. Tú estás más prendada de su doctrina que de su persona. Yo adoro su persona, y en parte desecho su doctrina. Por amor suyo la desecho. No es funesto don la luz de mi inteligencia, ya que alumbra su imagen; no es funesto don mi memoria inmortal, ya que su recuerdo vive en ella. Abomino del reposo, de la extinción que él busca y desea, y prefiero un tormento sin fin, con tal de que viva en mí el rastro del amor que me tuvo. Bajo la presión de mis penas dará mi amor su más balsámico aroma, embriagándome el alma, como huelen mejor las hierbas y las flores de la selva cuando el villano al pasar las ofende y las pisa.

PRATYAPATI. — Perdóname, ¡oh, enamorada mujer! Bien presumía yo que le amabas; pero quería medir la energía de tu amor. La he negado, para cerciorarme de ella, oyendo tus palabras. Todavía tienes que pasar por un amargo trance, y ansiaba yo conocer el brío que hay en tí para sufrirle.

GOPA. — Antes de su abandono, antes de que esta desgracia me hubiese herido el alma, la imaginación medrosa me fingía mayor la pena que iba á sobrevenir, y me menguaba los medios de consue-

lo. Ahora nada hay ya que me aterre. El bien que he gozado y perdido mitiga y aun endulza con sus dejos toda la amargura del mal presente. Mi corazón es cual vaso que ha contenido un licor oloroso y de sabor gratísimo. El licor se ha derramado, pero lo más substancial y rico que en él había quedará para siempre en el fondo del vaso é incrustado en sus paredes interiores, y trocará en miel el acíbar que en él se ponga, y en bálsamo el veneno.

PRATYAPATI. – Me tranquilizo al notar que el amor que tienes á Sidarta te da energía para sufrirlo todo. Sabe, pues, que fué en vano que el Rey enviase en su persecución á sus más fieles servidores. No han podido dar con él. Sidarta se ha perdido en el seno de impenetrable y sombría floresta. Allí no es ya el Príncipe Sidarta, sino el áspero penitente Sakiamuni. Su elegante traje le trocó por el traje de un mendigo. La negra y rizada cabellera que ceñía sus cándidas sienes, formando undosos y perfumados bucles, se la cortó él mismo, y te la envía como último presente. El escudero Chandac tiene el encargo de entregártela, y ya se adelanta á cumplirle, si le dejas penetrar hasta aquí.

(Gopa hace seña de que entre, y entra Chandac, trayendo en un plato de oro la cabellera de su señor.)

GOPA (tomando en sus manos el plato de oro y colocándole sobre el tálamo.) – ¡Cuántas veces, amados cabellos,

cuando estábais aún prendidos en su cabeza, os besaron mis labios y os acariciaron mis manos! Ya estáis muertos y separados de él. Estáis muertos porque no tenéis memoria y no le recordáis. Yo también, separada de él como vosotros, arrancada de él como la flor de su tallo, carecería de vida, si mi vida no fuese su recuerdo.

PRATYAPATI.—¿Y por qué no también la esperanza de que volverás á verle?

GOPA.—Porque el recuerdo es verdadero y leal, y la esperanza falsa y engañosa; porque el recuerdo evoca para mí á Sidarta, enamorado, tierno, humano conmigo; todo él para mí, y toda yo para él; mientras que la esperanza me niega para siempre á Sidarta, y sólo me ofrece ahora á Sakiamuni, y más tarde, cuando Sakiamuni alcance su última victoria, á un ser incomprensible, más luminoso que los astros y mayor en poder que los dioses, pero inferior á Sidarta, joven, hermoso y enamorado.

PRATYAPATI.—¡Pero Sidarta será el Budha libertador de los hombres!

GOPA.—Jamás el Budha valdrá para mí lo que Sidarta valía. Reniego de la libertad que el Budha me dé y la trueco mil veces por la esclavitud con que Sidarta me esclavizaba. Doy la fría calma que la doctrina del Budha me proporcione por la agitación y la guerra amorosa que con las caricias, los

rendimientos, los celos, la ausencia y hasta los desdenes de Sidarta me han perturbado y atormentado.

CUADRO III.

La escena es en la ciudad de Francfort sobre el Mein, 1866 años después de Cristo y 2488 después de Budha.

Habitación del Dr. Seelenführer. Es de noche. Una lámpara de petróleo ilumina la estancia, donde hay mucho librote.

El Dr. SEELENFÜHRER y el AUTOR.

AUTOR.—Aseguro á usted, mi querido Dr. Seelenführer, que cada día estoy más encantado de haber contraído con usted estas relaciones amistosas. Oyendo á usted comprendo el movimiento intelectual de Alemania en lo que tiene de más hondo, y, por consiguiente, el de toda Europa, porque (¿cómo no confesarlo?) Alemania es nuestro Norte en ciencias y en filosofía, casi desde Leibnitz, y sobre todo desde Kant. Usted es un resumen vivo de cuanto ahora se sabe ó se supone que se sabe; usted es un sabio á la última moda. Todo esto me divierte mucho, porque no puede usted figurarse lo aficionado que soy á la filosofía; pero confieso que hay dos cosillas que me afligen.

SEELENFÜHRER.—Dichoso usted, á quien sólo afligen dos cosillas. ¡A mí me afligen y me desesperan todas!

AUTOR.—Pues justamente es esa una de las cosillas que me afligen: el que á usted le aflijan todas y le desesperen. De lo que antes yo gustaba más, en la filosofía alemana, era del optimismo. Desde el Dr. Pangloss hasta hace poco (al menos yo así lo entendía), han venido siendo optimistas los grandes filósofos. El ser llorones se dejaba á los poetas exóticos, como Byron y Leopardi. En Alemania, ni los poetas siquiera eran quejumbrosos y desesperados. En el más grande de todos, en Goethe, celebro yo con singular contentamiento cierta alegría reposada y majestuosa y cierta olímpica serenidad. Pero ¡amigo mío! ¡cómo ha cambiado todo! Lo que ahora priva es la filosofía de la desesperación. La poesía la precedió en este camino, el cual, seguido poéticamente, confieso que me encantaba. Cuando yo era mozo y estudiante, ¿quién no hacía versos desesperados? Los versos desesperados eran como blasfemias y reniegos de las personas atildadas y cultas. Había uno perdido al juego la mesadita de 30 ó 40 duros que le enviaba su papá; había estudiado tan poco que había salido suspenso y le habían dejado para el cursillo; la hija de la pupilera, ó la pupilera misma, le había plantado y preferido á otro

huésped; en cualquiera de estos casos, ó de otros por el estilo, leer ó hacer versos desesperados á lo Byron, á lo Leopardi ó á lo Espronceda era un desahogo, con el cual se quedaba sereno el vate ó genio en agraz, y comía luego con más apetito que nunca. El asunto es mil veces más serio en el día. La desesperación no se muestra en jaculatorias y raptos líricos más ó menos elegantes y poco metódicos, sino que se deduce de todo un sistema dialéctica y sabiamente construído. Confiese usted que esto es lastimoso. Si el término del progreso no es la desesperación momentánea, poética y romántica de un poeta impresionable, sino la desesperación reducida á reglas y demostrada como una serie de teoremas de Geometría, convenga usted en que debemos maldecir el progreso. Aquí tiene usted, pues, las dos cosillas que me afligen. Los dos artículos principales de mi fe filosófica quedan destruídos con la filosofía á la moda: la fe en el optimismo y la fe en el progreso. ¿No sería puerilidad ridícula alegar como prueba del progreso el que vamos ahora en ferrocarril ó en tranvía, en vez de ir á pie ó á caballo; el que los retratos en fotografía salen baratos; el que se teje con prontitud y primorosamente por medio de máquinas de vapor, y el que enviamos á decir á escape lo que se nos antoja por medio del telégrafo, si en lo esencial estamos de un modo sistemá-

tico, pertinaz y dialéctico, desesperados y dados á todos los demonios?

SEELENFÜHRER.—¿Y por qué ha de ser puerilidad ridícula? ¿Quién que penetre en lo esencial cree que el progreso pasa de los accidentes á la esencia? El telégrafo, el vapor, la fotografía, los cañones rayados, son, pues, el progreso.

AUTOR.—Yo entendía, sin embargo, que el objeto y fin de la filosofía era la bienaventuranza, y el término del progreso la perfección del hombre hasta llegar á la bienaventuranza deseada: á su ideal, en el sentido más lato. Así, pues, no puedo convencerme de que caminamos hacia la bienaventuranza cuando veo que no sólo estamos desesperados, sino que es tonto probadísimo, hombre ajeno á la filosofía, acéfalo ó microcéfalo incipiente el que no se desespera.

SEELENFÜHRER.—Esa desesperación, hoy más vivamente sentida que en otras edades, es la prueba más clara del progreso. Cuando el viandante va acercándose al fin de su jornada, pica y da de espuelas á su caballo para acabarla pronto y descansar. Así el progreso, que va caballero en la humanidad, la pica y la espolea para que llegue y se repose cuanto antes.

AUTOR.—¿Y cuál es la posada á donde el progreso nos lleva?

SEELENFÜHRER.—Nos lleva á la nada; al fin del

Universo y de toda la vida; á la extinción del egoismo y al triunfo del amor, que es la muerte. No le quepa á usted la menor duda: la ciencia llegará á poder destruir toda esa pesadilla horrible del Universo, que es lo que nos conviene. En el no ser nos aquietaremos todos y cesará esta lucha incesante por la vida que traemos ahora, ya valiéndonos de la fuerza, ya de la astucia. ¡Cesará el dolor y se extinguirá el deseo! ¡Qué paz tan hermosa!

AUTOR.—Guárdesela usted para sí, que yo no la quiero.

SEELENFÜHRER.—Pues no hay otro remedio. Para todos vendrá. Es el único fin de nuestros males. La *idea* de Hegel, después de llegar á su total desenvolvimiento, por medio de mil y mil evoluciones y determinaciones, se replegará sobre sí misma con toda la plenitud del ser, sin algo que la limite y determine, y será el no ser. La esencia de los krausistas se realizará toda, y la realización de la esencia será la nada. La *voluntad* de Schopenhauer, este prurito, este amor primogenio, que lo ha sacado todo de sí, como representación y fantasmagoría, dará fin á la representación trágica de la vida, y lo volverá á encerrar todo en sí. Mientras llegue este día dichoso, en que ha de acabar la vida, crea usted que los adelantamientos científicos sirven de mucho para hacerla menos intolerable.

AUTOR.—Póngame usted algún caso.

SEELENFÜHRER.—Pondré uno ó dos de los más capitales, pero será menester cierta explicación previa.

AUTOR.—Pues dé usted la explicación.

SEELENFÜHRER.—Ya usted sabe que pasó la edad de la fe.

AUTOR.—Sea, pues usted lo asegura.

SEELENFÜHRER.—Los hombres, en esta edad de la razón, no pueden dejarse llevar para sus actos del temor ni de la esperanza de premios ó de castigos ultramundanos. Los hombres son autonómicos. Ellos mismos se imponen las leyes que quieren, las derogan cuando gustan, y se absuelven cuando las infringen. No hay ser superior al hombre, que legisle y juzgue, salvo un fantasma que tal vez crea la conciencia y proyecta fuera de sí, agrandándole, como la figurilla pintada en el vidrio de una linterna mágica se agranda al proyectarse en la pared, á causa de la obscuridad. Traiga usted una luz clara, y la figura grande que había en la pared desaparece, y sólo queda la figura pequeña dentro de la linterna. Así, la proyección del fantasma que había en nuestra mente, y que nos fingíamos en lo exterior, inmenso, infinito, se borra, se desvanece del todo, ante las claras luces del siglo en que vivimos.

AUTOR.—Enhorabuena. ¿Y qué?

SEELENFÜHRER. — Los hombres, pues, no tienen para sus actos sino dos móviles; ó, mejor dicho, uno solo, que se bifurca: lo que los positivistas ramplones llaman la utilidad. La bifurcación consiste en que unos buscan la utilidad exclusiva de ellos, y otros, los menos, la utilidad de todos. Esto no implica mérito ni demérito en el hombre: todo está predeterminado: todo es fatal: todo es obra de esa voluntad inconsciente, de ese prurito que creó el mundo, y que se agita en nosotros y nos impulsa: á unos á la devoción, al sacrificio, negando al individuo por amor al todo: á otros al egoísmo, procurando la conservación, el deleite y el bienestar del individuo, á despecho y tal vez en perjuicio de la totalidad. Nace de aquí que no poca gente de la más ruda, menesterosa y fiera, alentada y capitaneada por espíritus inquietos, trate de subvertirlo todo por envidia ó por codicia, en virtud de teorías que se llaman, por ejemplo, socialismo, comunismo y nihilismo. ¿Cuál es el mejor modo de evitar eso? Aquí de la sabiduría, ha dicho mi docto amigo Ernesto Renán; y ha discurrido un medio, que pronto ofrecerá á los sabios en un libro precioso. Consiste su medio en que los sabios se reúnan en corporación ó cofradía; se comuniquen sus inventos sin que el público los trasluzca, volviendo á la época de las ciencias ocultas y de la magia; y, no bien chiste la plebe, se albo-

rote ó no los deje en paz, reciba su merecido, produciendo los sabios contra ella, ya un buen terremoto, ya una inundación ó un diluvio, ya una epidemia, ya un par de volcanes en actividad, ya otra plaga por el estilo. Así llegará al cabo el gobierno de los sabios: todos los que no lo sean nos obedecerán y temblarán, y el mundo estará lo menos mal posible. Seguirá entretanto progresando la ciencia, y no bien logremos poseerla del todo, acabaremos este drama del Universo y de la historia con un suicidio colosal, ó mejor expresado, con un *totalicidio* y aniquilamiento de cuanto existe. El otro caso de ventajas que ha de traernos la ciencia es el de dar una nueva religión á la plebe ignorante. La ciencia y la filosofía niegan á Dios; pero los que no son científicos ni filósofos es menester que le tengan. Esto nos conviene. La religión será, pues, nuestra misma filosofía, expuesta, no ya en términos dialécticos y con método, sino en imágenes, símbolos, alegorías y otras figuras retóricas, cada una de las cuales, tomará consistencia en la fantasía del vulgo y será una persona divina, un ente mitológico, Dios en suma. Ya varios amigos míos andan por esta manera confeccionando la religión del porvenir. Difícil es la empresa; pero ¿qué no puede la ciencia novísima? Yo creo que acabará por salirse con la suya.

AUTOR.—Y dígame usted: ¿se va ya entreviendo á cuál de las religiones positivas, existentes hasta hoy, se parecerá más la religión del porvenir?

SEELENFÜHRER.—Vaya si se entrevé. Se parecerá al budhismo.

AUTOR.—Hombre, me alegro. Buen lazo de fraternidad, así que seamos budhistas, vamos á tener con más de doscientos millones de ellos que hay en Asia y en Oceanía. Pero me alegro también por otra razón.

SEELENFÜHRER.—¿Por cuál?

AUTOR.—Porque estoy escribiendo un diálogo, donde Gopa, la mujer de Budha, es la heroína, y no sé cómo terminarle. Usted, que es ya casi budhista, debe de tener vara alta con Gopa. ¿Podrá usted evocarla y hacer que yo hable con ella?

SEELENFÜHRER.—No hay nada más llano. Antes de todo, quiero que sepa usted que yo no soy un espiritista adocenado, sino el más ilustre de los espiritistas. Yo he hecho dar un paso gigantesco al espiritismo. En primer lugar, le he conciliado con mis ideas á lo Schopenhauer. Mi escepticismo, á fuerza de negarlo todo, nada niega. La misma duda cabe en que usted sea ilusión ó realidad, que en que Gopa, aparecida ahora ante nosotros, después de cerca de veinticinco siglos de muerta, sea realidad ó ilusión. Los puros materialistas son necios. Por medio de combinaciones y operaciones físicas y

químicas de lo que llaman materia, y donde sólo ven ó pretenden ver la realidad, se jactan de explicar el espíritu, la voluntad, la inteligencia y el deseo, que ellos creen cualidades ó resultados; y la verdad es que el resultado, tal vez aparente, es la materia, y que de la voluntad y del entendimiento, única cosa real, si hay algo real, es de donde procede todo. Así, pues, no hay fundamento alguno para negar que existan aún la mente y la voluntad individuales de Gopa, aunque los órganos que esta voluntad y esta mente se proporcionaron ó se crearon para su uso, en cierta época dada, hayan desaparecido.

AUTOR.—De eso no tiene usted que convencerme. Yo creo en la inmortalidad de las almas. Lo que se me hace duro de creer es que ni usted ni nadie las evoque.

SEELENFÜHRER.—Yo no trataba de convencer á usted. Quería sólo justificarme de haber incurrido en contradicción. Por lo demás, usted se convencerá de mi poder nigromántico. Gopa aparecerá y hablará con usted ahora mismo. No en vano me apellidan Seelenführer, que equivale en griego á Psicopompo ó conductor de almas, epíteto dado á Hermes, tres veces grande, y á otros hábiles taumaturgos de la antigüedad.

AUTOR.—Y dígame usted, ¿por qué *medio* se comunicará Gopa conmigo?

SEELENFÜHRER.—Por la perla de los *medios*. Mi *medio* es una paisanita de usted, una lozana andaluza, cuyo nombre es Carmela, á quien hallé cinco años há extraviada en Homburgo, haciendo sortilegios, que no le salían bien, alrededor de una mesa de treinta y cuarenta. Desde entonces está conmigo y se ha *mediatizado,* ejerciendo la *medianía* de un modo que no tiene nada de *mediano* y sí mucho de nuevo. Yo embargo magnéticamente su espíritu, y queda su cuerpo como casa deshabitada, donde el espíritu evocado penetra, se infunde, y valiéndose de los órganos de ella, emite la voz con sus pulmones y garganta y articula palabras con su boca.

AUTOR.—Amigo mío, estoy encantado de oirle. Linda invención la de usted. Eso sí que me gusta, y no aquella pesadez de los golpecitos en las mesas y de la escritura después. Vea yo cuanto antes á Carmela.

SEELENFÜHRER.—Aguarde usted un momento. (Hace ciertos ademanes y pases con las manos, como quien vierte por ellas diez chorros de flúido magnético.) Ya está Carmela dormida. Ahora evoquemos el espíritu de Gopa para que se infunda en el lindo cuerpo de Carmela. ¡Gopa! ¡Gopa!

(Se abre la puerta que debe haber en el fondo, y Gopa aparece toda vestida de blanco, muy guapa moza, aunque algo morena, y con los hermosos, largos y negros cabellos sueltos por la espalda.)

GOPA.—¿Qué me quieres?

SEELENFÜHRER.—Que respondas á lo que este caballero te pregunte.

GOPA.—¿Qué he de responder? No; yo no quiero responder á nadie. Acabas de herirme, de emponzoñarme el corazón. Hace veinticinco siglos que gozaba yo con el recuerdo de Sidarta, noble, generoso y enamorado. Su último casto beso, el de la noche en que se despidió de mí, estaba en lo íntimo de mi ser como luz celestial que le iluminaba. Todo mi encanto se destruye ahora. Yo no he vuelto á ver á Sidarta. No he vuelto á saber de Sidarta en todo este tiempo. ¿Conseguiría su propósito? me he preguntado á veces. ¿Lograría escaparse de la esfera de la vida y hundirse en el *nirvana?* En el mundo de los espíritus me he encontrado con muchos espíritus, y nunca con el de Sidarta. He aprendido mil verdades. He conocido el error de Sidarta, pero mi afecto tenía razones para disculparle. En Capilavastu, allá en el centro de la India, seis siglos antes de que viniese al mundo Nuestro Señor Jesucristo, nada sabíamos de Dios; no alcanzábamos que hubiese un Ser omnipotente, bueno, infinitamente sabio, principio y fin de todas las cosas. Nuestros dioses eran los astros, los elementos, las fuerzas naturales personificadas; dioses ciegos, sin amor y sin inteligencia; sin libertad; esclavos del destino; inferiores á la naturaleza; muy inferiores á toda alma hu-

mana. ¿Qué mucho que con este ateismo por deficiencia, con este desconocimiento infantil del Ser supremo, y movido Sidarta de caridad sublime, imaginase su absurda aunque benévola doctrina? Pero en la culta Europa, en el siglo XIX, sabiendo ya cuanto los profetas de Israel han revelado, cuanto han especulado racionalmente los filósofos de Grecia sobre Dios personal y cuanto nos han enseñado el Evangelio y la ciencia moderna que de él dimana, es una mala vergüenza hacerse ateos, caer en la desesperación y retroceder al budhismo. Imagina, pues, cuán hondo será mi dolor cuando en tí, que te llamas ahora el Dr. Seelenführer, acabo de reconocer á mi Sidarta, á mi Sakiamuni y á mi Bagavat, porque todos estos nombres te dábamos. Tú no caes en ello; pero no lo dudes: tu fuiste el Budha y quieres volver á serlo. Entonces, como era en sazón oportuna, fuiste un grande hombre; hoy me pareces un charlatán ó un mentecato, y ó te desprecio, ó te abomino. Adiós para siempre. Para siempre acabaron ya nuestros amores.

(El espíritu de Gopa abandona, á lo que puede inferirse, el cuerpo de Carmela, que cae por tierra como exánime.)

AUTOR.—¿Qué es esto, amigo Seelenführer? ¿Es verdad ó mentira? Si es burla de Carmela, es burla harto pesada, y si son veras, las veras son más pesadas aún.

SEELENFÜHRER (atolondrado).—¿Si habré sido yo el Budha? ¿Si estaré loco? ¿Si se burlará de mí esta muchacha? (Se acerca á Carmela para levantarla del suelo.) Está fría como el mármol. ¡Qué desmayo tan horrible! ¿Si estará muerta? Carmela, Carmela, vuelve en tí.

CARMELA (volviendo de su desmayo y levantándose).—¡Ay Jesús mío!

SEELENFÜHRER.—Muchacha, respóndeme con franqueza. ¿Te has estado burlando de mí¿ ¿Qué diabluras son las tuyas?

CARMELA.—¿Qué diabluras han de ser sino las que usted hace conmigo y que al fin han de costarme caras? He tenido una pesadilla feroz; me he caído redonda en el suelo, y estoy segura de que tengo el cuerpo lleno de cardenales.

SEELENFÜHRER.—¿Y no recuerdas nada de lo que has dicho?

CARMELA.—Nada recuerdo. Déjeme usted ahora. Tengo necesidad de descanso.

(Carmela se va.)

AUTOR.—Mi querido Doctor: yo no sé qué pensar de lo que acabo de ver y oir; pero, francamente, todos estos pesimismos, ateismos y espiritismos me parecen malsanos y disparatados.

SEELENFÜHRER.—Ya sabía yo que usted pensaba así. Usted es un metafísico superficial, burlón y escéptico, que no sabe lo que se pesca. Usted

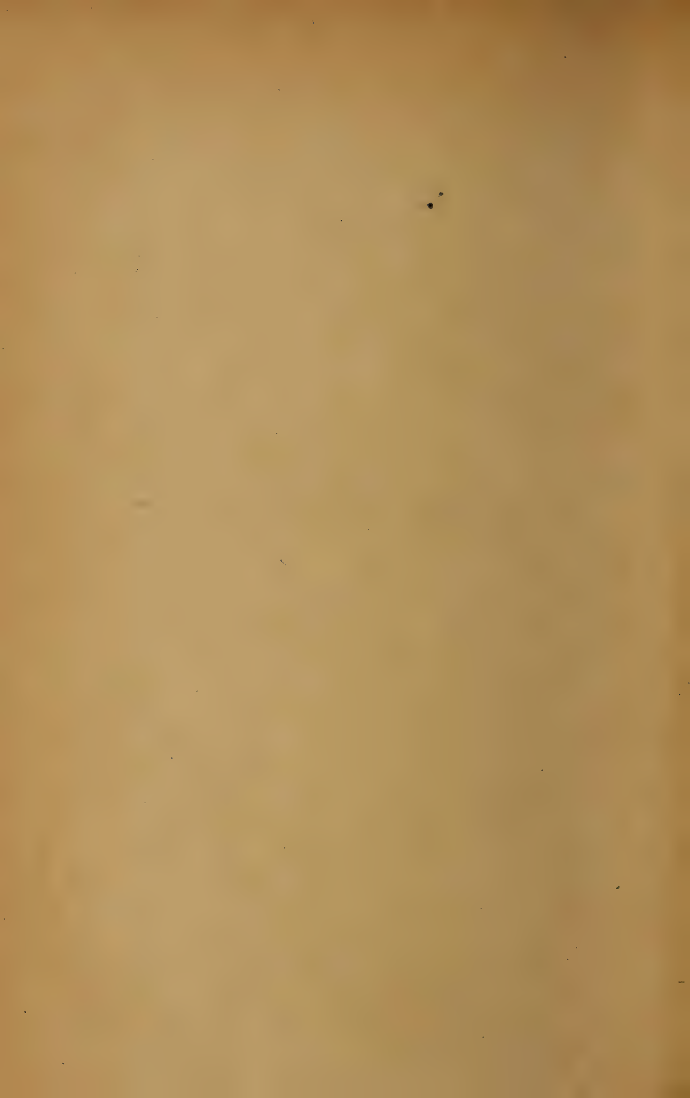
es un descreído, anticuado en más de cien años; un discípulo de Voltaire.

AUTOR.—Seré lo que á usted se le antoje. Aunque no he tomado á Voltaire por maestro, Voltaire me divierte, y los pesimistas alemanes me aburren. Voltaire, á pesar del *Cándido,* no era un pesimista radical. Voltaire, en el fondo, era tan optimista como Leibnitz, de quien quiso burlarse. Fácil me sería demostrarlo, si no estuviese de priesa. Y en cuanto al descreimiento, digo que Voltaire jamás negó con seriedad las más altas y consoladoras verdades, de que son fundamento la existencia de Dios, su justicia, su providencia y la libertad y responsabilidad del hombre. Me atrevo, por último, á dar por evidente que, si Voltaire hubiera previsto los abominables y desesperados sistemas de estos últimos tiempos, en vez de hacer la guerra al cristianismo se hubiera hecho amigo de los Padres Jesuítas, hubiera oído una misa diaria, hubiera ayunado una vez por semana y se hubiera confesado cada mes un par de veces.

Madrid, 1880.



LOS TELEFONEMAS DE MANOLITA





LOS TELEFONEMAS DE MANOLITA

(DRAMA EN DOS CUADROS)

Manolita, *personaje único.*

CUADRO PRIMERO

Salón elegante y rico. Es de noche. Lámparas y bujías encendidas. Hay teléfono. Manolita sola. Inquieta, yendo y viniendo de un extremo á otro, habla consigo misma.

Mucho quiero á mamá. No faltaba más que yo no la quisiera. El cuarto, honrar padre y madre. Además, harto fácil es para mí cumplir este mandamiento. No estoy resentida, sino agradecida de que me haya tenido cerca de tres años en el colegio. Yo estaba imposible de mimada, de traviesa y de voluntariosa. Yo era un diablillo y necesitaba que me metiesen en costura. Ahora, que he vuelto de nuevo á casa, soy persona de mucho juicio. ¿Y cómo no he de querer á mamá? Me mima, me celebra, me idolatra. Mis caprichos son ley. Mamá me regala mil dijes; gasta un dineral en mis vesti-

dos y sombreros. Nunca rabia cuando vienen las cuentas. Hasta le parece poco lo que paga. Y con todo, no puedo negarlo: mamá me tiene quejosa.

Buena y santa es la inocencia; sí, señor; muy buena y muy santa; pero yo acabo de cumplir diecisiete años, y aunque apenas hace tres meses que salí del Sagrado Corazón de Jesús, no por eso ha de imaginar mamá que soy tonta y que no veo ni entiendo nada.

Algo más de ocho años lleva ya de viuda. Mucho cuidó á mi padre en su última enfermedad. Sintió su muerte y le lloró muy de veras; pero, en fin, ella no tiene en el día más que treinta y seis años. Parece mi hermanita mayor. Á menudo me da envidia, aunque dulce y no amarga, porque la encuentro y noto que la encuentran por ahí más bonita que á mí. ¿Qué extraño es que mamá se haya consolado? Dios me lo perdone, si es mal pensamiento. Sospecho que mamá se consuela con el general. No la condeno. Sea en buen hora. Es libre: bien puede hacer lo que le agrade sin ofender á Dios. Lo que á mí me ofende es la falta de confianza en mí; que mamá me engañe sin necesidad.

Que el general tiene cerca de cincuenta años: que era un antiguo amigo de papá, ó mejor dicho, del papá de mi papá; y que ya no está para amoríos ni nadie puede suponer semejante cosa. Y en-

tretanto, tenemos general á todo pasto. Él es divertido y marrullero: pero ya me tiene cargada. En el teatro, el general se viene á nuestro palco y está con nosotras un entreacto y un acto entero y á veces hasta dos entreactos. Dice una chuscada; eso sí, limpia siempre y sin olorcillo de cuartel, y mamá se destornilla de risa. Mamá se entusiasma en el Real con la misma música con que el general se entusiasma. Cuando mamá ríe en Lara los chistes de la Valverde, el general los ríe también; y en el Español no aplaude á la Guerrerito hasta que mamá la aplaude. En política ambos están siempre de acuerdo. En lo único en que el general no conviene con mamá y le arma hasta acaloradas disputas, es cuando mamá pondera la elegancia, la discreción y la hermosura de otras señoras. Buen tunante está el general, pero á mí no me la pega. Vamos á una tertulia y él es la primera persona á quien veo. En la mesa de tresillo, en que mamá juega, el general ha de estar siempre jugando. Salimos en coche, y no bien llegamos al Retiro, diviso al general, hecho un pollo, trotando y haciendo corbetas en su fogoso caballo inglés. Á casa viene todos los días en que mamá recibe y no pocos días en que mamá no recibe. ¡Y que se empeñe mamá en hacerme creer que esto es amistad pura! Ya, ya. Venga Dios y lo vea.

Yo lo hallo muy natural. Si yo no celebrara, dis-

culparía hasta que ella se casase. Lo que me enoja, es su falta de franqueza. Y también me enoja, no ya el que no piense en mí y me busque novio, que tiempo hay de sobra y yo no tengo priesa, sino que distraída ella con su general, no me vigile y me deje confiada al adefesio de doña Rita, que, si bien fué su aya, tiene más conchas que un galápago.

Por fortuna, aunque me esté mal el decirlo, yo soy tan prudente que ni el descuido de mamá ni el inútil amparo de doña Rita pueden perjudicarme. Y cuenta que me he visto, desde que salí hace tres meses al mundo, en ocasiones peligrosas.

Si mamá tiene sus secretos y se los calla, yo también tengo el mío y me lo callo, usando de represalias. Mi secreto es un novio... y guapísimo.

Aunque novicia, no he ido á ciegas ni he hecho ningún disparate. Y eso que me encantó desde que le ví la vez primera. ¡Qué distinguido! ¡Qué elegante! ¡Qué lindo muchacho! ¡Y qué respetuoso sin timidez ni encogimiento! Siempre que salía yo con doña Rita, á la iglesia, de paseo, ó para ir en casa de alguna amiga, ¡zás! indefectiblemente, como si le evocasen, se mostraba él y casi tropezaba con nosotras. Y me miraba con unos ojos... ¡Válgame el cielo, qué ojos! Pero no se atrevía á hablarme.

Jamás le he visto ni en bailes, ni en tertulias, ni

en teatros. Y, sin embargo, no es cursi: no hay más que verle para conocer que no lo es. Será forastero; me decía yo. Y notando en él un no sé qué de peregrino, imaginé que no venía de ninguna provincia, sino de tierras extrañas y tal vez remotas.

Así pasó más de un mes, largo para mí como un siglo, porque me atormentaba la curiosidad de saber quién era este ser misterioso. Andaba yo deseosa y temerosa á la vez de que él me hablase; deseosa por hallarse tan de mi gusto, y temerosa porque si él me hubiese dirigido la palabra sin conocerme, sin la previa y debida presentación, hubiera tenido yo que atribuirlo á mala crianza ó á falta de respeto.

Parece providencial lo que ha ocurrido. El cielo ha premiado mi piedad y lo mucho que quería yo á mi abuela. Era una santa. Pero, en fin, con algunos pecadillos pudo irse al otro mundo cuando murió dos años há. Tal vez aun esté por ellos en el Purgatorio. No sobran, pues, las misas que se digan por su alma. Pensando de este modo, hace ocho días justos entré en la sacristía á encomendar al Padre González veinte misas, pagándolas yo de mis ahorrillos. ¿Y á quién pensarán ustedes que me encontré allí? Pues me encontré á mi perseguidor hablando familiarmente con el Padre. Quise aguardar desde lejos á que terminase aquella plática, y el Padre me vió, y me dijo: ¿Qué se le

ofrece á usted, señorita doña Manuela? No deje de hablarme ni se retraiga porque vea aquí á este caballero. Él, su madre y otros individuos de su ilustre familia son amigos míos de toda la vida. Permítame usted que le presente á D. Narciso Solís.

De esta suerte, el Padre González ha tenido la culpa de que yo conozca á Narcisito.

Después, la verdadera culpada de que hable yo con Narcisito, de que me ponga con él de acuerdo y de que el *flirteo* se convierta en noviazgo, ha sido esa hipocritona de Doña Rita. Bien hacen algunas muchachas desenfadadas en llamar *carabinas* á tales ayas ó acompañantas: son la carabina de Ambrosio.

Por eso he dicho y lo repito, perdóneseme la inmodestia, que mi prudencia me ha valido. Parece inverosímil que tenga yo tanto mundo y tanta perspicacia. No, yo no me equivoco. Es persona muy digna. Por su devoción á los santos merece la amistad del Padre González, y por la devoción que me tiene á mí, que soy también una santa, merece que yo le quiera. ¿Qué pecado hay en esto?

Quedó ayer conmigo en que hablemos por teléfono, á las diez de la noche, cuando mamá no esté en casa. Su número, el 4.500. Para impedir que oyendo mal y no reconociendo su voz hable yo con otro sujeto, hemos convenido en empezar

por decirnos cuatro palabras mágicas: la primera y la tercera, yo; él la segunda y la cuarta. ¡Y qué palabras tan raras! *(Sacando un papelito.)* En este papelito me las escribió con lápiz. Van á dar las diez. Como tengo una jaqueca atroz, sí, la tengo, no es todo estratagema, no he podido acompañar á mamá, que se ha ido al teatro con la vizcondesa. *(Suenan las diez en el reloj de la chimenea.)*

Llegó la hora. Ea, miedo á un lado *(Se acerca al teléfono, toca el timbre y á poco suena la campanilla.)* Central... comunicación con el 4.500. *(Pausa. Vuelve á sonar la campanilla.) Logos*... Reconozco su voz; dice: *Theos*... *Sares*... Ha contestado *Egéneto*.

—¡Ay, Narcisito! ¡Qué locura! ¡Qué picardía! Razón tendría mamá de reñirme si me sorprendiese hablando por teléfono con usted: con un hombre á quien ella no conoce.—¡Qué desenvoltura! ¡Qué modo de sacar los pies del plato! ¿Es esta la educación que en el convento te han dado aquellas benditas madres?—exclamaría mamá.—Si usted me quiere de veras, si es usted un joven formal y como Dios manda, y si quiere usted que nuestras relaciones continúen, es indispensable que se haga usted presentar á mamá lo más pronto posible. *(Nueva pausa. Las pausas serán más ó menos largas, según la contestación que se exprese ó se presuma.)*

No: lo que hemos hecho hasta ahora no puede ni debe seguir. A hurtadillas de mamá, en paseo, en la calle, haciendo cómplice á Doña Rita, no he de hablar ya con usted sino muy de tarde en tarde. Hablar así de diario sería muy feo. Usted mismo pensaría mal de mí. Las gentes que nos viesen murmurarían. Mamá llegaría á saberlo y regañaría mucho y con razón sobrada. *(Pausa.)* Bueno, me alegro con toda el alma de que esté usted decidido á hacerse presentar cuanto antes. Eso es lo recto y lo leal.

¿Qué?... No me atrevo á contestar á eso. Yo no entiendo bien esta maquinaria. Temo que las mujeres de la Central me oigan y se rían. *(Otra pausa.)*

Pues ya que se empeña usted, ya que lo pide con tanto fervor, no hay más remedio. Lo diré, aunque me oigan. Repetiré lo que ya le dije tres ó cuatro veces, cuando echábamos migajitas de pan á los patos y peces del estanque del Retiro: para usted las migajitas de mi corazón, que será todo suyo, si con amor me paga. *(Pausa.)*

Mucha precipitación es esa. Mamá dirá, si no se niega, que conviene que antes nos tratemos; que pedirme en seguidita, de sopetón, es puñalada de pícaro...

Adulador. ¿Con que mis ojos son los pícaros que dan las puñaladas? ¿Con que usted es el he-

rido? Pues yo declaro que el pícaro es usted. Si el Padre González hubiera sospechado siquiera lo perverso que es usted y el mal incurable que iba á causarme, de seguro que no le presenta á su hija de confesión, que soy yo...

Allá veremos si, como usted pronostica, de este mi mal incurable se dice con toda verdad „que no hay mal que por bien no venga“. Adiós; basta de charla. Temo que nos sorprendan. Preséntese usted á mamá y venga á casa pronto. Mamá recibe dos veces á la semana.

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración del cuadro primero. Manolita sola, entrando en el cuarto del teléfono y cerrando al entrar. (A fin de no repetir acotaciones se confía en la capacidad de quien lea ó recite este soliloquio para distinguir por el sentido cuando Manolita se dirige al público como si hablase para sí, y cuando se acerca al teléfono y habla por él.)

Hoy estoy muy mal de salud. Estoy furiosa. Mamá, sin creer en mi mal, se largó tranquilamente á su tertulia. Como no comí á la mesa, á poco de irse mamá tuve mucha hambre y vengo de cenar. Me amenazan grandes penas y trabajos y conviene restaurar las fuerzas.

Me muero de impaciencia por hablar con Narcisito. Tengo mil cosas tristes que decirle. ¡Cuántas novedades desde ayer á hoy! Ya es inútil que

se presente á mamá. Sería muy mal recibido. Pero... *(Suenan las diez en el reloj de la chimenea)*. Las diez. Voy á hablarle. *(Toca el timbre. Suena la campanilla)*. Central... comunicación con el 4.500. *(Nueva pausa. Vuelve á sonar la campanilla)*. *Logos*... contestan *Theos*. ¿Estará resfriado Narcisito? ¡Qué voz tan ronca tiene hoy! *Sares*... Está bien. *Egéneto*. ¡Pero qué voz tan ronca!

—Me quiere usted decir, Narcisito, ¿qué significan esas palabras enrevesadas?...

Mentira parece que haya idiomas tan concisos y que en solo cuatro palabras se enjareten tantas cosas. De modo que las palabras son griegas y significan: „Tú eres un ángel que bajaste del cielo á la tierra, tomaste cuerpo gentil y te convertiste en Manolita."

Sospecho que usted se chancea. ¿Cómo han de decir tanto cuatro palabras nada más?...

¿Que es paráfrasis y no traducción? Entonces ya se comprende. Pero dejémonos de paráfrasis. No estoy para ellas, ni para que me echen piropos.

Estoy desesperada. Tan desesperada estoy, que me inclino á creer que no he tenido que fingir la enfermedad, sino que en realidad estoy enferma. El doctor lo ha creído y ha dejado una receta muy larga, que Doña Rita ha leído y debe cumplir. Serán simplezas del doctor...

¡Ay, Dios mío! ¿Qué burla pesada es esta? ¿Con

que no me contesta Narcisito? Me contesta el doctor, que está con él, y dice que para ver que él no es tan simple, lea yo su receta, que, después de bien estudiada, ha puesto doña Rita bajo la peana de aquel reloj de chimenea. Veamos. *(Manolita busca, halla* y *lee la receta).*

„*Récipe:* Á eso de las nueve, *consommé* con huevo fresco, *filet mignon, chaud froid* de perdices, vino del marqués de Riscal, panecillos de Viena, una chirimoya gruesa de las que gusta tanto la enfermita, dulces, café y media copa de *chartreuse* para entonar el estómago. De sobremesa, un rato de palique con Narcisito por teléfono ó más de cerca."

¿Habráse visto desvergüenza mayor? Esto es burlarse de mí á casquillo quitado. En el pecado llevo la penitencia. El general llama griegos á los fulleros. Hice muy mal en fiarme de un griego desconocido. Nada más lógico que esta fullería y esta infame burla. *(Manolita acude al teléfono, llena de ira.)*

Narcisito, lo que está usted haciendo conmigo es una maldad. Se me acabó el amor. Aborrezco á usted.

Las circunstancias son, sin embargo, muy difíciles y escabrosas y me obligan á refrenar mi enojo y á hablar aún con usted de asuntos importantes.

Dice mamá que la vizcondesa y otras muchas damas son cómplices é instigadoras de un amor en que ella ni soñaba. El general, dirigiéndose á mí en latín, y diciéndome *tu quoque, filia,* me acusa también de complicidad y de provocación al delito. Á fuerza de decir que tenían ellos relaciones amorosas, aunque ni soñaban en tenerlas, les hemos hecho creer que será verosímil, juicioso y gustoso el que las tengan. Ambos han exclamado: Pues tengámoslas. En efecto; ayer se declararon y ya las tienen. Y no queriendo que el hechizo y el deleite de tales relaciones consistan en que se presten á la murmuración, han resuelto, para evitarla, casarse á escape. Vea usted por dónde, echándome mamá parte de la culpa, ha decidido darme padrastro y tirano, que, sin duda, vendrá á instalarse, dentro de poco, en esta casa...

¡Jesús, María y José! ¿Qué lío es este? No es Narcisito, es mamá quien me responde muy picada. Afirma que no me trae el tirano á casa, sino que se va ella á la casa del tirano y me deja aquí sola.

(Vuelve Manolita al teléfono.)

Oye, mamá. Por Dios, no me dejes sola. Perdóname. Yo seré buena. Vuélvete á casa y vive conmigo, aunque me traigas también á tu tirano. Sólo te ruego que me dejes á mí elegir el mío y que no te empeñes en que yo acceda á lo que el general

ayer me proponía. Te lo confieso; hay un tal Narcisito, que á pesar de que ahora se está conduciendo conmigo muy mal, y por ello debiera yo aborrecerle, me tiene perdidamente enamorada, y no lo puedo remediar. Imagina tú, ¿cómo he de poder yo casarme con ese sobrino del general, estando perdidamente enamorada de otro? Será rico, será buen mozo, será conde, será todo lo que el general quiera, aunque yo sospecho, no sé por qué, que ha de ser un señorito andaluz, nacido y criado en un poblachón, ceceando mucho, echándola de gracioso, y más á propósito para brillar en las ferias, vestido de majo, y cautivar el corazón de las gitanas y de las chulas, que para mostrarse como conviene en los salones elegantes, inspirar amor verdadero y profundo á una señorita bien educada y hacerla luego dichosa. Ya ves, mamá, que tengo razón para no querer á tu futuro sobrino político y para preferir á mi griego. Y no me pongas la objeción de que mi griego ha de ser hereje ó cismático. De fijo que es muy buen católico. Si no lo fuera, no sería tan amigo del Padre González, que me le presentó en la sacristía, hace ya más de una semana. ¿Oyes, mamá?... ¿Qué?... ¿Ustedes me quieren volver loca? Ahora es el propio Padre González quien me contesta. Dice que Narcisito no es griego natural y de siempre, sino trashumante y temporero. Dice que es el primer secreta-

rio de la legación de España en Atenas y en Constantinopla, que ha venido á Madrid con cuatro meses de real licencia.

(Vuelve Manolita á hablar por teléfono.)

Oiga usted, Padre González, como quiera que sea, usted tiene casi toda la culpa de que yo haya conocido y tratado á Narcisito, me haya paseado con él por las calles más solitarias del Retiro y por las orillas del estanque, dejando á doña Rita á muy respetable distancia: conque así, apiádese usted de nosotros y predique á mi madre y al general, para que no persistan en que yo me case con ese abominable sobrino...

¡Cielos santos! Qué tramoya horrible, qué complicada conspiración contra una pobre niña inexperta. Ya no me habla el Padre González; me habla el general. Es su casa y no la de Narcisito desde donde me habla.—¿Sí?... ¿Eh?... Hoy está conmigo más desaforado y más insolente que nunca.

Mamá se ha puesto á jugar al tresillo con el doctor y con el Padre González. El general aprovecha la ocasión para desatar la lengua contra mí.

Que su sobrino no es abominable, sino adorable; que yo presumo demasiado de discreta y de lista, y que soy una criaturita mimada, voluntariosa y terca; y que si él me hubiera presentado á Narcisito como sobrino, yo le hubiera encontrado

vulgar y feo y le hubiera dado calabazas; y que ha sido menester armar toda esta tramoya y conjuración, en que han entrado mamá, el general, el doctor, el Padre González y hasta doña Rita, para que yo crea á Narcisito griego ó turco y de él me enamore.

Oiga usted, general; repórtese usted y no me insulte. Piense usted lo que se le antoje. Lo que yo pienso y sostengo es que quiero y requiero á Narcisito, aunque ya sé, no diré si con gusto ó con rabia, que es sobrino de usted, y que es casi tan insolente como usted, tan burlón y tan desalmado. Usted me ofende de palabra, porque está lejos de mí. Si estuviera yo ahí, se moriría usted de miedo al verme, porque estoy hecha una fierecita...

¡Hola, hola! Me desafía usted, me cita y me emplaza para que vaya á su casa al punto. Pues iré... y nos veremos las caras. ¿Pero cómo ir?...

Agradezco el deseo que usted muestra y la esperanza que me infunde de que no sea á muerte nuestro duelo y de que á las doce de esta noche, que es la de San Silvestre, bebamos un vaso de Champagne para celebrar nuestra reconciliación y la entrada del nuevo año. También agradezco la noticia que me da usted de que en esa casa se acaban de echar los estrechos, y de que usted ha salido con mamá y yo con Narcisito. Pero como usted todavía no es mi padrastro, bien puedo yo fal-

tarle al respeto, y así le digo, que eso es un embuste ó una fullería para burlarse de mí y para demostrar lo que ya no necesita demostración: que es usted más griego y más trapacero que su sobrino. Y, sin embargo, ¡qué corrupción la de los tiempos que corren! – como decían las benditas madres que me han educado. – ¡Qué perversa condición tenemos las mujeres! ¿Quiere usted creer que á pesar de todo, me es usted muy simpático y me hace muchísima gracia? Lo que no apruebo, es que tenga usted tan estrafalarias ocurrencias. Me pone usted en un apuro con que vengan ya á buscarme la berlina de mamá y Narcisito en la berlina. Si fuera el landó, si fuera al menos el *clarence*, no habría dificultad. Pero en la berlina, que es muy estrecha... ¿quiere usted decirme, diantre de general y aborrecible padrastro, dónde voy á colocar yo á doña Rita, que pesa doce arrobas y parece una urca holandesa?

Más vale tomarlo á risa para no pelearme con todos, porque me están tomando por juguete. El general se ha ido del teléfono á hacer el cuarto en la mesa de tresillo. Dice que su hermana la condesa viuda, mamá de Narcisito, estaba jugando por él, y como es una chambona, le lleva perdida casi toda la paga del mes corriente. ¿Y quién me comunica todo esto? La taimada de doña Rita, que está muy sofocada. Afirma que no es urca y que

no pesa tantas arrobas, y que de todos modos no puedo llevarla conmigo, porque considerando que yo no la necesito para nada, por lo prudente que soy, y que la califico de carabina de Ambrosio, se fué con mamá, para acompañarla, desde esta calle de Don Pedro, donde vivimos, hasta el último extremo de la fuente de la Castellana, donde el general vive.

(Vuelve Manolita al teléfono).

Explíquese usted, doña Rita. ¿Por qué no viene usted á buscarme?

(Después de escuchar por el teléfono).

. . . .

¡Con que usted no ha cumplido la orden de mamá! ¡Con que el general ha tolerado que Narcisito deje á usted plantada y se venga él en la berlina! ¡Doña Rita, es usted un monstruo!

. . . .

(No responde nadie. Doña Rita ha cortado la comunicación).

Pues señor, meditemos con serenidad y con calma. Yo tengo muchísima gana de conocer á la condesa viuda que va á ser mi suegra; tengo también muchísima gana de brindar con Champagne en punto de las doce, en compañía del general y de sus tertulianos; y como Narcisito no es un galopín, sino un caballero, y no ha de querer empañar en lo más mínimo el espejo en que su honra se mire,

me parece que bien puedo irme con él sin menoscabar mi decoro.

No es necesario que el público sepa esta determinación que he tomado; pero si la sabe...

(Suena la campanilla de la puerta).

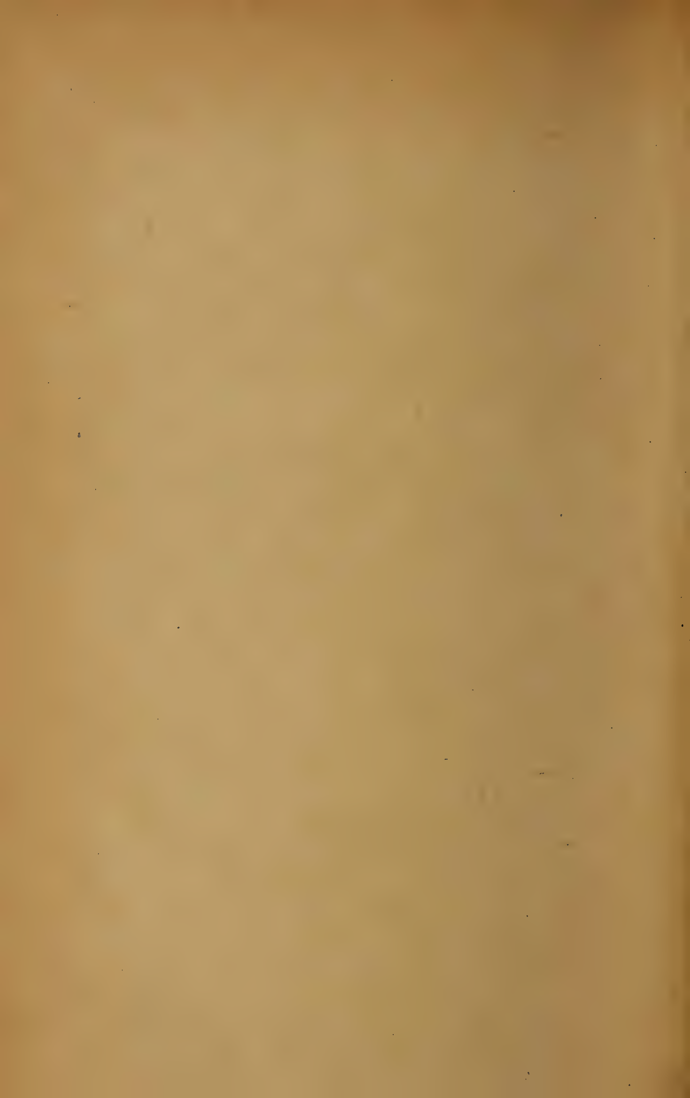
Ya esta ahí Narcisito. Voy á ponerme el sombrero y el abrigo para irme con él. *(Dirigiéndose al público).* ¿Quieren ustedes ser indulgentes conmigo, perdonar mi falta y aplaudirme antes de que me vaya?

(El autor supone que el público aplaude.—Cae el telón).

Madrid, 1896.



ESTRAGOS DE AMOR Y CELOS





ESTRAGOS DE AMOR Y CELOS

DRAMA TRÁGICO

Este drama tan excesivamente trágico, carece de todo valer literario, pero se publica aquí para satisfacer la curiosidad de no pocas personas que deseaban verle cuando se representó y no lo consiguieron á causa de la pequeñez del salón que sirvió de teatro. El autor compuso el drama á petición de la graciosa y discreta señorita doña María de Valenzuela, que prescribió determinadas condiciones á las que debía sujetarse la obra. El drama no había de durar más de catorce ó quince minutos, la acción había de ser tan tremenda como rápida, y, salvo los comparsas y personajes mudos, sólo habían de figurar en él seis interlocutores, tres varones y tres hembras, todos los cuales habían de morir de desastrada y violenta muerte en la misma escena. Tan espantoso desenlace no había de tener por causa ni peste, ni hambre, ni fuego del cielo, ni ningún otro medio sobrenatural, sino que todo había de ocurrir sencillamente por efecto del truculento frenesí que el amor y

los celos producen en el alma de una mujer apasionada. Yo creo haber cumplido con las condiciones que la mencionada señorita me impuso y de ello estoy orgulloso. Reconozco, no obstante, que mi drama no hubiera sido tan aplaudido y celebrado á no ser por el mérito de los actores y de las actrices que me hicieron la honra de representarle. Fueron éstos la simpática señora doña Rosario Conde y Luque de Rascón, las dos señoritas doña María y doña Isabel de Valenzuela y los Sres. D. Alfonso Danvila, D. Javier de la Pezuela y D. Silvio Vallín. A ellos, y no á la menguada y pobre inspiración del poeta, se debe el éxito pasmoso que obtuvo el drama, en el precioso teatro que el Sr. D. Fernando Bauer improvisó en su casa, y cuya magnífica decoración mudéjar pintó lindamente el Sr. Conde del Real Aprecio. Debo añadir aquí que no se prescindió de medio alguno, ni se excusó diligencia para procurar que los trajes y la pompa y aparato escénicos correspondiesen y hasta realzasen la grandeza y solemne majestad del argumento. Despojada ahora mi producción de todos los primores que entonces le prestaron valer, será muy difícil que agrade. Yo, sin embargo, me atrevo á insertarla aquí, confiado en la indulgencia del público y para complacer á varios amigos y conocidos míos que desean tenerla en letra de molde.

ACTO ÚNICO.

Magnífico vestíbulo del castillo. Gran puerta en el fondo. Puertas laterales. Es de noche. Ruge la tempestad. Obscuridad profunda, iluminada á veces por relámpagos vivísimos. Mucho trueno.

ESCENA PRIMERA.

Entra DOÑA BRIANDA vestida con traje de mediados del siglo XV, y con un candil en la mano.

DOÑA BRIANDA.

¡Ay que noche, Dios mío
Siento á veces calor y á veces frío.
Truena y relampaguea,
y con furor tan bárbaro graniza,
que el cabello en la frente se me eriza,
y tengo el corazón hecho jalea.
Y eso que soy valiente cual ninguna:
bien lo conoce D. Ramón, mi hermano,
que me abandona en noche tan fatal
y sale, confiado en su fortuna,
con todo el escuadrón fuerte y lozano
que manda y rige cual señor feudal.
Lo que piensan hacer es un misterio,
pero debe de ser lance muy serio.
A media legua de esta casa fuerte
está ya el reino moro de Granada,

donde estragos y muerte
van á llevar entrando en algarada.
Mas bien puede en el ínterin venir
á este castillo el moro,
y darme que sentir,
y hasta faltar un poco á mi decoro.
¡Grandes son mis recelos!
(Dan fuertes aldabonazos á la puerta de entrada).
¡Qué horror! ¿Quién llamará? ¡Divinos cielos!
(Suena desde fuera una voz.)

VOZ.

¡Ah del castillo! ¡Hola!

DOÑA BRIANDA.

(Que se ha acercado á la puerta y ha mirado por el agujero de la llave.)
Voz de mujer parece y está sola.
(Vuelve á mirar por el agujero.)
Mas no, que un negro bulto la acompaña.
¿Quién es?

VOZ DE FUERA.

¡Ábreme!

DOÑA BRIANDA.

¡Cielos ¿Qué maraña
es aquesta? ¿qué voz ora me saca
el corazón de quicio?
ó he perdido el juicio,
ó esta es la propia voz de doña Urraca.

DOÑA URRACA

Yo soy. Abre, Brianda.

DOÑA BRIANDA.

Entra. Ya estoy como la cera blanda.

ESCENA II.

Dicha. DOÑA URRACA y el moro TARFE embozado en su capa hasta los ojos.

DOÑA BRIANDA.

¿Tú por aquí á horas tales?
¿Qué sucesos fatales
te hacen vagar en tan horrible noche,
sin pajes, sin caballos y sin coche
por esos andurriales?

DOÑA URRACA.

Decirlo todo quiero,
mas tu favor y tu indulgencia pido.
Es mi padre, Don Suero,
el padre más ruín y cicatero
que en el mundo ha nacido.
Por no dar dote no me da marido.
Para empapar dinero,
mas no para soltarle, es una esponja;
y en lugar de buscarme un buen partido,
se empeña cruel en que me meta monja.
Yo al vendaval de mi pasión amante

me doy sobreexcitada á todo trapo,
y con un novio tierno y arrogante
de la casa paterna al fin me escapo.
Con él huyendo voy á morería,
pero la tempestad nos extravía.
El bagaje una tropa
de malhechores nos robó en la vía.
De mi amigo el valor me ha libertado,
mas hasta aquí con pena hemos llegado
cada cual con la lluvia hecho una sopa
y en lastimoso estado.

DOÑA BRIANDA.

¿Y quién, oh mi señora,
es el tal novio con que vas ahora?

DOÑA URRACA.

Es Tarfe, un mahometano,
mas me promete que se hará cristiano.

DOÑA BRIANDA.

Entonces menos mal.
(El moro se desemboza. Doña Brianda le acerca el candil y le mira con detención.)
¡Es muy buen mozo!

DOÑA URRACA.

Ya lo creo.

DOÑA BRIANDA.

Yo aplaudo tu alborozo.
(Suenan clarines y se oyen muchas voces.)

¡Ay Dios de los ejércitos! ya llega
mi fiero hermano de la atroz refriega.
Él considerará grave delito
fugarse con un moro, é infelices
seréis los dos, si os coge en el garlito.
Le cortará á tu moro las narices,
y á tí te mandará bien escoltada
de tu padre Don Suero á la morada.

DOÑA URRACA.

Pues escóndenos pronto, cara amiga.

DOÑA BRIANDA.

Venid á un escondite.

DOÑA URRACA.

Puede que así se evite
el presentido mal que me atosiga.

(Queda por un momento la escena vacía. Vuelve á poco Doña Brianda y abre de nuevo la puerta principal. La trompetería ha sonado más cerca. Entra Don Ramón con toda su hueste, armada de brillantes armas, y dos personas cubiertas de negros capuces. Algunos de la comitiva traen antorchas ó candelabros, que colocados en lugar conveniente iluminan la escena.)

ESCENA III.

DOÑA BRIANDA, DON RAMÓN, la hueste y los encubiertos.

DON RAMÓN.

Ya estás en salvo en mi casa.
Valientemente reñías

cuando acudí con mi hueste
y rechacé á la morisma,
haciendo tremendo estrago
en sus apretadas filas.

DON TRISTÁN.

(Sin descubrirse.)
Mucha gratitud te debo.
Sin tí perdiera la vida.

DON RAMON.

Descúbrete y dí quién eres.

DON TRISTÁN.

Á estar oculto me obliga
la prudencia, mas á solas
te descubriré en seguida
quién soy y de dónde vengo.
Despide á tu comitiva.

DON RAMÓN.

¡Despejad!

(Vánse todos los guerreros y solo quedan los dos de los capuces y Doña Brianda.)

DON TRISTÁN.

Aun queda alguien.

DON RAMÓN.

Esta es mi hermana querida.

DON TRISTÁN.

Pues aunque sea tu hermana
haz que se vaya.

DON RAMÓN.

Hermanita
lárgate.

DOÑA BRIANDA.

Me largaré.
(Ap.) ¡Qué sospecha, suerte impía!
¡Qué fatal presentimiento
en mi corazón se agita!
La voz del encapuchado,
la de Don Tristán imita.
¿Será Don Tristán acaso?
Yo me quedaré escondida
atisbando y escuchando
para descubrir la intriga. (Vase.)

ESCENA IV.

DON TRISTAN, DON RAMÓN y ZULEMA. DOÑA BRIANDA entre bastidores atisbando lo que pasa y asomando de vez en cuando la cabeza.

DON RAMÓN.

Solos ya, satisface mi deseo:
desembózate.

DON TRISTÁN.

¡Mira!

DON RAMÓN.

¡Ay, Dios! ¡Qué veo!
Don Tristán eres tú, mi amigo caro.
¿Por qué caso tan raro
te encontré sólo en la tremenda lid,
más valiente que el Cid,
entre fieros paganos?

DON TRISTÁN.

Yo me volvía á tierra de cristianos
después de estar en la imperial Granada,
de donde traigo á esta mujer robada.
Es mi dicha suprema,
es mi esposa, es mi bien,
es la hermosa Zulema,
hija mayor del rey Muley Hacen.
Contempla su hermosura.

(Don Tristán se dirige á Zulema, le quita el negro capuz y ella aparece deslumbradora, con rico traje oriental, todo cuajado de oro y de piedras preciosas.)

DON RAMÓN.

(Mirando á Zulema y como en éxtasis.)
¡Un sol en el zenit se me figura!
¿Qué vas á hacer con tan sin par doncella?

DON TRISTÁN.

Me casaré con ella
cuando esté en mi lugar y busque al cura,
que de antemano le dará el bautismo.
Ya una esclava católica
le enseñó el catecismo.
Ella está melancólica
porque deja á su padre y á su grey
en la maldita ley
del Profeta Mahoma,
que sin fallar los llevará al infierno.

DON RAMÓN.

Harto pesada broma
das tú entretanto al rey
con hacerte su yerno.

DON TRISTÁN.

Déjate de discursos y razones.

DON RAMÓN.

Me callo, pues. Dí tú lo que dispones.

DON TRISTÁN.

Aquí pernoctar quiero
hasta que raye el matinal lucero.
Entonces prosiguiendo en mi camino
me volveré al castillo de Don Suero,
mi padre muy amado,

conduciendo á mi dueño idolatrado
sobre las ancas de mi fiel rocino.

ZULEMA.

¡Ah! sí, vámonos pronto, Don Tristán.
Temo que aun nos ocurra algún desmán.

DON RAMÓN.

No tema Vuestra Alteza,
que está segura en esta fortaleza.
Venid, pues, al mejor de mis salones
á descansar del hórrido combate,
y á lavaros también.
Después os servirán el chocolate,
con bollos de manteca, mojicones,
buñuelos y otras frutas de sartén. (Vánse.)

ESCENA V.

DOÑA BRIANDA sola.

DOÑA BRIANDA.

¡Malvado, traidor, infiel!
Por esa perversa mora
me deja quien me enamora
en abandono cruel.
Palabra de casamiento
me dió el impío hace un año.
¡Espantoso desengaño!

¡Todo se lo lleva el viento!
Pero no; ruda venganza
tomaré de ese salvaje.
Daré á la mora un brebaje
que le destroce la panza
y la vida le arrebate.
Mi criada, que es ladina,
esta esencia de estricnina
verterá en su chocolate.

(Enseña un pomo que tiene en la mano y se va por donde ha entrado.)

ESCENA VI.

Sale DON RAMÓN por el lado opuesto, después de haber dejado lavándose á sus dos huéspedes.

DON RAMÓN.

(Meditando.)
Confieso que me escama
el empeño que tiene Don Tristán
de ocultar á mi hermana que el galán
es él, en esta novelesca trama.
Catástrofes barrunto;
pero será mejor no cavilar.
A mis huéspedes quiero agasajar.
Haré que lleven chocolate al punto.

(Váse por el otro lado. Queda un momento la escena vacía.)

ESCENA VII.

Aparece la criada con una bandeja, dos jícaras de chocolate y bollos, y pasa de largo. Entra DOÑA BRIANDA.

DOÑA BRIANDA.

El veneno vertí ya
en la jícara espumante,
y dentro de breve instante
la mora le beberá.
De fijo reventará,
dando así satisfacción
á mi burlada pasión
y á mi espantosos celos,
y cumpliendo mis anhelos
de hacer á Tristán tristón.

ESCENA VIII.

Dicha y D. TRISTÁN que trae entre los brazos medio desmayada á ZULEMA.

DON TRISTÁN.

¡Qué espanto! ¡Qué maravilla!
Apenas bebe Zulema
el chocolate, se quema
cual si comiese morcilla
de la que echan á los perros
para darles cruda muerte.

¡Qué bien castiga la suerte
mis enamorados yerros!

ZULEMA.

¡Ay, Don Tristán! Yo reviento,
¿qué chocolate endiablado
es el que ahora he tomado?
¡Fuego en mis entrañas siento!

DOÑA BRIANDA.

¿Qué es esto, señor, qué pasa?

DON TRISTÁN.

¡Que Zulema se me muere!

DOÑA BRIANDA.

Pues me alegro. Ella me hiere
y mi corazón traspasa
de los celos con la punta.
¡Infiel Tristán, asesino,
de tí me venga el destino
al dejártela difunta!

ZULEMA.

¡Yo me muero!
(Hace una horrible mueca, se desprende de entre los brazos de don Tristán y cae muerta en el suelo.)

DOÑA BRIANDA.

Ya espichó. (Con júbilo feroz.)

DON TRISTÁN.

¡Muerta está! ¡Trance funesto! (Tocándola.)

DOÑA BRIANDA.

Pues no me basta con esto.
Mi furia no se calmó,
y para vengarme más,
te haré saber que tu hermana
más que esa mora liviana
y peor que Barrabás,
se ha escapado con un moro
de la morada paterna
y está locamente tierna
ofendiendo tu decoro.

DON TRISTÁN.

¿Qué me dices? ¡Maldición!
¡Ha de costarle la vida!
¿Dónde se encuentra?

DOÑA BRIANDA.

Escondida
la tengo en esta mansión.
Ella y el alarbe juntos
se esconden en el granero.

DON TRISTÁN.

Voy á buscarlos y espero
que pronto estarán difuntos.
(Desenvaina la espada y echa á correr.)

ESCENA IX.

DOÑA BRIANDA sola.

DOÑA BRIANDA.

Muertes hoy y guerra ruda
los celos producirán.
Ya habrá subido al desván,
y habrá encontrado sin duda
al moro y á Doña Urraca.
Ya está la pobre aviada...
Tristán no envaina la espada
sin sangre, cuando la saca.

ESCENA X.

Entra huyendo DOÑA URRACA, y DON TRISTÁN persiguiéndola con la espada desnuda.

DOÑA URRACA.

¡No me mates, hermano!
Tarfe se hará cristiano
y será mi marido:
Así quedará todo corregido.

DON TRISTÁN.

No puedo perdonarte tu pecado.
¡Tú mi honor has manchado

con un perro sectario de Mahoma!
¡Toma el castigo que mereces! ¡Toma!
(Le da una tremenda estocada y doña Urraca cae muerta.)

DOÑA BRIANDA.

Mi agradable venganza va adelante.

ESCENA XI.

Dichos y el moro TARFE que entra furioso y con el chafarote desenvainado.

TARFE.

¿Dónde está ese tunante,
que por el intrincado laberinto
de esos mil corredores
se escabulló siguiendo á mis amores?

DON TRISTÁN.

Aquí me tienes, moro majadero,
y ya en la sangre de tu amiga tinto
está mi fuerte acero.

TARFE.

¡Pues vivo no saldrás de este recinto!
Pague tu desalmada
sangre, la que vertiste de mi amada.

(Riñen. Don Tristán atraviesa al moro de una estocada y el moro cae muerto.)

ESCENA XII.

Dichos y DON RAMÓN, que entra apresurado.

DON RAMÓN.

¿Qué ocurre aquí? ¡Qué estruendo!
¡Qué horror! ¡Cuántos cadáveres!

DON TRISTÁN.

¡Oh, dura
inevitable ley del hado horrendo!

DOÑA BRIANDA.

¡Ay, Don Ramón! El monstruo que estás viendo
me burló con infame travesura.
Su palabra me dió de matrimonio,
y engañándome luego,
de ángel que fuí me convirtió en demonio,
y del infierno me lanzó en el fuego.
¡De mi horrible venganza estoy ufana!

DON RAMÓN.

(Dirigiéndose á Don Tristán.)
Don Tristán, ó te casas con mi hermana,
ó tu maldad te costará muy cara.

DON TRISTÁN.

No puedo: un mar de sangre nos separa.

DON RAMÓN.

Pues aun la sangre me parece poca,
y esa tu negativa del casorio
á derramar la tuya me provoca.

DON TRISTÁN.

Esto va á ser sobrado mortuorio,
pero es irresistible mi arrebato...
Defiéndete ó te mato.

(Riñen los dos y ambos se hieren mortalmente y caen muertos en tierra.)

DOÑA BRIANDA.

Ya de mi celoso ahinco
el resultado me asombra;
en pie estoy como una sombra
entre cadáveres cinco.
De demonios un enjambre
muy pronto vendrá por mí.
Mi celoso frenesí
ha roto el vital estambre
de estos cinco personajes,
á quien yo tanto quería.
Ahora siente el alma mía
remordimientos salvajes.
No está bien, es indecente
que yo conserve el vivir,
cuando logré hacer morir

á tan buena y noble gente.
(Dirigiéndose al cadáver de Don Ramón.)
Perdona, hermano, perdona
si por mi culpa estás muerto.
(Dirigiéndose á Doña Urraca.)
Aunque ya cadáver yerto,
estás, Urraca, muy mona.
(Dirigiéndose á Zulema.)
Y tú, gallarda Zulema,
¿qué culpa de amar adquieres
á quien para las mujeres
fué más dulce que la crema?
(A Don Tristán.)
¡Ay, Don Tristán! de mi rabia
me arrepiento ya muy tarde.
¡Aun te adoro! Asaz cobarde
fuera la que así te agravia,
si en tan solemne ocasión
á vivir se resignara,
y al punto no se matara
con firme resolución!
(Saca el pomo del veneno.)
Aun se esconde en este frasco
gran cantidad de veneno.
Valiente soy... Daré un trueno;
me lo beberé sin asco.
(Apura todo el veneno que hay en el pomo.)
Ya me lo bebí; ya miro
de feos demonios un bando,

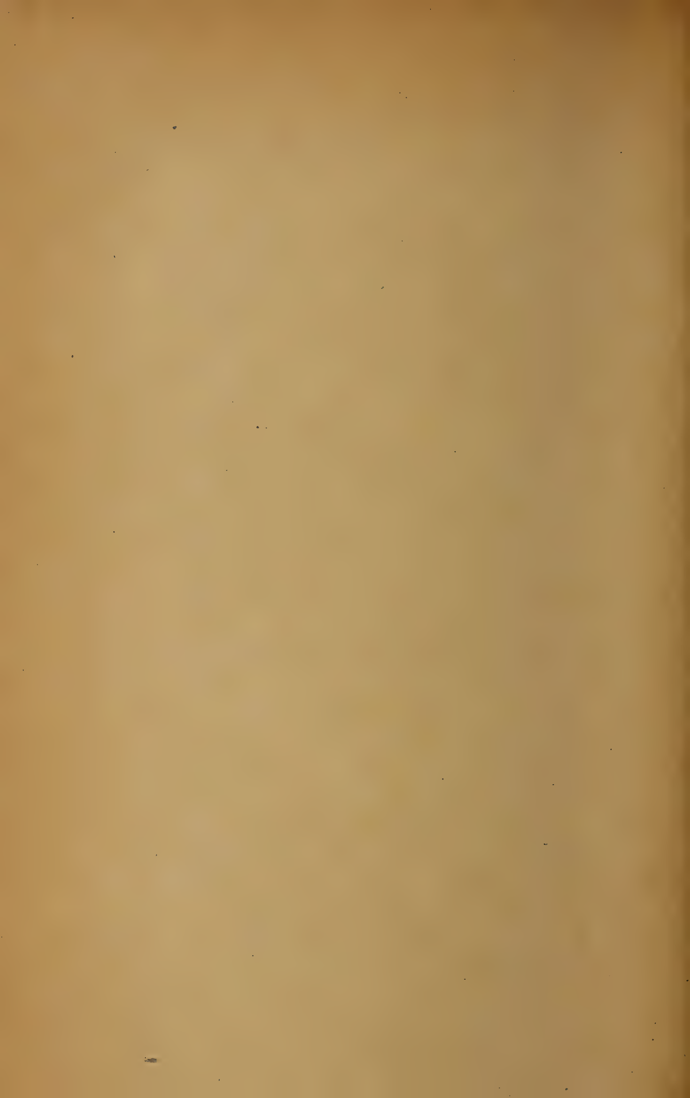
que están en torno esperando
que yo dé el postrer suspiro,
para ir en procesión,
con horrrenda algarabía,
á llevarme á la sombría
honda cárcel de Plutón.
Allí expiaré mi delito
con fieras penas, mas antes
no quieran los circunstantes
castigarme con el pito;
sino que, para consuelo
de mi agonía mortal,
con aplauso general
se dignen calmar mi anhelo.

(Hace contorsiones horribles y cae muerta por virtud del veneno.)

FIN.

Madrid, 1898.

AMOR PUESTO Á PRUEBA





AMOR PUESTO Á PRUEBA.

PERSONAJES.

La Condesa de Pozo Dulce.
Ramona.
Luisa.
El Condecito Alfredo.
Don Tadeo.
El Padre cura D. Clemente.
Currito.
El Marqués del Majano.

ACTO PRIMERO.

Sala en la casa de la condesa. Muebles sencillos, pero elegantes; mesa con recado de escribir; plantas y flores en macetas y en vasos de porcelana; jaulas con canarios. Puertas laterales y en el foro.

ESCENA PRIMERA.

LUISA.—ALFREDO.

(Luisa sale apresurada y Alfredo la persigue.)

Luisa.—No sea usía terco y déjeme en paz. En tan continuo sobresalto yo no puedo vivir. Si no se enmienda, si en adelante no es juicioso, tendré que decírselo todo á mi tío, me iré á vivir con él y dejaré sola á la señora condesa.

Alfredo.—Luisa, no seas tan arisca conmigo ni me amenaces de ese modo. ¿Qué pretexto po-

dríais dar, tu tío y tú, para irte del lado de mi madre, que te ha cobrado tanto cariño? ¿Seríais capaces de delatarme á mamá por el inocente delito que yo cometo, imitándola en quererte como ella te quiere?

LUISA.—Si usía me quisiera como me quiere su mamá, yo no diría nada; pero usía me quiere de otro modo. ¿Dónde ha visto usía que su mamá corra detrás de mí, me persiga, intente abrazarme... Vamos, vamos, los tales quereres son muy diversos.

ALFREDO.—El mío es más tierno, más vehemente.

LUISA.—Yo no sé lo que será; sólo sé que el de usía pudiera ser peligroso, si no fuese yo, aunque me esté mal el decirlo, tan poco aficionada á devaneos, tan desconfiada de los hombres, tan prevenida contra sus maldades y tan instruida por las madres en el catecismo y en la moral cristiana.

ALFREDO.— Pero muchacha, ¿qué disparates estás ensartando? El santo temor de Dios guárdalo para no pecar en otras cosas... En quererme á mí no pecas ni le ofendes. Nada tan natural como que tú me quieras. ¿En qué se opone esto á tu moral y á tu catecismo? ¿No podemos querernos con buen fin?

LUISA.—¡Huy, huy, señorito Alfredo! Usía delira. Eso es pasar de Herodes á Pilatos. Líbreme

Dios de caer en tentación; líbreme Dios de enamorarme de usía y de ser su víctima. Sólo de pensarlo la cara se me pone roja de vergüenza. Pero líbreme Dios también de aparecer como seductora y de que la Condesa de Pozo-Dulce pueda acusarme con razón de haber entrado en su casa y ganado su confianza para levantarle á usía de cascos y para moverle á emplear seriamente su voluntad en persona de clase tan inferior como yo soy. ¡Dios mío! Bonita se pondría mi señora la condesa, si entendiese que usía estaba enamorado de mí! Sería muy mal avío y muy pícaro medio para salir de las dificultades en que ustedes se hallan. Pues qué, ¿imagina usía que ignoro yo los proyectos y planes de su mamá?

ALFREDO.—Pues si no los ignoras, sabes más que yo. Yo los ignoro por completo.

LUISA.—¡Ay, señorito Alfredo! ¡ay, señorito Alfredo! No se haga usía de nuevas, no se empeñe en hacerme comulgar con ruedas de molino. ¿Quién no está enterado en el lugar de que la condesa trata de que usía se case con la nieta de Don Tadeo? ¡Y vaya si estaría bien esta boda! La señorita es una alhaja por todos estilos: con una cara como un sol, con un cuerpo como un pino de oro, sabiendo más que Lepe; elegante, discreta y modosa, y con un potosí por dote. Huerfanita de padre y madre y heredada por consiguiente.

Suyas son las mejores fincas que hay en el término de este lugar. Con dinero que el papá de la señorita envió desde Buenos Aires á Don Tadeo, éste sacó no pocas veces de apuros á su papá de usía, el señor conde... Y como el señor conde no pudo nunca pagar ni el capital ni los intereses de cuanto Don Tadeo le había prestado, éste se quedó con las fincas, que estaban hipotecadas. Ó mejor dicho, el hijo de Don Tadeo fué quien se quedó con las fincas, que hoy, por su muerte, son de la señorita doña Ramona. Ésta si, y no yo, es una novia pintiparada para usía. Casándose usía con ella, vuelve á su casa cuanto se fué de su casa, y además usía adquiere la mar de rentas y de fondos ó de no sé cómo se llaman; en fin, muchísimos miles de duros. Y todo ello á muy poca costa. Por no hacerse de pencas y por decir que sí á una linda moza que, según aseguran, está muertecita por esos pedazos y rabiandito porque usía le diga que la quiere. Yo sé de buena tinta que doña Ramona se pirra por ser condesa y porque sea su cuyo un condecito tan apañado.

ALFREDO.—No sigas con esa tarabilla, porque me da rabia. Yo no gusto de la señorita doña Ramona. Me parece ordinaria. No la tomaría por mujer aunque me la diesen enconfitada; aunque tuviera dos veces más millones y aunque mi madre y yo estuviéramos más perdidos de lo que es-

tamos. No, yo no quiero venderme. Prefiero quedarme en este lugar toda mi vida ó entrar de mozo en un café, sentar plaza de soldado ó ser cualquiera otra cosa. Y no creas que estoy tan desesperado. Pues qué, ¿no tengo yo porvenir? Puedo ir á Madrid, obtener un empleo, ser abogado, ser periodista ¿quién sabe si llegaré á Ministro de la Corona ó Embajador en París?

LUISA.—Todo eso es posible: pero es mucho más fácil con dinero que sin dinero. Usía puede saltar y encaramarse hasta donde se le antoje, pero los millones de Doña Ramona son un buen trampolín para dar el salto, y sería necedad que usía los desdeñase cuando le brindan con ellos.

ALFREDO.—No me atormentes. Ó he de saltar sin ese trampolín ó no he de saltar. Aunque entre Doña Ramona y yo no te hubieras tú interpuesto, no me casaría yo con esa india brava.

LUISA.—Nadie diga *de este agua no beberé.* No maldiga usía de su futura. *Quien habla mal de la pera es quien se la lleva.* Ya se ablandará el señorito. Su mamá se lo rogará. ¿Será usía tan duro de entrañas que no ceda á los ruegos maternales?

ALFREDO.—¿Te burlas de mí y me provocas? Pues he de vengarme: voy á sellar los labios que tales blasfemias profieren. (Persigue á Luisa para abrazarla y ella huye, corriendo alrededor de la mesa y butacas que puede haber en el centro de la sala.)

LUISA (Huyendo y esquivándose de Alfredo). — Ea, no sea usía atrevido. Mire que chillo. Mire que doy un escándalo. Mire que me pone en la dura necesidad de irme de su casa.

(Suena un fuerte campanillazo.)

ALFREDO. — ¡Llaman á la puerta!

LUISA. — Es la señora condesa que vuelve de misa. Váyase usía y tenga juicio si quiere que me calle y no le acuse.

(Sale Alfredo.)

ESCENA II.

LUISA. — LA CONDESA. — EL PADRE CLEMENTE.

P. CLEMENTE. — ¡Hola, hola sobrinita! Dios te bendiga. Estás colorada como una amapola... jadeante. ¿Qué diablos estabas haciendo?

LUISA. — Pues... planchaba, y como hace mucho calor y había tanta lumbre en el anafe...

CONDESA. — Ya te he dicho, hija mía, que no quiero que trabajes demasiado. Al fin no estoy yo tan pobre que no pueda mantener cuantas criadas sean indispensables para que planchen y cosan y se empleen en otros menesteres. Tú no estás aquí como mi criada, sino como mi compañera y amiga.

P. CLEMENTE. — Mil gracias por tantas bondades, señora condesa. Entre correr y estar parado

hay un medio... Yo no he sacado á mi sobrina del convento de Cádiz para que sirva como criada; pero no quiero tampoco que sea completamente inútil... Por otra parte, á las mocitas solteras les conviene andar ocupadas y no estar mano sobre mano. La ociosidad es madre de los vicios, y contra las niñas que no trabajan suelen acudir algunos diablillos traviesos y suelen asaltarlas con empecatadas imaginaciones y peores pensamientos. Soy, pues, de parecer, que Luisa debe trabajar; pero no con tanta fuga ni sofocándose tanto como, por lo visto, trabajaba y se sofocaba hace poco. De seguro que en el convento no trabajaba con tanta vehemencia. Vete, hija, trabaja moderadamente y déjanos solos, porque la señora condesa y yo tenemos que hablar de asuntos que requieren cierto sigilo.

(Luisa se va por la izquierda.)

ESCENA III.

LA CONDESA.—EL PADRE CLEMENTE.

P. Clemente.—Ya se fué mi sobrina; ya estamos solos. Grande es mi curiosidad de oir lo que tiene que decirme la señora condesa.

Condesa.—Con sobrada razón se dice: bien vengas mal si vienes solo. ¡Ay, querido Padre

Clemente! Siéntese usted y óigame. Las desazones caen sobre mí como llovidas. Todo se lo confío á usted; usted es mi paño de lágrimas. No hay día en que no nazca en mi mente un temor y en que no me mueva una esperanza. Poco me importa á mí la pobreza. Resignada estoy á vivir modestísimamente en este lugar todo el resto de mi vida, con los poquísimos bienes que me quedan. Pero, ¿cómo condenar á Alfredo á encerrarse aquí para siempre? Y enviarle á Madrid sin un ochavo me repugna y me parece indigno... ¿Qué va á hacer en Madrid de condecito perdido? ¿Ha de ir de antesala en antesala pordioseando un empleo? ¿Podrá y sabrá ser pasante en el bufete de un abogado, ó entrar en la redacción de un periódico? Estos humildes recursos se avienen mal con un título tan ilustre como el suyo.

P. Clemente. - En efecto, no va bien el Don con el tiruleque; pero señora, ¿por qué ha de ser tan testarudo Alfredito? ¿No ve el cielo abierto? ¿Por qué no se cuela en él de rondón? No lo dude usted, la nietecita de Don Tadeo está (entiéndase esto en sentido espiritual), más blanda que una fresa. Si el señorito apechuga con ella, habrá bodorrio. Y entonces que le pinchen ratas. Alfredito será un Creso, un Fúcar, un Rothschild, y lo que es el sacrificio yo no lo veo. La señorita doña Ramona es un primor. Cualquier joven, por so-

berbio y descontentadizo que sea, podría con gusto casarse con ella sin millones... Conque... con millones... no digamos... Miel sobre hojuelas.

CONDESA.—Cuanto dice usted es cierto. Conozco que mi hijo podría y debería casarse con la señorita doña Ramona, y sin embargo, yo casi desisto de hacerle entrar por el aro. El chico es muy apegado á su opinión y muy autónomo. Cuando una vez dice que no, no hay fuerza humana que le haga decir que sí. Me parece que no tendré nunca por nuera á Doña Ramona. Confieso que esto me apesadumbra, pero ahora ocurre algo que me apesadumbra más y que me sobresalta y me tiene llena de miedo. Voy á revelárselo á usted para que, ya que no me remedie y ampare, al menos me consuele.

P. CLEMENTE.—Diga usted, señora condesa. Lo que me diga será como si cayese en un pozo. Yo lo callaré como secreto de confesión.

CONDESA.—Pues bien: desecharé la vergüenza y se lo confesaré á usted todo. Siempre he amado en extremo á mi difunto marido. Hubo, no obstante, ó mejor diré, por lo mismo, una época en los últimos años de nuestro matrimonio en que el Conde me tenía desesperada, humillada, celosa y furiosa con sus públicos galanteos y con las indignas rivales por quien me había abandonado. Tuve entonces el perverso propósito de vengarme ó de

trocar al menos su desprecio en ira y hacerle pagar celos con celos. (El P. Clemente se cala las gafas, fijando más la atención en la Condesa.)

P. CLEMENTE.—Peligroso y resbaladizo propósito. *Qui amat periculum in illo perit.*

CONDESA.—No hay para qué me eche usted latines, Padre. Dios me tuvo de su mano, y si resbalé un poco, no caí, ni tropecé siquiera. Sólo he flirteado.

P. CLEMENTE. -(Con extrañeza.) *¿Flirteado?...* ¿Y qué significa eso?

CONDESA.—Flirtear significa... timarse, poner y tomar varas...

P. CLEMENTE.—Pues, hija mía, ahora lo entiendo menos. Esos parecen términos de tauromaquia.

CONDESA.—No, Padre. Son términos que están de moda en Madrid y valen tanto como coquetear, dar esperanzas á los enamorados, provocarlos con miraditas lánguidas ó recibir bien las que ellos nos dirijan, etcétera.

P. CLEMENTE.—Si he de hablar con sinceridad, eso me parece detestable, y casi casi tan pecaminoso como lo otro, porque si no se comete el pecado se finge la voluntad ó la disposición de cometerlo, y sólo se evita incurriendo en otros pecados graves también, aunque algo menores, como son el engaño y la excitación de las malas pasiones en el alma del prójimo.

CONDESA. -- ¡Por amor de Dios, Padre Clemente! No sea usted tan severo. No sabe usted lo que es estar humillada y celosa. A mí me pretendía, me perseguía, pugnaba por enamorarme uno de los hombres más guapos y más á la moda de cuantos hay en Madrid, un elegante de primera magnitud, celebrado de valiente, discreto y dichoso en amores. Y esto era cuando el Conde hacía gala de otros amores suyos y me convertía en blanco de las burlas ó de la humillante compasión de las gentes. ¿Cómo quería usted que pudiese yo resistir por completo á la tentación de mostrar que también era amada y obsequiada? ¿Cómo rechazar ásperamente á quien se me mostraba rendido? Alguna disculpa tiene mi falta.

P. CLEMENTE. -- Dios es misericordioso y todo lo perdona; pero para conseguir el perdón lo mejor es no disculparse, sino confesarse culpada.

CONDESA. -- Pues bien: confieso sin disculpa que coqueteé y no poco con el Marqués del Majano. Él, que está muy engreído y mimado, se las prometió felices. Esperaba de mí... lo que yo no creo haberle prometido. Se interrumpieron aquellos coqueteos sin compromiso ni disgusto, porque mi marido enfermó de su última enfermedad y murió poco después. Ya viuda yo, el Marqués ha vuelto á perseguirme con encarnizamiento. Su audacia ha llegado hasta el punto de venirse á este

lugar en mi busca; aquí está desde hace cuatro ó cinco días. No puede usted figurarse cuánto me compromete. Alfredito tiene el genio poco sufrido; puede enfadarse con el Marqués y tener un lance, y el Marqués es un espadachín de siete suelas. ¿Qué haremos, Dios mío?

P. CLEMENTE.—Lo que es ahora no veo dificultad en lo que hay que hacer. Todo depende de los sentimientos de usted. Si el Marqués no le parece saco de paja, ya no hay ley humana ni divina que se oponga á que usted acepte y tome el saco.

CONDESA.—¡No faltaba más! Ni yo gusto del saco ni quiero tomarlo.

P. CLEMENTE.—Pues entonces no siga usted siendo retrechera. Desengáñele y despídale.

CONDESA.—¿Y cómo? Es tan atrevido como testarudo. ¡Ay! Abomino de mi flirteo.

P. CLEMENTE. - Sin duda que el flirteo ha sido la causa de este mal. Pongámosle como remedio el bronquis.

CONDESA.—¿Y qué significa el *bronquis?*

P. CLEMENTE.—El bronquis es un vocablo andaluz, tan ignorado de usted como el flirteo era ignorado de mí. Bronquis viene de abroncar. Para evitar desazones y escándalos, tal vez sea lícito y hasta meritorio abroncar al Marqués, á fin de que se largue y no turbe la paz inocente de nuestro campestre retiro.

CONDESA.—Todavía estoy á obscuras. ¿Qué entiende usted por abroncar al Marqués?

P. CLEMENTE.—Un chiste andaluz algo salado. Mi ahijado Currito, el sacristán, sabe de este oficio como nadie. Él abroncó á un joven coadjutor que yo tuve, y es capaz de abroncar al lucero del alba.

CONDESA.—¿Y qué hizo para abroncarle?

P. CLEMENTE.—Poco ó nada de muy terrible. El coadjutor era un teólogo, gallardo mozo, muy fino y atildado, y para predicar tenía un pico de oro. De aquí que las mujeres anduviesen algo alborotadas y más devotas de lo justo. Los padres, maridos y hermanos se mostraban inquietos. Currito se prestó á remediar el mal; abroncó al coadjutor, y el coadjutor traspuso.

CONDESA.—Pero, ¿de qué medio se valió?

P. CLEMENTE.—De un medio muy sencillo: oculto con mucha maña, se entretuvo en disparar de vez en cuando, con pólvora sola, algunos tiritos contra el teólogo cuando éste más descuidado estaba. Se dice que Currito, si el aviso hubiese sido insuficiente, había pensado en echar en la escopeta, además de la pólvora, algunos granos de sal, que bien aplicados en las espaldas, y sin producir lesión orgánica, mortificasen la carne pecadora. Pero no fué menester tanto; á los pocos días del tiroteo, el coadjutor se dió por avisado y tomó

la del humo y se fué á otro lugar donde los hombres fuesen más cachazudos y pacientes. ¿Cree usted, señora condesa, que convenga abroncar al Marqués?

CONDESA. — ¡Ave María Purísima! Padre Clemente, usted se chancea. ¿Cómo había de aplaudir yo semejante barbaridad?

P. CLEMENTE. — Entonces, no hay otro recurso que aguantar al Marqués y hartarle de desdenes y desengaños hasta que se canse y se vaya.

CONDESA. — Eso haré. Dios me dé valor para ello.

P. CLEMENTE. — Dejemos ya los asuntos graves ó tristes y regocijémonos para celebrar los días de la señora condesa. He sabido que Don Tadeo y el Marqués han enviado á la señora condesa sendos ramos de flores. Ambos son hermosísimos. (Se acerca á los ramos y los mira y los huele.) Pero yo no quiero ser menos. Currito, que además de ser sacristán es mi jardinero, debe aparecer pronto con un ramo cogido en mi huerto. Yo espero que vencerá á esos dos.

CONDESA. — Mil gracias. Para celebrar mis días tengo convidados á comer, á la una, al uso de estos lugares, que es la hora en que en Madrid se almuerza, á Don Tadeo y á su nietecita... y... no he podido evitarlo, también al Marqués. Hónreme usted, comiendo igualmente conmigo, y así bendecirá la mesa.

P. CLEMENTE.—Acepto con mucho gusto. Falta poco más de una hora. Me voy, porque tengo que hacer en casa, y volveré pronto; pero antes tengo que decir cuatro palabras á Luisa.

CONDESA.—Voy á enviársela á usted. Adiós, hasta ahora. (Sale la Condesa.)

ESCENA IV.

EL PADRE CLEMENTE.

¡Vanitas vanitatum! ¿Hay nada en el mundo más vano que la mujer, y sobre todo, cuando es Condesa? El Marqués tal vez vendrá aquí para perseguirla, pero ya no le dará mucho que hacer. La Condesa lo ignoraba y se empeña en ignorarlo, pero el Marqués ha venido principalmente á renovar por quinta vez el pagaré de cuatro mil duros que debe á Don Tadeo. Ha venido por atún y á ver al Duque. El pagaré es el atún. El Duque es la opulenta nietecita. Don Tadeo fué á Cádiz, un mes há, para recibirla cuando ella, en su dorada orfandad, llegó de Buenos Aires. Luego se la trajo á este lugar para que vea las fincas que le ha comprado y tomara posesión de ellas. Mas, aquí viene Luisa. (Entra Luisa.)

ESCENA V.

EL P. CLEMENTE.—LUISA.

LUISA.—¿Qué me quiere usted, tío?

P. CLEMENTE.—Que me digas cómo van tus asuntos.

LUISA.—Á escape; más á escape de lo que yo pensaba. El Conde detesta á Ramona. Á mí me tiene más enamorada cada dia. Es un dije. No puede usted figurarse cuán desatinadamente está prendado de mí. No me deja un instante de sosiego. ¡Cómo me acosa, cielos! Tengo que andar siempre corriendo, escabulléndome, escapando. Es gran fatiga. Y es gran peligro, además. Cuando estoy más descuidada, me lo encuentro de manos á boca, ya en la escalera, ya en un corredor, ya en un pasillo obscuro. Esto no puede seguir. Tengo que apelar á la fuga. Esta noche me fugaré entre nueve y diez y me iré á casa de usted. Como usted no tendrá nada preparado para alojarme, quedará explicado y justificado el que me lleve al punto á vivir á casa de Don Tadeo, al lado de Ramona. Veremos entonces si Alfredito persiste en acosarme con la decisión firme y honrada que yo deseo. Por lo pronto, estoy segura que no se rendirá al interés y de que seguirá desdeñando á Ramona.

P. CLEMENTE.—Sé todo esto y sé, además, que á Ramona le ha salido otro novio.

LUISA.—¿Cómo otro novio? Por mi cuenta le han salido dos.

P. CLEMENTE.—Yo sé de uno. El marqués anda por ella que bebe los vientos. ¿Quién es el otro?

LUISA.—El otro no se hubiera atrevido nunca, sin provocación y estímulo, á poner tan alta la mira; pero Ramona le alienta y le alborota con miradas incendiarias, con algunos solapados favores y con indirectas del Padre Cobos.

P. CLEMENTE.—¿Y quién es ese feliz mortal?

LUISA.—¿Quién ha de ser sino su ahijado de usted Currito, cuya sana robustez, bríos y gallardía han cautivado el corazón de Ramona, inclinadísimo á los valientes y á los briosos?

P. CLEMENTE.—¿Qué me dices, mujer? Me dejas maravillado. Y ¿qué piensa de todo esto Currito?

LUISA.—¿Qué ha de pensar, sino triunfos? Está encantado. Está enamoradísimo. Ramona cree, y yo lo creo también, que se casaría con ella, aunque en lugar de ser millonaria estuviese, por pobre, en el hospicio.

P. CLEMENTE.—¿Qué presumes tú que resultará de este enredo?

LUISA.—Resultará... resultará... Ya lo verá usted. Todo ha de arreglarlo la chacha Jacintica, el ama

de llaves de Don Tadeo. Es muy lista, y, como viuda de un sargento de la guardia civil, se pinta sola para policías y tramoyas. En buenas manos está el pandero. Lo que ha de sonar, sonará dentro de poco. Conque, adiós. Y si no nos vemos durante el día, no se olvide usted de mí y aguárdeme en su casa entre nueve y diez de la noche.

P. Clemente.—Adiós, hija. Pronto volveré á comer aquí. Te aseguro que tengo la conciencia atribulada por haberme metido, por amor tuyo, en estas intrigas, tan impropias de mi estado. Adiós. (Sale el Padre Clemente.)

ESCENA VI.

LUISA.

Gran curiosidad tengo de ver lo que pasa en el banquete de hoy. Apuradísimo va á estar el Marqués del Majano. Estará (aunque sea pícara comparación) como burro, no entre dos, sino entre tres piensos. ¡Tremendo conquistador es el tal marqués! Pretende á la Condesa, continuando los antiguos coqueteos que tuvo con ella en Madrid; por sus millones trata de enamorar á Doña Ramoña; y lo que es yo, bien puedo estar orgullosa, ya que, sin antecedentes ni condado, ni dinero, le he dado flechazo y me requiebra y se me declara cada vez

que me ve. Si Alfredito lo nota va á ponerse celoso y será capaz de dar un escándalo. (Suena un campanillazo.) Está de Dios que he de ser portero en esta casa. Sin duda será Currito con el ramo de flores, presente del señor cura. Voy á abrirle y voy á dejar la puerta abierta para no tener que abrir á los convidados, que pronto irán llegando. La gente es de fiar en esta tierra; y, además, si hubiera ladrones, buen chasco se llevarían. ¿Qué habían de robar; como no me robasen á mí ó á Alfredito que somos aquí las joyas de mayor precio? (Sale á abrir y vuelve seguida del marqués.)

ESCENA VII.

LUISA.—EL MARQUÉS.—Después CURRITO y ALFREDO.

LUISA.—Señor marqués, modere usía sus ímpetus y no sea tan agresivo. ¿Qué pensaría y que diría la señora condesa si tan alborotado le viese á causa de ésta su casi sirvienta? ¿Qué pensaría y qué diría la señorita doña Ramona, á quien el marqués hace también la corte?

MARQUÉS.—¿Qué disparates dices, muchacha? Yo no gusto más que de tí en este lugar. Las amabilidades que digo á Doña Ramona y á la Condesa son finuras propias de un caballero galante, que debe ser así, según es uso en la corte.

Luisa. — ¿Qué empecatados usos cortesanos son esos? ¿Acaso está bien que engría el señor marqués, que engañe y tal vez seduzca á tres pobrecitas mujeres, causando á la postre un terrible desengaño á cada una de ellas, que sabe Dios si después de desengañadas se morirían de desesperación?

Marqués. — No te burles de mí, Luisita, que no lo merezco. No es mi intención engañarte; pero, aunque lo intentara, no lo conseguiría. Más sabes tú que las culebras. No fueron malas las teologías que en el convento de Cádiz te enseñaron las benditas madres.

Luisa. — Como me enseñaron el santo temor de Dios, me quitaron todo el miedo que pueden inspirar las más tremendas de sus criaturas. Aunque fuese usía el mismísimo diablo estaría yo tan fresca y tan confiada, y no tendría el menor recelo de que usía me llevase. Con todo, aunque usía no me amedrenta, puede cansarme de sus requiebros. Cállese, pues, y no me canse, á fin de que yo me calle también y no revele, ni á doña Ramona ni á la señora condesa, los atrevimientos de usía y sus repetidos conatos de infidelidad.

Marqués. — ¿A quién no sería yo infiel por tí, hermosa Luisa? Te aseguro que ni en Madrid, ni en París, ni en Londres, he tratado y admirado más gentil y elegante dama que tú. (Entra Currito con el ramo en la mano, mientras que el Marqués sigue hablando á Luisa

con el mayor entusiasmo.) Yo te admiro, Luisa. Compadécete de mí; quiéreme. ¿No ves que me tienes hecho un volcán?

CURRITO.—¡Fuego, Dios mío, fuego! El Marqués es una fragua. Aléjate de él, muchacha, no sea que te derritas.

MARQUÉS.—¿Cómo se ha colado usted aquí, sin decir oste ni moste? ¿Cómo interviene usted en nuestra conversación?

CURRITO.—Me he colado porque la puerta estaba de par en par, y tomo parte en la conversación porque soy el sacristán y cuido de todos los santos y santas que hay en la iglesia, y Luisa es santa de mi devoción, es muy milagrosa y merece todo el cuidado que yo pongo en ella, por ella y por el señor cura.

MARQUÉS (aparte).—Más vale no contestar á este mostrenco insolente y rústico. Ahí viene Alfredito y me importa que de nada se entere.

ALFREDO (entrando por el foro).—Buenos días, señor marqués.

MARQUÉS.—Señor conde, muy buenos días.

ALFREDO.—Mi madre creo que anda todavía ocupada y no podrá salir en seguida. En vez de aguardarla aquí véngase usted á mi cuarto y allí aguardaremos hasta que vengan don Tadeo y su nieta.

MARQUÉS.—Estoy á las órdenes de usted. (Alfredo y el Marqués salen por el foro.)

ESCENA VIII.

LUISA y CURRITO.

CURRITO.—¿Dónde pongo este ramo de flores, que de parte del señor Cura traigo para la señora Condesa?

LUISA.—Pues ponlo aquí, en este vaso de porcelana, preparado ya con agua para que se mantenga fresco.

(Currito coloca el ramo en el vaso.)

CURRITO.—Estaba deseando hablarte. Has de saber que estoy tan inquieto, aunque sea mala comparación, como burro á quien echan azogue en las orejas. Doña Ramona es muy retrechera. Es más mala que la quina. ¿Por qué se ha complacido en sacarme de mis casillas, para burlarse de mí y no hacerme caso? Su casa está cerrada y bien guardada. Allí no me cuelo como me cuelo aquí. No puedo verla; no me recibe. Y, entretanto, ese Marqués la visita, la pretende y quizás la enamora. Yo voy á perder los estribos y no voy á saber contenerme, y voy á agarrar un garrote, y casi involuntariamente, sin saber lo que hago, le voy á deslomar.

LUISA.—Hombre, no seas bárbaro, no deslomes á nadie. Yo te ayudaré y triunfarás. Voy á ponerte en mi secreto. Te lo diré con todo sigilo. Esta no-

che, á las diez, estaré yo en casa de doña Ramona. Ve por allí. Canta una copla de fandango para que yo te oiga, y en seguida te abriré la puerta. Entrarás, y yo te prometo que hablarás con doña Ramona. Ya ves á lo que me allano por tí.

CURRITO.—Mi gratitud será eterna.

LUISA.—La señora condesa llama. Ea, lárgate. Hasta la vuelta.

CURRITO.—Hasta la noche.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO

Sala en casa de Don Tadeo. La puerta de entrada á la derecha. Otra puerta, á la izquierda, que da al interior de la casa. En el fondo dos balcones que dan al jardín, y entre ambos balcones la puerta de una alacena ó ropero grande, sobre la cual habrá una claraboya bastante capaz para sacar por ella la cabeza. Sillas, un sofá, una mesa con un reloj y con jarros de flores y otros muebles que parezcan bien y convengan al adorno de la sala. Es de noche. Uno de los balcones está abierto, dejando ver el resplandor de la luna en una apacible y serena noche de verano. Sobre la mesa hay una lámpara encendida.

ESCENA I.

Entran LUISA y RAMONA.

LUISA.—No sé cómo he podido permanecer hasta después de las nueve en casa de la Condesa, sin que ella se enterase de todo y se malograse mi plan. Ahora veremos si Alfredito me da la última y más segura prueba de amor de que yo necesito para quedar contenta. Tú quedarás contenta también. La chacha Jacinta y yo hemos trazado el plan y preparado las cosas del modo más conveniente.

RAMONA.—Cuidado con que yo no aspiro á ser Marquesa. Mi modesta ambición se limita á que Currito me ame por mí y no porque imagine que va á hacerse dueño de un inmenso caudal.

LUISA.—No temas. Todo quedará demostrado.

(Suenan las diez en el reloj.) Las diez. Currito no tardará en llegar. (Se oye el rasgueo de una guitarra y cantan desde fuera esta copla de fandango.)

VOZ DE FUERA.

El cuerpo me hiede á humo
Y el corazón á puñales
Y la sangre de las venas
Rabiando porque no sale.

LUISA.—¡Qué horror, hija mía! Tu adorador está tremendo. Ea, déjame sola, que voy á abrirle.

(Se va Ramona por la puerta de la izquierda y Luisa por la de la derecha. La escena queda por un momento vacía).

ESCENA II.

LUISA seguida de CURRITO que aparece con la guitarra y armado de un fiero garrote.

LUISA.- Qué tontería, muchacho. Si no fuese por la guitarra te parecerías á la sota de bastos.

CURRITO.—*Hombre prevenido nunca fué vencido*. Este bastoncito me presta cierta autoridad y me sirve de apoyo.

LUISA.—Conste que yo no sabía que venías tan bien armado. Si lo hubiera sabido no te dejo que entres.

CURRITO.—No tendrás de qué arrepentirte. Yo no abusaré de mis fuerzas ni de mis armas, y las emplearé sólo en caso de absoluta necesidad y para mi propia defensa.

LUISA. – Eres buen chico. El cielo, por mi medio, premiará tu paciencia, tu prudencia y todas tus otras virtudes. Esta noche verás y hablarás á Doña Ramona; pero conviene aguardar la ocasión propicia. Escóndete en esta alacena. (Le lleva hacia ella, abre, le hace entrar y entorna la puerta.) No te encierro. La puerta queda entornada; pero no salgas mientras yo no te llame ó mientras no creas que alguna persona, de tí muy querida, se halla en peligro inminente.

CURRITO. (Desde dentro de la alacena entornada.) – Mi guitarra queda fuera, sobre una silla. El garrote me lo guardo por lo que pueda ocurrir.

LUISA. – Ten calma y juicio. (Retirándose y hablando consigo misma.) Esta chacha Jacintica es peor que Barrabás. Tiene citado al Marqués para que conquiste por asalto el vellocino de oro. Dentro de poco escalará la tapia del jardín y subirá por este balcón. No quiero que me halle aquí. Ramona y yo estaremos á la mira. Bueno será que reciba una lección, pero que no sea muy dura. (Vase por el lado izquierdo.)

ESCENA III.

CURRITO, MARQUÉS.

(El Marqués sube por el balcón y entra en la sala.)

MARQUÉS. – El amor y la fortuna protegen á los audaces. No veo á nadie. ¿Habrá querido burlarse

de mí la chacha Jacintica? Me prometió estar aquí aguardándome; ¿por qué no está? ¿por qué tarda en venir? Aguardaré un momento y si no viene, me lanzaré, sin miedo, á buscarla por toda la casa.

CURRITO.—(Desde la alacena y asomando la cabeza por la claraboya).—¿Habráse visto mayor atrevimiento? Ganas tengo de salir y de deslomarle á garrotazos. Pero no, mátele Dios que le crió. En el fondo, yo soy bonachón y pacífico. Apelemos á las estratagemas y á los medios suaves. (Sale cuidadosamente de la alacena y va de puntillas á ponerse detrás del Marqués.)

MARQUÉS.—Empiezo á impacientarme.

CURRITO.—Pues ya tendrá usía que impacientarse durante mucho más tiempo del que imagina. (Al decir esto, Currito se lanza por la espalda sobre el Marqués y le agarra con fuerza por ambos brazos. El Marqués tiene un bastón de estoque, pero, aunque ha podido sacarle, no le vale de nada.)

MARQUÉS.—¡Traidor! ¡Infame!

CURRITO.—Ladrón. Salteador nocturno. Deja caer al suelo ese estoque y si no te reviento.

MARQUÉS.—¡Voto á una legión de demonios, qué fuerza tan bestial tiene este tagarote! Me deshace los brazos. Me obliga á ceder. (El Marqués tira al suelo el estoque y Currito le alza en volandas, le lleva á la alacena, le encierra y echa la llave.)

MARQUÉS.—(Asomándose por la claraboya.)—Abra usted ó grito. Usted me las pagará todas juntas. Abra usted ó grito.

CURRITO.—Si grita usted será peor. Si viene

gente, le tomarán al principio por un bandido y cuando conozcan en usted al Marqués del Majano, será usted el hazmereir de todo el mundo y mi burla será aplaudida.

MARQUÉS.—No será. No será; yo mataré á usted antes de un tiro de revólver.

CURRITO.—Eso se dice, pero no se hace. El señor Marqués es muy católico cristiano y tiene muy buena crianza, para convertirse en asesino.

(Salen Luisa y Ramona.)

ESCENA IV.

Dichos, LUISA Y RAMONA.

LUISA Y RAMONA á dúo.—¡Gloria al vencedor! ¡Bien por Currito!

RAMONA.—(Adelantándose).—Señor Marqués, éste es justo castigo que se le impone por haber escalado mi casa, por haberse fiado de una infiel y pérfida servidora, y por haber querido ganarse mi voluntad, apelando á la astucia, á la violencia y á otros medios inícuos. Breves instantes permanecerá usted encerrado ahí si nos promete perdonar el pequeño agravio que se le ha hecho y no aspirar á la venganza. De lo contrario mi abuelito lo sabrá todo y daremos parte al señor Alcalde, y nosotras dos y las criadas de casa, y la misma

chacha Jacintica, arrepentida de su fechoría, declararemos que Currito le encerró á usted ahí creyéndole un malhechor y para defender nuestra vida, nuestra hacienda y nuestro decoro. Créanos usted, pelillos á la mar y perdone la broma, aunque algo pesada. En los lugares, como no hay teatros ni bailes ni grandes tertulias, es necesario apelar, para entretenerse, á este y otros candorosos jugueteos. Con que... sea usted magnánimo... y perdónenos.

LUISA. — Écheme usted á mí toda la culpa, señor marqués; dénos su palabra de caballero de que nos perdona, y al punto se le dejará salir.

MARQUÉS. — Cruel ha sido la burla, pero reconozco que lo mejor es aguantarla y perdonarla. Doy mi palabra de honor de que la perdono y de que no procuraré vengarme.

LUISA. — Entonces, yo te absuelvo, te liberto y te redimo. (Luisa abre la puerta de la alacena y pone en libertad al Marqués.)

MARQUÉS. — Después de todo, aun tendré que dar á ustedes las gracias.

LUISA. — Pues con mayor motivo me las dará cuando sepa la ventura que le tengo preparada. Don Tadeo duerme á pierna suelta en un extremo de esta casa, sin oir ni sospechar el jaleo que estamos armando. En la sala estrado que está inmediata, se encuentra la chacha Jacintica, como

venerable dueña, muy á propósito para imponer respeto á ustedes y para refrenar en otros la maledicencia. Vayan ustedes, pues, á la sala estrado y entreténganse conversando entre sí y con la chacha Jacintica, como los cuatro más juiciosos personajes del mundo. Yo necesito quedarme aquí sola, por breves instantes, para dar cima á una aventura que tengo empezada. Yo también tengo aventuras. No es sólo mi señora doña Ramona quien las tiene. Ea, largo de aquí. (Luisa empuja á los tres y los echa de la escena por el lado izquierdo.)

ESCENA V.

LUISA, y en seguida DON TADEO de bata y con gorro.

DON TADEO. — ¡Válgame Dios, Luisa! Dudo mucho de que en toda la superficie de la tierra haya una niña más mimada, más consentida, más caprichosa y más extravagante que tú. Es abominable la tramoya que estás armando. A Currito y al Marqués los has puesto en ocasión de que se rompan el bautismo. Y todavía no has acabado; ¿qué es lo que pretendes ahora?

LUISA. — Pretendo ver claro, claro, que él me quiere, que él me adora, que es todo mío, por mí y sólo por mí. Harto sabe usted lo que tengo dis-

puesto. Váyase por ahí y aguarde la ocasión, que no tardará. (Luisa empuja á Don Tadeo y le echa de la escena por el lado derecho, hacia donde se supone que está la puerta que da á la calle.)

DON TADEO. – ¡Qué vergüenza! Tú me llevas y me traes como un zarandillo.

ESCENA VI.

LUISA sola.

La chacha Jacintica le dijo que daría tres palmadas y que esta sería la señal para que él saltase la tapia, y luego, desde el jardín, se encaramase hasta el balcón que está abierto y entrase en esta sala. Haré de chacha Jacintica. Entiéndase que no soy yo quien da las tres palmadas, pero las doy. ¿Sonarán bastante? ¿Las oirá bien? Probemos. (Da las tres palmadas, procurando que suenen.) Sonaron. ¿Las habrá oído?... Sí, las oyó, las oyó. Ya está en lo alto de la tapia. ¡Ay, Dios mío, que no se caiga! Qué mala soy; en qué peligro le pongo... pero no, ya está en el jardín como si tal cosa. Ya va á subir... ya sube. Me escondo para que no me vea y para que imagine que no le veo. Me haré la distraída y la sorprendida. (Vuelve la espalda al balcón y se pone en medio de la sala. Aparece Alfredo en el balcón, entra en la sala de un brinco, ve y reconoce á Luisa y viene á hincarse de rodillas delante de ella.)

ESCENA VII.

LUISA.–ALFREDO

LUISA.–¡Qué atrevimiento, qué avilantez, señor conde; ni aun refugiada en esta casa estoy segura de su tenaz persecución! ¿No se arredra usted al considerar que vivo al lado de la que le destinan por esposa?

ALFREDO.–Luisa, perdóname y no me atormentes. Yo no pretendo ni he pretendido nunca á doña Ramona. Yo me muero de amor por tí y sólo á tí daré mi mano, mi vida y mi alma. Dime que me amas ó mátame. (Toma la mano de Luisa y se la besa.)

ESCENA VIII.

Dichos y DON TADEO, la CONDESA y el P. CLEMENTE, que entran de súbito por el lado derecho.

P. CLEMENTE (señalando con el dedo el grupo que forman los dos amantes).–¿Lo ve usted, señora condesa? ¿Lo ve usted? Era indispensable que usted lo viese para que se convenciera de que yo no sueño ni deliro. Su hijo de usted persigue á mi inocente sobrina y quiere hacerla víctima de su seducción.

CONDESA.–¿Qué abominable extravío es el tuyo? ¿A qué malvadas desenvolturas te has entre-

gado? (Para sí.) Y entretanto, ese infame Marqués del Majano, que fingía amarme y perseguirme, se casará con la millonaria. No sé cómo lo sufro.

DON TADEO.—Caballerito, usted ha faltado al respeto que á mis canas se debe y ha venido á atropellar y á desautorizar mi casa.

ALFREDO (levantándose y dirigiéndose á los tres).—Ea, señores. Baste ya de reprimendas. Yo no falto al respeto á nadie, ni atropello, ni seduzco, ni gasto malvadas desenvolturas. Estoy perdidamente enamorado de Luisa y quiero casarme con ella, y con ella me casaré, esperando que el Padre Clemente me conceda su mano y que mamá me dé su permiso. Pido, pues, permiso á mamá, y al Padre Clemente la mano de su sobrina.

P. CLEMENTE.—¿Y tú, Luisita, ¿te callas? Y tú, ¿qué dices?

LUISA (que habrá estado muy modesta, avergonzada y con los ojos bajos.—Yo... ¿qué he de decir? Que sea lo que Dios quiera... que se cumpla su santa voluntad.

P. CLEMENTE.—Y sobre todo si está de acuerdo con la tuya; pero es el caso que... mi sobrina no tiene dote. Lo más que puedo yo darle es media peseta de las dos que gano al día, entre sueldo, pie de altar y otras obvenciones. Brillante papel harán estos Condes en la corte con tales rentas.

CONDESA.—Sí, Alfredito; sí, Luisa; consideradlo bien. Es enorme desatino lo que pretendéis.

ALFREDO.—Será desatino enorme, pero es mi voluntad. Mi amor es invencible y de él depende mi dicha. Yo no necesito ir á la corte. Jamás saldremos de este lugar. Nuestra vida será un perfecto idilio.

P. CLEMENTE.—Pues si es así, que se casen. ¿Consiente usted en que se casen, señora condesa?

CONDESA.—Consiento en que se casen ya que no hay otro remedio.

DON TADEO.—Sí le hay. El remedio le dará doña Ramona. (Alzando la voz.) Doña Ramona, ven aquí.

ESCENA IX.

Dichos y DOÑA RAMONA que sale seguida del MARQUÉS y de CURRITO.

DOÑA RAMONA.—¿Qué me manda usted, señor don Tadeo?

DON TADEO.—Que me digas qué puedes dar á Luisa que pronto se casará con el Conde.

DOÑA RAMONA.—Pues le doy todos los bienes muebles é inmuebles, rentas, fondos públicos, etcétera, etc., que ella debe poseer como hija legítima del yerno y de la hija del señor don Tadeo, de todo lo cual me había yo apoderado injustamente, y al devolvérselo, vuelvo á ser la hija, legí-

tima también, de la chacha Jacintica, sin otros bienes que los que me quiera dar la chacha de sus pobres ahorros.

Don Tadeo.—Pues yo, además, te doy cuatro mil duros de dote cuando te cases, pues no está bien que te quedes tan pobre después de haber sido tan rica.

Marqués.—Ya me explico el inverosímil desdén con que me ha tratado esta palurda. ¿Cómo había de comprenderme no siendo de mi clase?

Currito.—Pues yo soy de tu clase y te comprendo, Ramona.

Doña Ramona.—¡Ay Currito! Casi me desmayo de gusto. Comprendámonos hasta no poder más.

Todos (en coro).—Y quieran los cielos que este ilustrado público nos comprenda á todos, admire la profundidad moral qne encierra esta fábula y no nos silbe y nos aplauda.

(Frenéticos aplausos. Cae el telón).

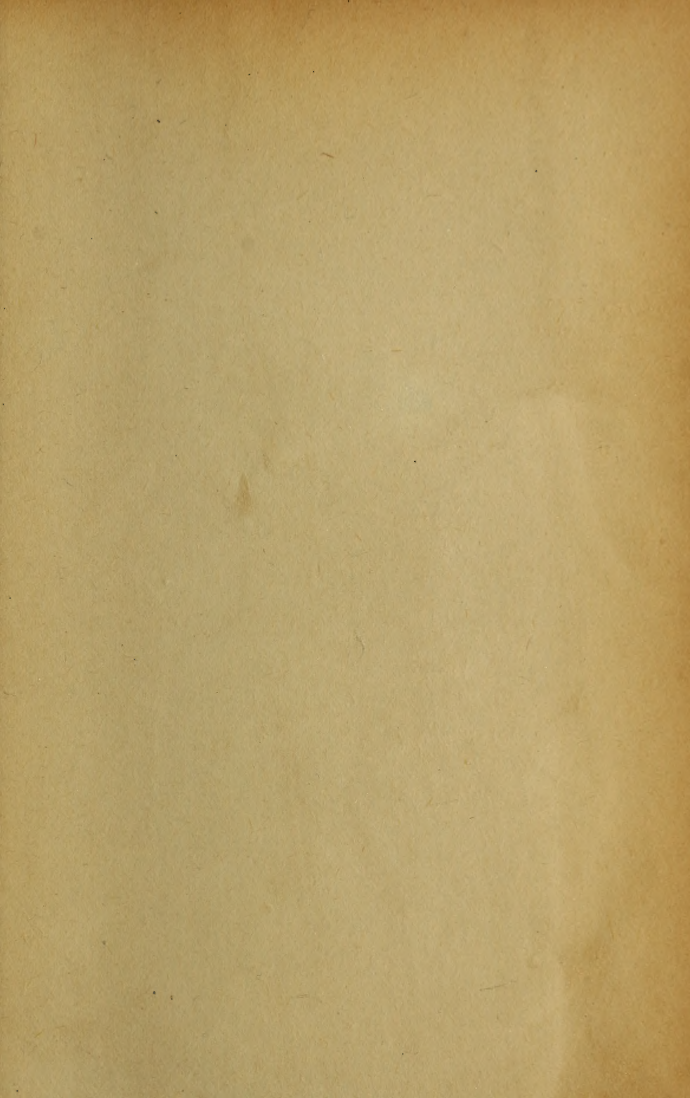
Madrid, 1903.

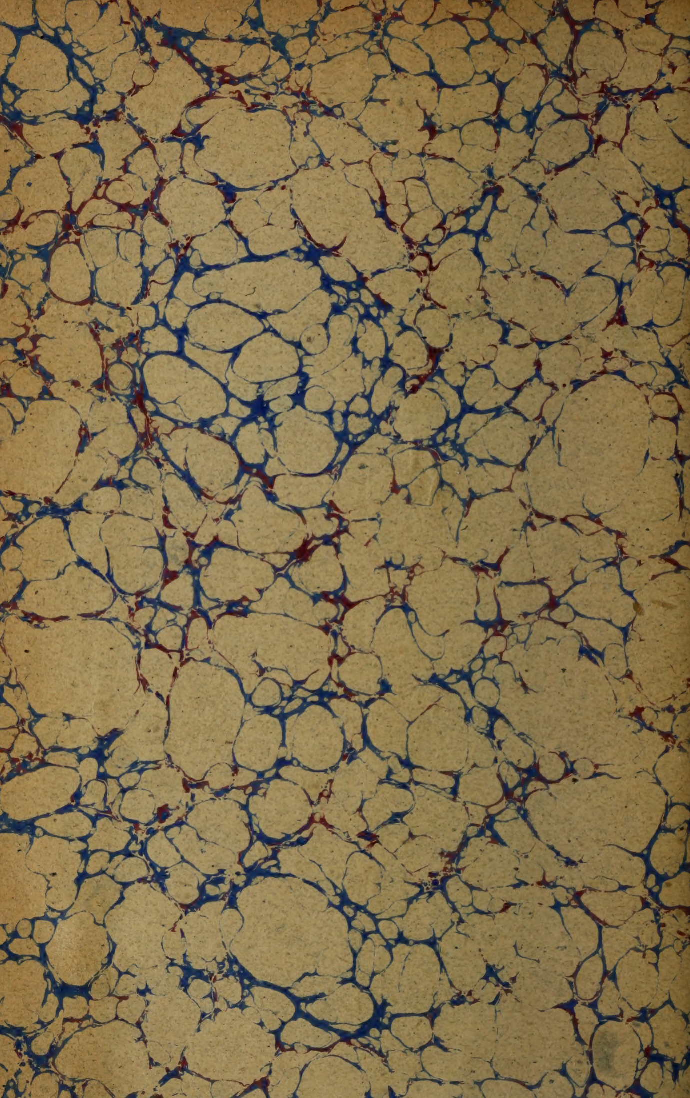
INDICE

Páginas.

Acabóse de imprimir este libro
en la Imprenta Alemana
en Madrid á XXX
días de Marzo de
MCMVIII años








LS.
V162
98940
Author Valera, Juan
Title Obras completas, Vol.16- Teatro
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

